

MUNDO HISPANICO

Número 150 • 15 pesetas



RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MÁFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURA-
CION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID



con

GILBEY'S GIN



siempre vermouth

CINZANO

seco



10.000
BORDES DE
AGARRE
La cubierta
más elegante
y segura

¡Llegarán sus vacaciones!

GENERAL

¿Irá usted en coche? Si es así.

Su placer, su seguridad y la de los suyos
la rapidez de sus desplazamientos,
la elegancia de su coche y su tranquilidad,
dependen de los neumáticos

Nuestra cubierta "**NON SKID**"
-Antideslizante- de Bando Blanca,
brinda a usted todo.

GENERAL

Mercado oficial de artesanía española

SANTA CRUZ DE TENERIFE (ISLAS CANARIAS)

Plaza de la Candelaria, 10
Teléfonos 15 25 y 24 30

Trabajos auténticos de
artesanía canaria

Cerámica y vidrio

Mantillas, velos y tules

Mantelerías bordadas
típicas de la Península

Muñecas, objetos de
cobre y madera

Muy visitado por el turista
de Hispanoamérica

NAVIERA AZNAR

SOCIEDAD ANONIMA
IBÁÑEZ DE BILBAO, 2 :: BILBAO

Dirección telegráfica : AZNARES, Bilbao - Teléf. 16920
Apartado núm. 13

LINEA DE CABOTAJE

Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona,
escalas intermedias y regreso.

LINEA DE CENTROAMERICA

Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan
de Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana
y Veracruz.

LINEA DE NORTEAMERICA

Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LINEA DE SUDAMERICA

Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa,
con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN
PASAJEROS Y CARGA GENERAL



PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISIÓN DE CARGA,
DIRIGIRSE A LAS OFICINAS :

NAVIERA AZNAR, S. A. : Ibáñez de Bilbao, 2, BILBAO
LINEAS MARITIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel
Palace) - Teléf. 21 30 67 - MADRID

NUMERO ESPECIAL dedicado a la ARGENTINA

Un número extraordinario de MUNDO HISPANICO, de
124 páginas, dedicadas a conmemorar los ciento cincuenta
años de independencia de la República Argentina.

Los mejores reportajes, las más prestigiosas firmas y las
magníficas fotografías en huecograbado de la más famosa
revista hispánica ofrecen al lector, en gráfica y densa sín-
tesis, toda la espléndida realidad de la Argentina actual
y la evocación de su más gloriosa historia.

Argentina, sus hombres, sus tierras, sus riquezas, en un
número extraordinario de MUNDO HISPANICO para todo
el mundo de habla española.

124 páginas

25 pesetas

Razón de este número

CON este ejemplar que tienes, lector, en tus manos amigas, alcanza nuestra revista su número 150; una cifra casi redonda que, para una publicación mensual, supone una mayoría de edad y la huella de bastante camino recorrido. Hemos preferido, sin embargo, no caer en ninguna tentación conmemorativa y no fabricar variante alguna de álbum recordatorio. Lo que han sido las páginas de «M. H.» a lo largo de estos últimos años lo sabes bien, lector y amigo que nos sigues y alientas. Nuestra edad actual es redonda, pero no tanto, y ya cuando cumplimos los cien meses de existencia dimos fe de propósitos y estadística de resultados. Este de hoy es un número más, un nuevo sumando que añadir a la lista que sigue, y para cuya suma final y provechosa quisiéramos siempre las mejores cantidades y calidades.

Como una salida habitual, con naturalidad, cruzamos ahora este pequeño ecuador de nuestra historia. En las páginas se citan, más o menos, como siempre, asuntos diferentes, noticias de las dos orillas que van y vienen llevando recado de la familia hispánica, que busca y pretende verse mejor para mejor poder comprendernos y conocernos.

Si en un lugar se habla de la poesía, siempre encumbrada, de Gabriela Mistral, en otro tiene sitio la otra poesía animada y popular de nuestro rico y original folklore, representado esta vez por la Argentina, cuyas raíces hispánicas se estudian. Y al lado del libro está el dato, y junto al dibujo, el escrito. Los caballos casi míticos y fabulosos de Andalucía, esos que perfilan su raza y su estampa para la fiesta grande, aúpan los versos de José María Souvirón para el caballero rejoneador Angel Peralta y acceden a compartir el territorio de nuestras páginas con los otros, graves, solemnes y engalanados, que sobrellevan con dignidad y casi orgullo el peso y el paso de la Historia en el tiempo lento y académico de las carrozas, una herida en el tiempo.

Y, entre el repaso a unas y otras cosas, se explica la fisonomía, cada vez más firme, esperanzada y crecida, de nuestros pueblos; la imagen de un mundo que adelanta su fe en el mañana y se prepara, seria y responsablemente, para cumplir su alto papel.

Pero, si no hemos querido volver la vista atrás, si queremos acomodarnos a una óptica que valga para encararnos con el futuro y si procuramos abrir los ojos a ese mañana que a todos nos llama. El trabajo en repasar memorias lo cambiamos por la ilusión en proyectar planes y tarea para los días que vienen. Y ahora, cuando ya casi el año 1960 rinde sus últimos tramos, podemos anticipar a nuestros lectores, amigos y colaboradores que MUNDO HISPANICO prepara sus armas para estar a punto y en forma en el servicio que es su razón de ser. Armas técnicas, armas espirituales. Para esa tarea sea, como siempre, en buena hora venida vuestra ayuda en forma de colaboración, de crítica, de sugerencia. No nos sentimos satisfechos de cuanto hemos hecho sino en la medida que fue la buena voluntad y el afán de acertar, compañera de nuestros quehaceres. Pero la obra exige y permite perfección. Y tras ella vamos. Tras ella quisiéramos veros también, animados y animadores.

Ahora, cuando cerramos este número, nos llega el eco de las importantes y esperanzadoras conclusiones a que han llegado en Bogotá los hombres que cuidan y estudian nuestro idioma, ese en el que escribimos y hablamos. Para esa unidad, fortalecimiento y futuro de la palabra común quisiéramos ofrecer esta residencia de papel como un instrumento y altavoz más destinado a unir. Valdría decir, con divisa que suena noble y hermosamente: «Sobre diversidad, Universidad.»

MUNDO HISPANICO

MUNDO HISPANICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 150 • SEPTIEMBRE 1960 • AÑO XIII • 15 PESETAS

Depósito legal: M. 1.034.-1958

SUMARIO

	Págs.
PORTADA: Carmen Sevilla. (Fotocolor Lara.)	1
Comunicación y capacitación, por E. R. G.	5
Heráldica, por Julio de Atienza	6
La experiencia sindicalista argentina, por Manuel Lizcano.	6
La ventana abierta, por Enrique Ruiz García	7
Los guanches, por Carlos M. Idígoras	8-11
Gabriela Mistral, en la tierra de su infancia, por Luis Fernández Cuervo	13-15
Los niños, la cueva y el «ballet», por Esteban Morán Torres	16-19
El hombre, el caballo y el toro, por Angel Peralta	20-27
Garrochistas, por Fernando Villalón	24
El cabo Cañaveral del siglo XVI, por Carlos Lacalle	28
Poetisas de lengua española, por Carmen Conde	29
El folklore de la Argentina y sus raíces hispánicas, por Bruno C. Jacovella y Rafael Jijena	30-32
Angel Peralta, por José María Souvirón	33
En carroza abierta, por Juan Sampelayo	34-35
Una década de arte español: 1925-1935, por José María Moreno Galván	36-39
El cacique de los shapras lee una Biblia española, por Miguel Villalba	43-45
Una «leonera» científica	43-45
Modas, por Helia Escuder	48-49
Consultorio y decoración, por Helia Escuder	51
Pasatiempos, por Ocón de Oro	53
Humor, por Zeus	54
Mi amigo Andrés, por Fernando Santos Rivero	55-57
La pedigrüña de Piazza Venezia, por Villar de Villacián.	58-61

Colaboración artística de Giles, Aurelio y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS:

Dirección	44 02 48
Administración	43 92 79
Administración y Redacción	44 06 00

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE
POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1960.
NUMBER 150, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.
Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas.
América.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.
ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.
EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

1) ACLARACION INICIAL

Iberoamérica ha llegado ya a un nivel político e histórico del que trasciende, de forma evidente, una idea central: la de sustituir el nacionalismo estrecho por comunidades de cooperación más amplias que sean capaces de superar su actual dependencia a los trusts internacionales.

Este cambio mental es de enorme importancia, cierto. Ahora bien, la creación de la zona de libre comercio no pasaría de ser un esfuerzo retórico y superficial si no se lanzan a la batalla de la colaboración todas las energías, es decir, si no se pone en marcha un dispositivo que aumente y acelere realmente el progresivo intercambio comercial entre los siete países firmantes del Tratado de Montevideo: Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay.

2) LA LEY DE LA REALIDAD

En caso de no ser así, de no hacerse un esfuerzo gigantesco para alterar la situación económica de cada país—pensando en el vecino iberoamericano y en un orden de necesidades respectivas—, los nuevos acuerdos perderán fuerza y pasarán a ser un globo más.

Las razones para pensar así son obvias, puesto que ha de tenerse en cuenta que los intercambios entre los países firmantes del tratado eran, hasta el presente, mínimos.

Por ejemplo: en 1958, México ha vendido a Argentina, Brasil, Chile y Perú una cantidad insignificante si se tiene en cuenta su comercio exterior:

Comunicación y capacitación, igual a progreso

Por ENRIQUE RUIZ GARCIA

2.300.000 dólares. A su vez, México compró mercancías a Argentina, Chile y Uruguay por un valor un poco superior.

Cuando se habla de este tema y de esta realidad se aduce algo que es indiscutible: la escasez de comunicaciones existentes, infortunadamente, no sólo entre México y Argentina, sino entre Argentina y Chile o Colombia, Venezuela, etc., etc. Todo ello implica restricciones inevitables.

3) PERO LA REALIDAD NO ES UNA FATALIDAD INSUPERABLE

Doy, pues, la razón a los que advierten que es preciso hacer y crear una nueva estructura de comunicaciones por carretera, vías aéreas, fluviales y marítimas entre los distintos países iberoamericanos.

No acepto, sin embargo, que se cargue toda la responsabilidad de la situación a esa escasez, porque sería tanto como ocultar la cabeza bajo el ala, cerrando los ojos ante algo que es, sin disputa, más digno de atención. Me refiero al hecho de que por una coyuntura histórica perfectamente caracterizada una gran parte de los países iberoamericanos han sido condenados a ser naciones de monocultivo o de monoproducción—estaño de Bolivia, azúcar de Cuba, petróleo de Venezuela, minerales de Chile, etc.—, lo que deja a estos países entre los duros fórceps de los monopolios internacionales y con muy estrecho margen de maniobra interior de cara a sus propias mutaciones y deseos.

4) TRATADOS CON PLANIFICACION

De no alterarse parte, al menos, de esos supuestos, los tratados—aun descontando su enorme significación, porque revelan la hondura del cambio mental verificado y señalan la incorporación ideal del hombre hispánico a las ideas contemporáneas de asociación multilateral y comunitaria—no pasarán de letra muerta o su juego auténtico será muy débil. No nos engañemos con respecto a ello.

Es preciso, por tanto, planificar en común el futuro, aceptando no sólo la tesis de libre circulación de mercancías, sino algo más: la delimitación de nuevas posibilidades económicas, porque, en caso contrario, nada de lo que se ofrezca—por su penuria—ofrecerá interés al comprador por muchas leyes y tratados que le aseguren trato de favor.

En otras palabras, el futuro de Iberoamérica depende en gran parte de la capacidad iberoamericana para imaginar un derrotero económico «pensando» de cara a la realidad de sus vecinos.

No olvidemos, por ejemplo, que Iberoamérica, pese a ser un continente agrícola—existen numerosos países donde la masa campesina supera el 50 por 100 y aun el 60 de la población activa—, ofrece el ejemplo de numerosos países condenados a ser productores de «una sola mercancía» y que se ven forzados a gastar las escasas divisas que adquieren en la compra de alimentos o de baratijas absolutamente superfluas, que acrecientan, por si fuera poco, la diferencia ostensible de nivel entre los poderosos y los que nada poseen. Ello indica que habría que replantear, pasando por encima de la red económica actual, un sistema agrícola de mayor amplitud y de mayor justicia.

5) LA CAPACITACION: OBRA COMUN

Tengamos presente que suelen ir de la mano casi siempre «el escaso rendimiento» agrícola, «el exceso de población campesina» y un cierto feudalismo terrateniente.

Así vemos que, salvo Uruguay, Argentina y Chile—cuya población campesina se encuentra entre un 22 y un 30 por 100—, la situación general es la siguiente:

Dos países con una población agrícola que va del 30 al 45 por 100: Venezuela y Cuba.

Nueve países en los que los campesinos constituyen del 45 al 60 por 100 de la población activa, a saber: El Salvador, Ecuador, Panamá, Paraguay, Colombia, Costa Rica, Perú, México y Brasil.

Seis países donde se supera el 60 por 100, esto es: Bolivia, Nicaragua, República Dominicana, Honduras, Guatemala, Haití.

La obra por excelencia que estos países tienen por delante es la de la capacitación, en común, de su masa campesina. Se necesita un enorme esfuerzo de conjunto para tecnificar—que no sólo es hacer llegar la maquinaria—y preparar pedagógicamente al campesino para su misión.

Tengamos en cuenta que hoy no es posible dejar atrás una masa inerte de analfabetos o de gente escasamente preparada, como era fácil y cómodo realizar hace quince años. Hoy es obligado preparar a la gente para la mayor revolución de nuestro tiempo: la capacitación para su oficio.

6) LA MAYOR RENTABILIDAD: LA ENSEÑANZA

Existen pruebas notorias de todo lo que se ha dicho anteriormente y que revelan paladinamente que es posible superar las condiciones de fatalidad económica o de fatalidad de la naturaleza.

En Europa existen pueblos, como Holanda o Suiza—con 344 habitantes por kilómetro cuadrado el primero y con 120 el segundo—, que han superado las misérrimas condiciones de su escaso territorio inventando nuevas técnicas y alcanzando uno de los más altos niveles de vida de Europa. Esto ha sido posible a través de una enorme revolución pedagógica que ha capacitado a las masas «y a los dirigentes» para imaginar dónde estaba la riqueza.

Agrícolamente, Holanda ha extendido de tal forma sus expertos agrícolas y la enseñanza profesional, que los ganaderos producen 4.000 litros de leche por vaca y año, en tanto que apenas superan la mitad de esa cifra en Francia, país también de alto nivel. Una enseñanza adecuada ha llevado a cabo esos prodigios. El caso de Suiza no es menos notorio, puesto que era una nación que tenía que exportar constantemente sus excedentes de población para servir como soldados—la mano de obra de entonces—en todos los ejércitos continentales. Suiza ha inventado hoy cuatro formas de superación racional de la fatalidad—un país montañoso y muy reducido—que son bien conocidas: su ejército hotelero, que le ha valido la afluencia turística universal; su relojería de primera clase, su actual maquinaria de precisión y el establecimiento de una red financiera y bancaria que es la admiración del mundo.

Todo ello ha sido posible, simplemente, por la adecuada preparación del país. Porque no se trata sólo de producir más para repartir más, sino de aplicar la razón a las estructuras dinámicas e imaginar las nuevas posibilidades.

Está demostrado, y con índices exhaustivos, que la inversión en la enseñanza es una de las formas de rentabilidad revolucionaria de mayor alcance. Los adelantos científicos hacen posible avances espectaculares en este terreno. Avances que serían una tremenda aceleración sobre la vida iberoamericana.

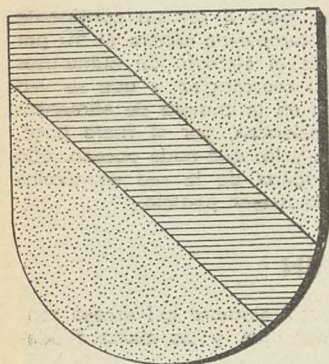
7) LA TECNICA AL SERVICIO DEL HOMBRE

El hecho de que pueda producirse un desplazamiento por todo el mundo iberoamericano usando una sola lengua—200 millones de hombres sobre el 16 por 100 de las tierras del mundo—es una de las emociones y también de los instrumentos más eficaces para que sea posible realizar y pensar obras pedagógicas en común para regiones agrícolas o mineras—de acceso defectuoso—de varios países al tiempo.

Las iniciativas cumplidas ya en Colombia por el padre José Joaquín Salcedo—en la zona montañosa del valle de Tensa, donde la población, por vivir muy dispersa, hacía difícil la penetración escolar—, que instaló una emisora de onda media que se «comunicaba» con un centenar de escuelas radiofónicas, revela que es posible intentar experimentos mucho más vastos e intensivos si los países se ponen de acuerdo y buscan los fondos necesarios para ello.

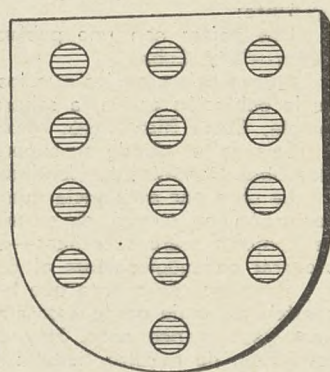
Comunicación y capacitación son iguales, pues, a progreso. Pero es preciso introducir la tesis realista de que la mutación auténtica, esto es, el encuentro del hombre con la libertad y la independencia económica se realizará, meteóricamente, admitiendo una tesis que es válida para todo el mundo hispánico, incluida España: que la inversión más rentable es la preparación de sus hombres, porque ella constituye, en su esencia, no sólo un irreversible crecimiento de las posibilidades de riqueza, sino la destrucción de un privilegio casi feudal: la consideración de la enseñanza como un fin en sí, como un privilegio, y no como un medio de comunicación y ayuda al país y a sus hombres.

Heráldica



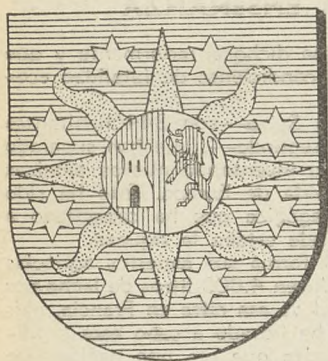
JUAN MARTINEZ YOLDI. México. Don Juan Damián de Yoldi, vecino de Daxaca, ingresó en la Orden de Santiago en el año 1708. Era natural y originario de la villa de Barasoain, en el valle de Orba (Navarra).

Sus armas las recoge don Francisco de Elorza y Rada en su *Nobiliario del valle de la Valdorba*, según figuraban en una casa de la mencionada villa de Barasoain, y que en el año de la publicación de su libro (1714) pertenecía al mencionado caballero santiaguista don Juan Damián de Yoldi: *en campo de oro, una banda de azur (azul)*.



ANDRES BERMUDEZ CASTRO. La Habana.—En el tomo II de *Armería y nobiliario de los reinos españoles* (Madrid, Ediciones Hidalguía, 1957), se publica una genealogía de los Lemos, que no doy aquí por su extensión, ya que empieza en el año 740 y termina en el 1684, con un total de veintitrés generaciones. Considera como tronco de este linaje a un caballero llamado Vasco López de Lemos, señor de la casa de Lemos y su valle, cuyo señorío contaba con veinte castillos.

Son sus armas: *en campo de plata, trece roeles de azur (azul)*.



FERNANDO DE VILCHES. Granada.—Proviene los Vilches de la ciudad de su nombre, en la provincia de Jaén, en cuya conquista se distinguió el fundador del linaje, que, según se dice, era oriundo de Santillana del Mar, don Gonzalo José de Vilches, caballero de la Orden de Santiago, y que fue creado conde de Vilches en 1848.

A título de curiosidad, le copio una genealogía de un linaje de los Vilches andaluces:

- I. Don Garci Pérez de Vilches, ganador del castillo de Vilches en 1212.
- II. Don Martín Pérez de Vilches.
- III. Don Fernando de Vilches.
- IV. Don Juan de Vilches, empadronado en Baena como hijodalgo notorio en 1489.

V. Don Bartolomé de Vilches.

VI. Don Juan de Vilches, casado con doña Isabel Rodríguez, padres de don Francisco de Vilches, que pasó a vivir a las Alpujarras, y de

VII. Don Juan de Vilches, bautizado en Baena el 5 de septiembre de 1540; casado en Gádor con doña Angeles Almansa, que tuvieron por hijo primogénito a

VIII. Don Juan de Vilches, nacido en Almería, donde casó, el 1 de diciembre de 1612, con doña Isabel Molina.

IX. Don Indalecio de Vilches, nacido en Almería el 5 de junio de 1633; casó, el 24 de junio de 1654, con doña María Gómez.

X. Don Juan de Vilches, bautizado en Almería el 10 de enero de 1657, donde casó, el 19 de junio de 1680, con doña Francisca Rodríguez.

XI. Don Pedro Antonio de Vilches, bautizado en Almería el 22 de noviembre de 1690; hijodalgo de inmemorial. Casó con doña Francisca Ortiz, natural de Almería.

XII. Don Sebastián Francisco de Vilches y Ortiz, bautizado en Almería el 13 de marzo de 1729; casado con doña Rosa Díaz de la Torre.

XIII. Don Rafael de Vilches y Díaz de la Torre, natural de Almería; se avecindó en Cádiz, siendo subteniente de Milicias Urbanas en 1795 y probando su nobleza en la Real Chancillería de Granada en el mismo año.

Usa este apellido, por únicas armas: *en campo de azur (azul), un sol de oro, con ocho rayos o resplandores, acompañado de ocho estrellas de plata. Dentro del sol, partido: 1.º, de gules (rojo), con un castillo de oro, y 2.º, de plata, con un león de gules (rojo). Dice Argote de Molina que estas armas simbolizan el día y la noche que duró el cerco de Vilches y el asalto de su fortaleza.*

JULIO DE ATIENZA
Barón de Cobos de Belchite

La experiencia sindicalista argentina

UNO de los escasísimos aspectos en que el carácter colectivo ibérico ha acertado a expresarse con plena originalidad, desde el fondo de su drama contemporáneo, es su perfecta aclimatación del fenómeno universal del sindicalismo a la realidad social propia, en función de lo que el sindicalismo tiene de posibilidad radical de estructuración de la sociedad. A mi juicio, la actualidad sindicalista argentina corrobora una vez más esta orientación espontánea de la conciencia popular ibérica.

El hecho histórico de que la forma fundamental de desarrollo alcanzada en sus periodos iniciales por la sociedad industrial fuera el capitalismo es el que motiva la aparición del socialismo como expresión misma de la protesta social revolucionaria. Pero ya en la internacional de 1865 el movimiento obrero naciente se escinde en dos direcciones antagónicas: la materialista del marxismo y la antimaterialista del anarquismo. En la visión marxista del movimiento obrero, el hombre importa poco; prácticamente, nada. Son fuertes instancias alienadoras de la libertad y la dignidad humanas las que vienen a reemplazar a las instancias alienadoras del capitalismo: se postula un colectivismo de tipo estatal, en el que el Estado es el dueño supremo, anónimo e inapelable, de cada destino personal; la dogmática materialista proscribía, por exigencia de sistema, y de conformidad con el racionalismo burgués, cualquier afirmación del espíritu o la trascendencia del hombre, e incluso del espíritu o de la trascendencia en sí mismos; la disciplina de partido tiende a hacerse fanática y automática no por las exigencias de la lucha, sino por la idea marxista misma acerca del hombre; el movimiento obrero—y con él su expresión esencial: el sindicalismo—es concebido como un mero instrumento al servicio del grupo político que trata de apoderarse del Estado. En la visión anarquista, en cambio, el hombre lo es todo. Tanto o más, sin duda, que los poderes de alienación del capitalismo, contra los que cabe luchar—se sabe que son abominables los del Estado—; contra los que, en una versión comunista triunfante del marxismo, por ejemplo, no habría resistencia social posible. El colectivismo se limita al nivel de las pequeñas comunidades libres, de producción y de solidaridad, que al quedar en manos de sus propios miembros aseguran a cada hombre su plenitud personal. La creencia atea de sus intelectuales y militantes nunca es una exigencia intrínseca del propio sistema de pensamiento, sino un contagio, en parte, del envilecimiento espiritual al que el racionalismo burgués tenía reducida la sociedad de su tiempo; y, en parte, también una actitud práctica de respuesta frente a las actitudes prácticas de reacción antisocial de la gran mayoría cristiana en esa época.

Por lo demás, la ética del movimiento, a pesar de muchas estridencias del lenguaje, era de fuerte motivación cristiana y empalmaba vigorosamente con muchos supuestos de la conciencia medieval de la vida sin disimular incluso en amplia medida su abierta simpatía por la figura de Cristo y los genuinos valores cristianos. La repulsa a los partidos políticos, que se sabía corrompidos por la burguesía dominante, era completa y se traducía entre otras cosas, en el abstencionismo electoral casi permanente (repulsa radical al régimen liberal-burgués, en la que los colectivistas li-

bres coincidieron, como en no pocos aspectos importantes, con el otro gran movimiento popular espontáneo de nuestros últimos ciento cincuenta años: el carlismo español, con sus variantes «cristera» mexicana, etc.).

El objetivo de la lucha social no se fija para estos hombres en adueñarse de la burocracia estatal, sino en liberar efectivamente de toda alienación a las comunidades reales en que el hombre concreto desenvuelve su vida; y el sindicato era concebido, desde este supuesto, como el instrumento perfecto de la voluntad de total liberación y autodeterminación de personas y de grupos.

Cuando el marxismo se hace consecuente con sus postulados más radicales, en su versión comunista, el Estado totalitario encadena al sindicalismo. Cuando el marxismo se aburguesa y destiñe, el sindicato politizado se degrada, al pasar a convertirse en gerencia *sui generis* para asuntos sociales del propio sistema capitalista. El sindicalismo en cuanto tal pasa a identificarse, en la historia del movimiento obrero, con el llamado **sindicalismo revolucionario**: segunda fase, ya más evolucionada y construida, de las primeras instituciones anarquistas. La violenta oposición de la sociedad liberal-capitalista al repudio total de que el colectivismo sindicalista la hace objeto se traduce en violencias terribles por ambas partes. Es el período extremista del sindicalismo, tal como lo conocimos en su fase anarcosindicalista española y lo presentamos en el actual momento sindical argentino. A esa fase «numantina» del sindicalismo como hecho revolucionario antiliberal antagónico del comunismo, tenía que suceder una fase final y de síntesis, en un total despliegue de las posibilidades libres, técnicas y pacíficas del sindicalismo plenamente evolucionado. Eso es lo que cabe esperar de una situación como la argentina actual si las actitudes realistas—como la del obispo de la Plata—llegaran a confluir, en el momento oportuno, en ese cauce, auténtico y constructivo a la vez, que ha de servir de sustrato a la evolución histórica final del sindicalismo.

En las coyunturas críticas de nuestros pueblos, en las que son necesarias todas las energías creadoras colectivas para salir adelante, no deberían desconocerse dos hechos. Primero, que el sindicalismo ha sido el tipo básico de respuesta espontánea que da nuestro pueblo ibérico cuando se encuentra sometido a la experiencia inhumana de la proletarianización; en tanto que al proletariado occidental, a partir de su rechazo aburguesado del sindicalismo revolucionario en el comienzo de la I Guerra Mundial, lo que le atrae básicamente es la fórmula materialista del marxismo, en cualquiera de sus dos posibles acepciones. Y segundo, que invalidar ciegamente, en función de cualquier dogmatismo político pasajero, esa poderosa fuente popular de dinamismo creador, es poner en grave riesgo nuestro más genuino antidoto contra la penetración comunista en la clase obrera, y paralizar con ello, durante un tiempo que puede ser definitivo—pues nuestro momento histórico exige la tensión creadora de toda la vida colectiva, si queremos sobrevivir como pueblo activo—, una fuente de energía creadora que sólo espera encontrar ese cauce último para dar, en nuestro tiempo, la verdadera respuesta superadora de los dos materialismos aparentemente «antagónicos»: capitalista y comunista.

MANUEL LIZCANO



CABALLEROS DE A CABALLO

EN las crónicas de los grandes indios se decía: «Yo, señor de tales y tales tierras, les vi llegar hombre y animal juntos y como una misma pieza. Eso era antes de que el agua me entrara en la cabeza con el bautismo...»

Era el centauro vivo: el hierro y el ojo tallado en el mármol alucinante y estremecido de las primeras horas de encuentro. Todavía la naturaleza estaba enteriza y enorme como una cascada. El sol, grande.

Bernal Díaz del Castillo, como si de verdad fuera el gran notario de aquellos días, no olvidó nada; ni a esos dieciséis caballos que fueron los primeros en levantar la arena, bajo sus cascos, en las playas de la Villa Rica de la Vera Cruz. Eran dieciséis, aunque menester sea decir que, entre ellos, tienen que contarse cinco yeguas. El linaje: sangre, pelo mate, albahío, ensabanado.

Y pelo negro, mohíno, jabonero.

Y de pelo colorado, que también habría. Acaso retintos, enchilados y hoscós. También cenizo claro y cenizo oscuro. Los verían de distinta cabeza y cuerpo—porque el caballo es noble amigo, noble carácter—, y seguro que los hubo capirotes, caretos, capuchinos, ojalados y luceros. Fueron dieciséis caballos.

El de Hernán Cortés fue un caballo castaño zaino; pero se murió pronto, que la muerte vino a prisa, sin esperar a nada. Cristóbal Olid tenía uno de color castaño oscuro, y añaden que bueno. Pero ¿qué me dicen de ello? Resulta que Pedro de Alvarado y Hernán López de Avila compartieron, a dos, una yegua alazana. Después, Pedro se alzó con ella. Debió de ser por las malas, por la tremenda;

mejor que por negocio acordado y de buenas palabras. Pedro era así; es fama.

Pero de esa forma nació, monte y llanura abajo de la América de lengua castellana y de grandes y sonoras lenguas indias, la caballería charra. Algún día, cuando Dios dé tiempo y dinero, habrá que hacer la historia del charro, del gran caballero nacido de aquel primer encuentro entre la península de «acá» y el continente de «allá». Mientras tanto, he aquí su estampa antigua y nueva. «Aparados» bajo la sombra de sus grandes sombreros

jaranos, barrocas chapetas, jorongo de color, espuelas de rueda y espigas puntiagudas: como aro del sol.

Llevar el nombre de charros—como sus hermanos de Salamanca—y tienen privilegios de caballería. Y el potro, esperando; los ollares, negros; el cuello, largo; la crin, fina; la cruz, alta; el dorso, recto; los riñones, anchos; la cola, larga, y el casco, acopado y duro.

Pero el hombre a caballo es el charro, el caballero charro.

ENRIQUE RUIZ GARCIA



UN IMPERIO MELANCOLICO

LOS GUANCHES

Por
CARLOS M. YDIGORAS

De aquellas islas donde estaba el gigante Atlas sosteniendo el firmamento sobre sus hombros decía Homero, el ciego: «Los inmortales te enviarán a los Campos Elyseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamante. Allí se vive dichosamente, allí jamás hay nieve ni invierno largo, sino que el océano manda siempre las brisas de Céfiro...» Moradas escogidas por los dioses para provecho de las almas que en vida fueron esforzadas y valientes, las Islas Afortunadas, los jardines de las Hespérides de Herodoto eran conocidas por los fenicios por el nombre de Alizuth, Elysium en griego, voces que significan placer, alegría, primavera perpetua. Plinio nos las presenta bajo nombres tan extraños como Ombrion, Junonia Mayor, Junonia Menor, Capraria, Nivaria y Canaria. Por qué esta última denominación llegó hasta nosotros es un misterio. Pero misterio es todo lo relacionado con estas islas. Sus orígenes, sus habitantes, su lengua, sus costumbres. Un tratado de mitología primero, luego una verdadera leyenda, representan estas tierras y sus pobladores guanches; un pueblo que, caso único en la historia, pasó bruscamente de la Edad de Piedra al Renacimiento. Al adentrarnos en él sentimos la misma emoción que en los años jóvenes, cuando recorriamos las páginas extrañas de *La Odisea* o *La Ilíada*.

NIVARIA O TENER-IFE Y SUS POBLADORES

Plinio llamaba a esta isla Nivaria y los guanches Tener, que significa monte, e Ife, blanco, Monte Blanco, ya que el pico Teide, el Atlas que sostenía el firmamento, elevaba su cumbre siempre nevada ante los ojos de los isleños. El fuego, los ruidos espantosos y los temblores que comunicaba a la isla entera le hacían aparecer como

Cuando los dioses guanches se enojaban, el pueblo iba hasta el pie de la montaña para hacerle ofrenda de leche, manteca, carne..., los manjares de la isla. El paisaje muestra realmente una faz singular.



FOTO: GARRIGA

FOTO: A. BENÍTEZ

FOTO: A. BENÍTEZ



Una vista de Nivaria o Tener-ife: El Valle de la Orotava, cuando de los guanches quizá no queda otro vestigio que su dios Echeide, el soberbio Teide, que para los guanches equivalía a «infierno».

morada de los demonios. El Echeide, que en lengua guanchina significa «infierno», era como un inmenso pastor que cuidase de aquel rebaño de islas desperdigadas en el océano.

Los hombres que habitaban Tener-ife—tez tostada los meridionales y rubios y altos los que poblaban la parte norte—se dividían en tres categorías sociales: hidalgos o «achimencey», «cichi-ciquico» o escuderos y «achicasnay» o villanos. Parece ser que en principio eran todos iguales, cuando Dios hizo la tierra y el agua y había criado tantos hombres como mujeres y cosas de que alimentarlos. Luego debió de pensar que eran pocos y creó más seres, pero a éstos ya no les dio ganado. Fueron con toda cortesía a protestar, y por respuesta obtuvieron lo que podría ser el principio de la desigualdad de clases: «Id con los otros y servidles, y ellos os darán de comer.»

El rey o «amencey» tenía tratamiento de «Quevehiera», alteza. Por principio, las coronas eran hereditarias, aunque no faltaban caudillos de clase inferior que se alzaban en armas destruyendo al soberano. El rey debía jurar, en presencia de nobles, sacerdotes y guerreros, sobre el hueso de un predecesor, a veces apoyando la mano en el cráneo de algún pariente de grata memoria. «Yo os juro—exclamaba levantando el «abanot», por los huesos de quien mandó a estos vasallos, seguir su ejemplo y haceros felices», a lo que los asistentes respondían: «Y nosotros te juramos por el día de tu coronación defender tu persona y tu pueblo.» Una vez pronunciadas estas palabras, de la muchedumbre que asistía en silencio al acto se destacaba un hombre, corría a hacer una reverencia al nuevo jefe y, volviendo sobre sus pasos, se dirigía a lo alto de los cercanos riscos, desde donde se despeñaba. Aquel suicidio, que era como un rito, refrendaba la coronación. Los familiares del muerto se postraban ante el rey ofreciendo la vida de su pariente. Las gentes los felicitaban y comenzaban a desfilar ante el soberano gritando: «¡Soy tu vasallo!» y dejando presentes. Al fin, en el «tagador» quedaban sólo nobles, sacerdotes y guerreros, los cuales, alternándose, exclamaban: «¡Viva el rey, nuestro sostenedor!», a lo que respondían otros: «¡Que viva a pesar de los rigores del destino!» Acto seguido, y encabezados por el «afaycan» o sacerdote, subiendo por caminos hechos en la lava, se dirigían a una enorme roca que hacía las veces de templo rupestre, dedicada al dios infernal Guayota. Allí encendían una gran hoguera, los asistentes elevaban los brazos hacia el Teide, la divinidad volcánica que todo lo quemaba, y el sacerdote, rompiendo una vasija de leche contra la piedra, gritaba: «¡Guayota, Guayota!» Sus palabras eran repetidas por los acompañantes y el pueblo congregado en la falda del monte. Un nuevo rey había nacido.

Los reyes debían casarse siempre con personas de la nobleza para no «ensuciar» la sangre. Hasta tal extremo llegaban a este precepto, que en el caso de no encontrar una mujer aristócrata podían esposar a la propia hermana. Era el encargado, en unión de los sacerdotes y otros personajes importantes, de ejecutar el indigno derecho de pernada, derecho que, visto desde el alto cetro, no debe de parecer tan indigno.

TAMBIEN CONOCIAN EL «DULCE» HOGAR

Las primeras relaciones entre los jóvenes guanches eran difíciles. Hablar y aun mirar fijamente a una mujer que se encontraba en el camino estaba castigado con severas penas. Había que recurrir a los padres, quienes las entregaban gustosos, una vez percibida la dote. Estos tenían la obligación de mantener a sus hijas en las cuatro semanas que precedían a la boda, echadas y atiborrándolas de carne, gofio, leche, etc., a fin de que llegasen al tálamo real, y luego al nupcial, gordas y relucientes. Parece ser que los novios consideraban a las mujeres flacas incapaces de tener hijos robustos por el mero hecho de que no podían caber en un vientre pequeño.

En asuntos de amor, pese a vivir en plena Edad de Piedra, no se diferenciaban de nosotros gran cosa. Contaban hasta con poetas, encargados de ahuyentar a las ingenuas jovencitas guanches. «Desconfiad, mujeres, de los que dicen amar.

También la naturaleza tiene imaginación. Pero para los guanches aquel pico blanco y verde, azul y terroso, era el Echeide, es decir, el «infierno». En primer término, los templos rupestres a los que se dirigían en súplica de lluvia para sus ganados.



...la bebida
de la cordialidad

Publicidad: HIJOS DE VALERIANO PEREZ



Arriba: El Teide era como un inmenso pastor que cuidase de aquel rebaño de islas desperdigadas en el océano, como el padre y el dios de aquellos otros pastores que solían caminar por aquel paisaje de montañas. — Abajo, a la izquierda: En el Museo Arqueológico de Santa Cruz de Tenerife se conservan colecciones de abalorios con los que se adornaban los primitivos habitantes de la isla. — A la derecha: Carlos M. Ydigoras, autor de este reportaje, frente a un paisaje cuyo fondo cubre el Teide.

Aquellos que aman, ¿osan ellos decirlo? No podré vivir sin ti. ¿Qué mujer puede resistir estas palabras? ¡Insensata! Eres bella y te dejas vencer por la miel de sus labios y su aliento mezclado al tuyo. Pero luego Atiacar ha pasado más allá de las montañas y tú lloras para siempre. Consuélate, porque cuando tú puedas reposar entre los huesos de tus padres, ¿podrá él entrar en la tumba de los suyos? No; él será el odiado por los mortales.»

La vena poética de estos hombres primitivos corría después hacia la tragedia de la guerra:

*Aicà maraguà, aitiitù aguahue
Maicà guere demacihani
Neigà harubici alemalai...*

«Sois el bienvenido; estos extranjeros quieren mataros, ahora que nos ven a todos reunidos...»

Pero era hacia el amor donde iban dirigidos los mejores cantos de los vates. A ello quizá atribuyese algún romántico la gran fecundidad de las mujeres guanches. Nosotros nos inclinamos a que los tinerfeños repudiaban a la esposa—pu- diendo ésta después casarse con quien le conviniere—con la misma facilidad que la tomaban. La enviaban a casa del padre, quedándose él con los hijos, que por efectos de la disolución del matrimonio eran considerados ilegítimos. Estos recibían el nombre de «achicuca» los varones y «eucahaà» las hembras. Y así se conocían sin que fuese nada denigrante.

Pese a que desconocían el significado de la palabra *evangelio*, los guanches mantenían una es-

FOTO: MUSEO ARQUEOLÓGICO

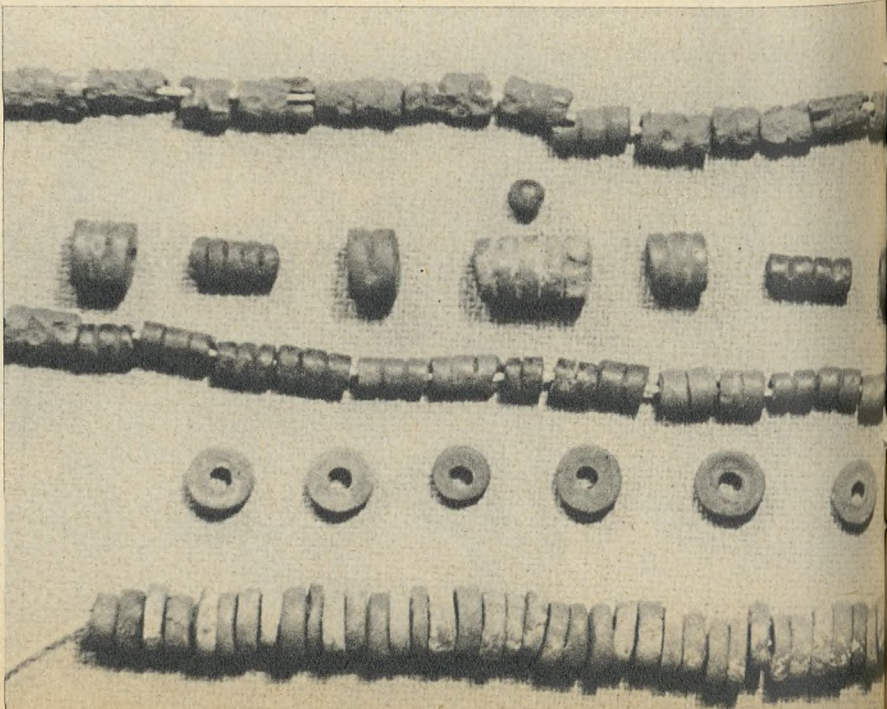




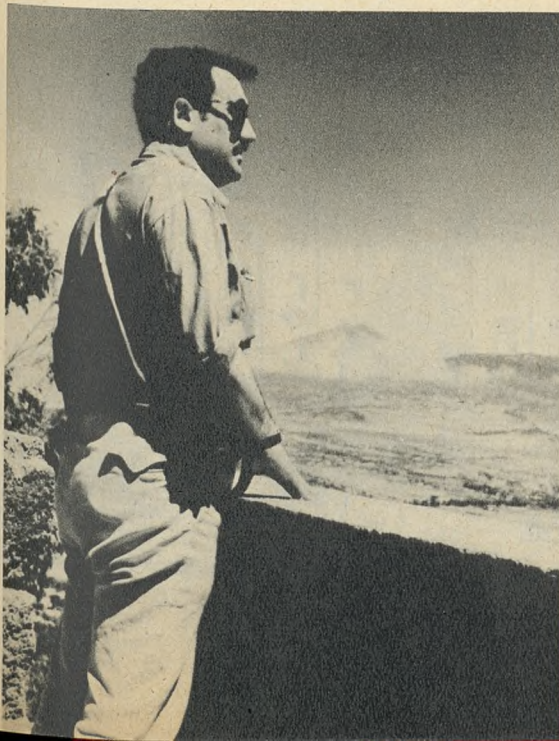
FOTO: L. D. CUSCOY

pecie de matronas encargadas de verter sobre la cabeza del recién nacido una escudilla de agua, al tiempo que recitaban consejos y frases propiciatorias. Era como el principio de su educación. A los seis o siete años acostumbraban su cuerpo a ejercicios atléticos que hoy difícilmente podría igualarlos uno de nuestros pequeños. Y, lo que es más importante, aprendían de sus mayores el gusto a lo natural y a lo sencillo. La didáctica era también simple, basada en ejemplos. Señalando al niño algún miembro de la tribu de dudosa reputación, le preguntaban: «¿Quieres ser como Tehaxa, el que conoce el escándalo, los vicios y el desdoro, hasta hacerle peste del pueblo nuestro? Mira a los hombres buenos, que han sido muchos, y sigue la prudencia de sus actos.» Estas frases las oían a los seis años, a los diez, a los quince... ¿Cómo extrañarnos la bondad de estos guanches, generosos y melancólicos?

JUICIOS Y GUERRAS

El «Tagador»—parlamento, tribunal y palestra—era un llano rodeado de piedras y dentro del cual había algunas de mayor tamaño que servían de asiento a los altos dignatarios del reino. Cuando se trataba de juzgar, el delincuente era traído allí, y, ya oídas las partes, si el soberano creía de justicia castigarle, le eran aplicados tantos palos como su superior entendimiento estimaba. Su mismo cetro, que entregaba al verdugo, servía para apalearlo al culpable. La muchedumbre—que

FOTO: MASCAREÑO



desde las primeras horas del día se congregaba en torno al «Tagador»—asistía al acto en un impresionante silencio. Apenas un murmullo de desaprobación cuando la inculpada era una joven que había pegado a su padre porque la impedía verse con su amante. Juzgada, una lluvia de piedras caía sobre ella, que corría a refugiarse en la gruta familiar. Sin embargo, en cualquier caso, el fondo humano de los tinerfeños los obligaba a curar las heridas que el justo castigo había producido. Considerando que sólo Alcorac (Dios) podía disponer de la vida de un hombre, no aplicaban nunca la pena de muerte. Si alguien mataba a otro, le confiscaban sus ganados, que iban a parar a los parientes de la víctima, y lo expulsaban del reino, allí donde no pudiese llegar la venganza de éstos. Y la paz volvía. Era tal la repulsión que les producía la sangre, que a los prisioneros de guerra, o a aquellos que cometieran actos capitales, les daban por castigo el obligarlos a hacer de carniceros, oficio tenido como el más denigrante.

Pese a ello, y como hombres primitivos que eran, los guanches también conocían la guerra. Mientras en Tenerife reinó Betzenuria, sus súbditos disfrutaron de una vida apacible, sencilla. A su muerte, la isla se dividió en nueve sub-reinos, tantos como hijos tenía. Las ambiciones y, sobre todo, las disensiones por términos y pastos fueron el origen de los conflictos. Aunque no tenían grandes conocimientos de táctica, como innatos andarines y escaladores, eran duchos en el arte de elegir lugares aventajados, obstruir gargantas o pasos obligados, tender emboscadas y escaparse de ellas. Sus instrumentos bélicos eran tan primitivos que ni siquiera poseían el arco. La «artillería», unos brazos musculosos y la increíble puntería y fuerza con que, a gran distancia, derribaban de una pedrada al contrario. Al acercarse los contendientes entraban en liza los «tezeces», bastones que manejaban con gran habilidad; las «mocas», varas endurecidas al fuego, que arrojaban con gran acierto cuando el contrario huía, y los «banotes», otra especie de dardos fabricados con madera de sabina o tea. Esta arma tenía la particularidad—la idea era tan atravesada como la del que concibió la bala «dun-dun»—de llevar en sus extremos unas muesqueras que se rompían por efecto del encontronazo, quedando dentro de la herida.

Sus transmisiones se reducían a humaredas y silbidos. Eran todos de infantería, ya que en la isla no se conocían los caballos. La sanidad la componían, así como la intendencia, el ejército de mujeres que seguía a los combatientes. Ellas eran las encargadas de suministrarles víveres, curar a los heridos y retirar los muertos, llevándolos a enterrar en las cuevas sepulcrales.

Los que nos llamamos civilizados tendríamos que aprender algo de las normas que regían las guerras guanches. Entre ellos—y de una manera verídica y efectiva, pese a no conocer la Sociedad de Naciones—, el respeto a los lugares sagrados, a los niños, ancianos y mujeres; la piedad hacia el caído y consideración al vencido eran artículos de conciencia. Jamás conocieron esa arrogancia tan poco cristiana que caracteriza a los triunfadores de nuestra época. Valientes en la batalla, eran moderados cuando la suerte de las armas se inclinaba a su favor.

UN MUNDO EXTRAÑO

La frugalidad de los guanches, pese a lo cual eran fuertes y animosos, tiene algo de anacoreta. Cebada, raíces, agua, leche, carne y frutas silvestres. Con pieles de cabra, hojas de palma y juncos se vestían. Pese a estar rodeados por el mar, los tinerfeños ignoraban el arte de navegar y aun de nadar, por lo que se limitaban a coger algunas lapas, cangrejos y otros mariscos que las mareas dejaban al descubierto. A veces, con anzuelos fabricados con astas de cabra, lograban apresar algún pez demasiado confiado. Los cuernos de las cabras servían también para arar la tierra, ya que no conocían el hierro ni ningún otro metal. Para cortar se valían de unas piedras negras, especie de pedernal, que llamaban «tabonas». Por agujas usaban huesecillos de oveja, con los cuales lograban cosidos increíblemente perfectos, como pude ver en los vestidos de las momias guanches. Estos hombres sólo bebían agua y leche, y, cuando habían comido algo caliente, dejaban pasar media hora antes de tomar líquido, para no dañar la dentadura. Si las nubes se mostraban reacias, hincaban una vara en el suelo y gentes y animales daban vueltas en torno a ella, pidiendo al Sublime, con gritos y balidos, lluvia para sus ganados, y no comiendo hasta verse atendidos.

Vestían el «tamarco», pellejos de cabra—conocían el arte de curtir—, y en la cabeza solían llevar una especie de gorro. A diferencia de los hombres, que iban semidesnudos, las mujeres es-

condían debajo del «tamarco» otras pieles más finas que les llegaban hasta los pies, atadas por los lados y ceñidas por la cintura, demostrando así coquetería y honestidad. Se pintaban, ¡cómo no!, con unas hierbas que producían sus colores favoritos: verde, rojo y amarillo. Todos usaban unos zapatos llamados «xercos». Los nobles, además, llevaban «huirmas», especie de medias.

Por habitaciones tenían cuevas que la naturaleza o los hombres abrieron en las montañas o los amontonamientos de lavas. Algunas de ellas, como las que vi en las proximidades del Teide, son verdaderamente impresionantes.

EMBALSAMAMIENTOS

Cuando un hombre caía en la guerra o un enfermo moría, era llevado a una gran piedra situada en una cueva especial, donde le extraían las entrañas y lavaban el cuerpo con agua dos veces al día. Luego, sobre todo en las partes más débiles—como las orejas, las ingles, los sobacos, el cuello y el pulso—, era untado con manteca de oveja mezclada con resina de tea, piedra pómez y otros absorbentes. Hecho esto lo dejaban unos días al sol y al humo, mientras sus familiares se dedicaban al llanto, esperando el momento de intervenir. Cuando el cadáver o «xaxo» perdía peso, señal de que estaba preparado, los parientes lo tomaban de manos de los embalsamadores—oficio vil y tan despreciado como el de carnicero—y procedían a cubrirlo con pieles y liarlo con correas que daban varias vueltas al cuerpo. Los hacían una señal para poderlos reconocer en cualquier momento de entre los centenares que se amontonaban en las enormes y casi inaccesibles cuevas-cementerios. Los hombres quedaban con los



FOTO: L. D. CUSCOY

Un pequeño molino guanche, de juguete, construido con dos piedras, que se conserva en el Museo Arqueológico de Santa Cruz de Tenerife.

brazos extendidos; las mujeres, con las manos cruzadas sobre el pecho. Todos sobre unas maderas de tea y con unas piedras en las que descansaban la cabeza. Una vasija con leche y algunas frutas eran depositadas al lado de la momia, porque el viaje era largo. Allí, puestas de pie, apoyadas en las paredes de la gruta o sostenidas por dos horquillas de sabina, quedaban formando parte del cuadro dantesco.

He visitado sus cuevas y me he detenido muchas horas ante las momias guanches. Algunas datan de quinientos y quizá de mil años. Hay quien asegura que son muchos más. Y es impresionante comprobar cómo aquellos hombres primitivos y misteriosos dominaban el arte del embalsamamiento. Conservan el cuerpo entero, los cabellos en gran parte, las orejas, los labios, los tendones. Son cadáveres, pero no dan la impresión de ese frío espiritual que he visto en tantos muertos recientes.

Si pudiesen hablar, si pudiesen decir... ¡Y así yo conocer la historia de mi pueblo!



4

**PALABRAS
QUE
SIGNIFICAN
BUEN
CREDITO
EN TODO
EL MUNDO**

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

CAPITAL Y RESERVAS: Ptas. 875.000.000

*Un Banco especializado
en exportaciones
e importaciones,
y con una experiencia
internacionalmente
reconocida.*



GABRIELA MISTRAL

en la tierra de su infancia

El traslado de sus restos desde Santiago dio ocasión al pueblo entero de Chile para rendirle su último homenaje

GABRIELA Mistral, la única mujer hispanoamericana que ha obtenido el Premio Nóbel, descansa del largo peregrinar que fue su vida en el lugar querido de su infancia: Monte Grande, humilde pueblecito chileno al pie de la cordillera de los Andes.

Tres años después de su muerte, el traslado de sus restos desde el Cementerio General de Santiago a la pequeña aldea en el valle del Elqui, donde ella quería dormir su último sueño, ha servido para que el pueblo entero de Chile rindiese un homenaje espontáneo y un recuerdo

emocionado a la que fue la primera entre sus poetisas, madre, maestra y amiga de todos sus niños y peregrina nacional constante, que llevó en triunfo a América por todos los caminos de la tierra.

* * *

Lucila Godoy, niña pobre y soñadora

FOTO: «EUROPA PRESS»





FOTO: CONTRERAS

el primero y el único. A raíz de él comenzará un largo peregrinar por América y Europa. Nueva York ve aparecer su primer libro, *Desolación*. España es el sitio elegido para publicar el segundo, *Ternura*, en donde los niños aparecen en corro, a entibiar su soledad amarga. El dolor de la juventud se está haciendo más sereno, pero la acompañará siempre. Siguen los libros (*Lagar, Tala, Recados contando a Chile, etc.*) al ritmo de los viajes ininterrumpidos. En 1957, en un hospital de Nueva York, el cáncer apaga su vida en este mundo. Era ya conocida en todos los países y en todas las lenguas. Los premios, la fama, los honores, rodeándola, no habían conseguido cambiar en ella a la mujer, fuerte y tierna a la vez; a la madre, sin marido ni hijos; a la maestra de todas las escuelas—la que supo rezar: «Señor, Tú, que enseñaste, perdona que yo enseñe, que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste por la tierra»—ni a la poetisa americana, suave, profunda y dolorida: «Padre nuestro que estás en los cielos, ¿por qué te has olvidado de mí?»

ta, esperaba con una mañana suave, dorada y limpia, a la que tantas veces le había cantado.

La Serena es la ciudad más bonita de Chile. Su arquitectura entera se ha dormido en el sabor especialísimo del arte colonial. A esta altura del larguísimo Chile—a los 30 grados de latitud sur—el Pacífico empieza a templar sus aguas y a moderar el ímpetu de sus oleajes. Era el marco, silencioso, bello y reposado, que mejor podía tener el último viaje de la infatigable peregrina.

El recibimiento de las autoridades religiosas y civiles en el aeródromo fue breve y solemne. En seguida las notas graves del responso abrieron la primera página del camino. En un furgón de la Fuerza Aérea fue transportada la urna de la Mistral. Coronas de flores le cubrían. Entre ellas, una de rosas blancas del escritor colombiano Germán Arciniegas. La gente abrió calle en dos filas de más de dos kilómetros.

Los caminos secos y polvorientos del norte chileno vieron pasar silenciosa a su hija que volvía. El sayal de San Francisco

FOTO: «EUROPA PRESS»



primero, humilde maestra rural después, sufre un rudo golpe en los albores de su juventud: el hombre de quien estaba enamorada se suicida. Publica entonces los *Sonetos de la muerte*, y Lucila Godoy se esfuma para dejar paso a «Gabriela Mistral», la poetisa. Este trágico amor será

EL ULTIMO VIAJE

A las diez horas y diez minutos de la mañana aterrizó el avión de la Fuerza Aérea de Chile en el aeródromo de La Serena. El otoño chileno, un otoño austral que centra sus días en la Semana San-

y la bandera nacional—los dos amores del Premio Nóbel—arrojando su urna. Todo a lo largo de la ruta, los niños, los mismos que cantaron en las rondas infantiles de *Ternura*, esperaban a su Gabriela. Ellos han sido en este último homenaje de Chile a su poetisa los que mejor han sabido

unir el sentimiento frente al amor y la muerte: ya lanzaban pétalos de flores a su paso, ya fruncían el ceño y se quedaban pensativos y serios, ya saludaban simplemente con la mano porque pasaba su Gabriela.

UN ALTO EN EL CAMINO

Pasado el mediodía, la larga caravana se detuvo en Vicuña. Entre campanas y plegarias desfiló el pueblo entero para rendirle homenaje en la plaza.

Vicuña es un pueblo modesto, como cualquiera otro; pero fue la cuna de Lucila Godoy. Se conserva la casa donde nació, con retratos, muebles y escritos suyos. El Gobierno la ha declarado monumento nacional. Una sencilla placa a la entrada explica: «En esta casa nació Gabriela Mistral.»

En el día del homenaje póstumo, dos hojas de palma hacían guardia rendida junto a la puerta de la casa. Sobre ésta, la bandera nacional a media asta. Y en el interior, escritos, recuerdos y objetos fa-

el campanario de Monte Grande fueron apareciendo ante la comitiva. Gabriela, desde su silencio, parecía desgranar de nuevo versos: «Ha venido el cansancio infinito—a clavarse en mis ojos al fin:—el cansancio del día que muere—y del alba que debe venir;—¡el cansancio del cielo de estaño—y el cansancio del cielo de añil!»

EL RETORNO A LA TIERRA

Monte Grande, pese a su nombre, es un lugar pequeño. No más de mil habitantes. Unas pobres casas se agrupan al amparo del viejo campanario colonial, como sobrecojidas por el aspecto imponente de los altos murallones de la cordillera. La Lucila Godoy que había nacido en Vicuña muy pronto se trasladó con su familia a este humilde caserío. Aquí se abrió su niñez a los primeros juegos y a los primeros sueños («Todas íbamos a ser reinas.—Rosalía con Ifigenia—y Lucila con Soledad»). Las primeras letras las aprendió en la humilde escuela que hoy yace

briela había más de cinco mil. Entre ellos —campesinos de todos los cerros de los alrededores—, Rosalía, la amiga de la infancia que también iba a ser reina, convertida hoy en una anciana emocionada que musitaba: «Lucila..., Lucila.»

Escritores de América y campesinos de Monte Grande llevaron a brazo el féretro subiendo por las calles del pueblo hasta la falda de una pequeña colina. La tumba, tal como ella la quiso, se encuentra allí, en lo alto de la suave ladera que mira al campanario, a la escuela y a las casitas arrebuajadas. El cielo limpio y los picachos de la cordillera rodean protectores todo el panorama.

Después de las palabras emocionadas de despedida de las autoridades y del responso final del párroco de Monte Grande, los restos de la inmortal poetisa quedaron por fin envueltos en el calor de la tierra de su infancia.

El mausoleo es simplemente una bóveda abierta en la tierra sobre la que se alza una sola piedra. Sobre la dura y lisa superficie, una inscripción que dice: «Gabriela Mistral—Premio Nóbel 1945—.

FOTO: «EUROPA PRESS»



Campesinos y escritores, hombres y mujeres de toda condición y lugar, se congregaron en Monte Grande —el humilde pueblecito chileno— para recibir los restos de la que, años atrás, había vivido su infancia en esta aldea del Valle del Elqui. En la colina que señala la flecha quiso ser enterrada Lucila Godoy, la chilena universal que se llamó «Gabriela Mistral». En 1929, durante la estancia de Gabriela Mistral en Madrid, Contreras obtuvo una fotografía de la poetisa. Esa serena y penetrante mirada no la conocieron los niños que, en Monte Grande, salieron al camino a saludar a Gabriela, ya muerta. En la casa donde nació Gabriela Mistral, en Vicuña, la bandera se izó a media asta en las conmemoraciones.



miliares son mudo testimonio de su historia.

A la hora cálida de la siesta, los higuerales y viñedos de Vicuña despedían ya al cortejo. Se adentraron las filas hacia la cordillera buscando el nacimiento del río Elqui, y al caer de la tarde las colinas y

casi derrumbada. Años después sería ella la maestra de los nuevos niños del pueblo. Aquí se abrieron sus primeros versos. Y su primera comunión la vieron las húmedas paredes de la vieja iglesia.

Monte Grande no tiene más de mil habitantes, pero el día del retorno de Ga-

7-VIII-1889 - 10-I-1957.» Más abajo, una hoja de laurel esculpida en la roca en altorrelieve, y luego, el pensamiento: «Lo que el alma hace por su cuerpo es lo que el artista hace por su pueblo.—G. M.»

LUIS FERNANDEZ-CUERVO



LOS NIÑOS, LA CUEVA Y EL "BALLET"

Por Esteban Morán Torres



La inauguración para el público de la cueva prehistórica de Nerja, que unos muchachos descubrieron en esta localidad, tuvo la solemnidad que merecía el hallazgo de tan gran tesoro arqueológico. El *ballet* «Le Tour de Paris» actuó en la Sala de la Cascada. Un escenario maravilloso para un espectáculo de la refinada civilización del siglo xx, que solemnizaba la apertura al público de una caverna prehistórica.

AQUELLA noche de invierno—12 de enero de 1958—hacía frío incluso en la Costa del Sol, esa larga sucesión de playas mediterráneas que limitan a España por el sur desde Gibraltar hasta Almería.

El grupo de muchachos había llegado en sus juegos a una profunda grieta que las gentes del pueblo empleaban, desde tiempo inmemorial, como vertedero de basuras, de materiales de desecho, de animales muertos. Eran cinco los que, después de un día entero de correrías por los alrededores de Nerja—el pueblecito de pescadores y hortelanos—, se habían reunido en la hondonada para fumar un cigarrillo de hierbas, antes de regresar para la cena a Maros, la barriada en que todos ellos tenían su vivienda.

Algo ocurrió que les inmovilizó por unos instantes. Se oyó un chasquido; un murciélago surgió de las profundidades, y se percibió con claridad el leve soplo de una corriente de aire caliente.

Los muchachos, excitados, investigaron rápidamente la causa de todo esto. Efectivamente, había un hueco y por allí había salido el murciélago. Al aplicar la cara sentían calor. Rompieron un enrejado de estalactitas, y el mayor de ellos, Francisco Navas Montesinos, de diecinueve años, introdujo su cuerpo por el hueco y se encontró dentro de una cavidad estrecha y caliente. A Francisco le siguieron sus camaradas: José Luis Barbero, de quince años; José Torres Cárdenas, de dieciséis, y los hermanos Manuel y Miguel Muñoz Zorrilla, de dieciocho y catorce años, respectivamente.

Llevaban una linterna. Con gran cautela, introdujeron sus cuerpos, uno a uno, por una oquedad de la roca que daba entrada a un pasadizo de varios metros que terminaba en el vacío. Cuando Francisco, desde el borde de la roca subterránea, dirigió su linterna al frente, se quedó mudo de asombro. Ante los ojos, abiertos como platos, de los muchachos, aparecía un escenario de cuento de hadas; una sala inmensa como el interior de una catedral apuntalada con gigantescas columnas, adornada con bellísimas cascadas de estalactitas, que brillaban a los pálidos

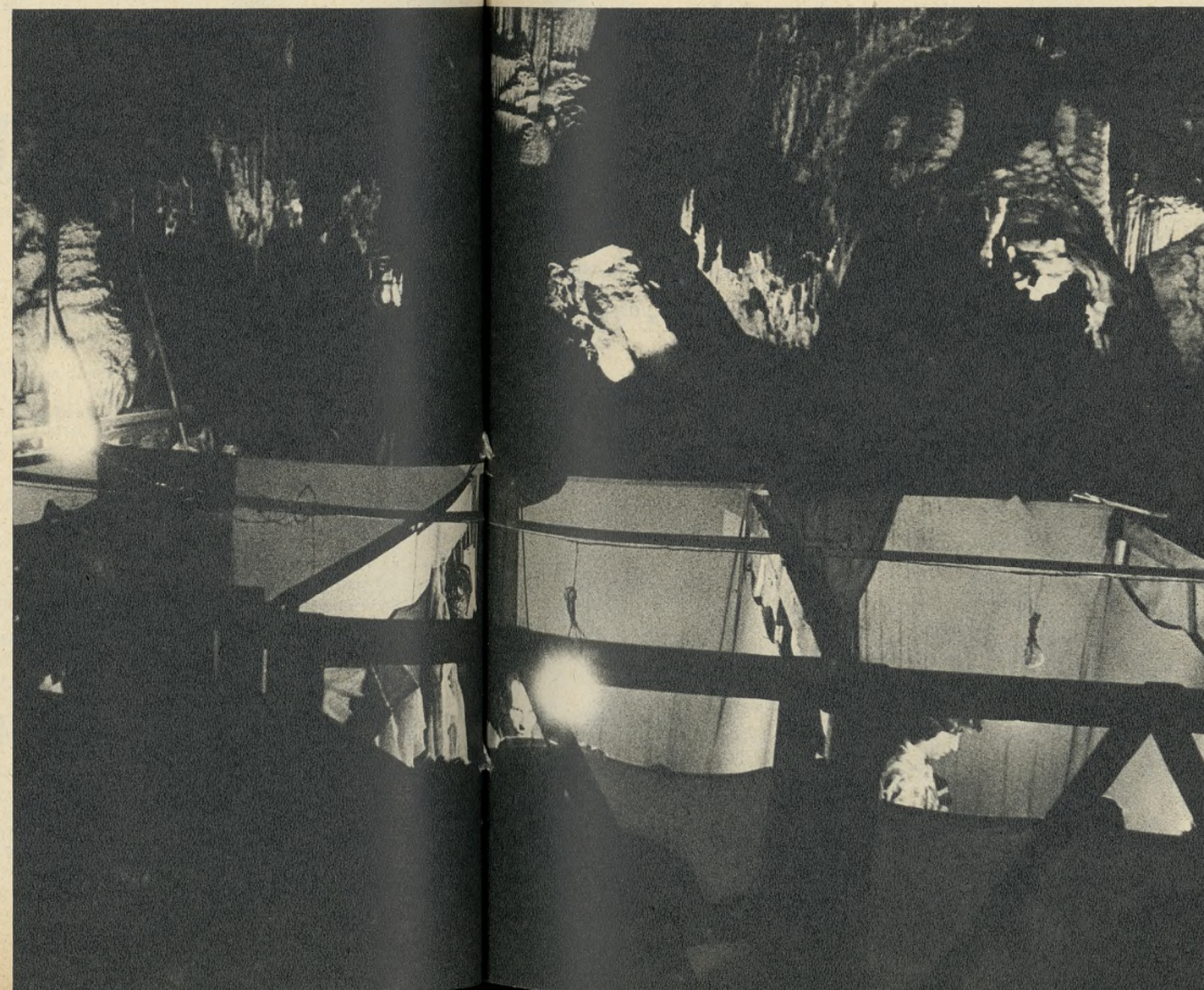




Sobre el tablado construido en la Sala de la Cascada, una de las más grandes de la serie de cavernas de Nerja, actuó el «ballet» «Le Tour de Paris» en un mágico y único marco de ambientación perfecta: las bellas estalactitas de la cueva.

La compañía de «ballet» «Le Tour de Paris» se presentó en Nerja (Málaga) con un espectáculo bellissimo, con música de Tchaikowsky, Mussorgsky, Minkus, Drigo, Pagni, Auber, interpretada por la Sinfónica de Málaga, dirigida por Daniel Stirn.

Fotos:
EUROPA
PRESS



rayos de la linterna. La impresión de los muchachos fue tremenda. La linterna cayó de las manos de Francisco y se estrelló treinta metros más abajo. Los chicos regresaron al pueblo a las doce de la noche, contando extrañas historias de tesoros escondidos.

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Aún excitados por la aventura, fueron a ver al maestro de la escuela de Maros, Carlos Saura Garre, que recientemente se ha convertido en sacerdote católico. El maestro no perdió tiempo y dio cuenta del descubrimiento a las autoridades de Málaga, capital de la provincia.

Desde Málaga acudieron expertos a la cueva de Nerja. Desde el principio se puso de manifiesto la extraordinaria importancia del hallazgo. Se formó un patronato para la investigación de los tesoros científicos que encierran las cuevas y la explotación de su indudable interés turístico. El propio gobernador de Málaga, Antonio Rodríguez Acosta, encabeza el patronato, que incluye también ingenieros, arquitectos, arqueólogos y otros especialistas.

El «homo sapiens» habitó la cueva

Trasladados los equipos de investigación a la cueva, los hallazgos sensacionales se sucedieron sin interrupción: desde el primer momento se demostró que una raza de hombres primitivos había ocupado las salas más accesibles de la cueva. Se encontraron pinturas rupestres, armas talladas en sílex, restos de animales mediterráneos y un silo con unas cien libras de trigo, un almacén de bellotas, una gran cantidad de cerámica bellamente adornada.

Estos objetos se van enviando a Madrid, para su estudio detallado por los especialistas más destacados del país. Se cree que en las cuevas de Nerja vivió el *homo sapiens* hasta hace seis mil años, fecha en que quedó cegada la caverna. Pero estos hombres debían de ser los descendientes de unos antepasados del paleolítico superior. Y fueron éstos últimos los que trazaron pinturas de animales en los lugares más recónditos de la cueva, con un estilo naturalista que parece íntimamente relacionado con el hombre hispano-aquitano, que asombró al mundo moderno con sus pinturas de la cueva de Altamira, en el norte de España.

Los arqueólogos realizan su labor con gran paciencia. Se trata —dicen— de un yacimiento de incalculable riqueza, y se tardarán probablemente varios años en estudiar la totalidad del material que se va extrayendo en el transcurso de las excavaciones.

Por otra parte, se ha procedido a habilitar la parte explorada hasta ahora en beneficio del turista. Y, una vez terminados los trabajos de iluminación, construcción de caminos y puentes, para el cómodo recorrido de un itinerario que recorre una parte de las cuevas, se han abierto al público cinco grandes salas.

Son éstas: la Sala del Colmillo de Elefante, llamada así porque en uno de sus laterales se conserva un colmillo de elefante fosilizado; Sala de la Cascada, de grandes dimensiones, decorada con millares de estalactitas y estalagmitas, que culminan en una enorme cascada petrificada que da nombre a la sala; Sala de los Fantasma, en la que las formaciones geológicas han producido centenares de esculturas de asombroso realismo; Sala del Trono, cuyo centro está ocupado por un soberbio grupo de estalagmitas, y Sala del Cataclismo, espectáculo dantesco que impresiona a todo el que tiene ocasión de vivir el ambiente sobrecogedor de esta enorme oquedad rocosa de sesenta metros de altura, en cuyo fondo yace una enorme columna, derribada por una conmoción sísmica que debió de sacudir las entrañas de la montaña hace miles de años. Desde entonces se ha ido formando otra gigantesca columna central de setenta pies de diámetro y doscientos de altura, enriquecida con adornos naturales que recuerdan—muy aumentado—el estilo dórico empleado por los antiguos griegos.

Claro está que la Naturaleza superó con mucho, en todos los aspectos, a la obra del hombre. Y nunca pudo el hombre soñar, ni en sus desvaríos más ambiciosos, con una realización como la cueva de Nerja, en la que la belleza va unida a la potencia y la delicadeza al tremendismo.

Abierta al turismo

La inauguración de la cueva de Nerja por el hombre del siglo XX tuvo gran brillantez, y por primera vez en el mundo se presentó un espectáculo de *ballet* en el interior de una caverna prehistórica. En efecto, se construyó un tablado bajo las estalactitas de la Sala de la Cascada y sobre él brillaron, hechizados con el ambiente, el cuerpo de baile *Le Tour de Paris*, con música de Tchaikowsky, Mussorgsky, Minkus, Drigo, Pagni, Auber, interpretada por la Orquesta Sinfónica de Málaga, dirigida por Daniel Stirn.

Acudieron a este primer concierto las autoridades civiles y militares, los descubridores de la cueva, los miembros del patronato, los científicos que en ella trabajan y representantes de la prensa internacional. La cueva de Nerja quedaba abierta de nuevo al hombre, después de seis mil años de clausura.

Pero el visitante solamente puede contemplar una pequeña parte del total. Oculto por una gran estalactita de la Sala del Cataclismo hay un agujero de difícil acceso a unos sesenta pies del altísimo muro, que da paso a una larga galería que conduce a nuevas salas, cuyo número y extensión se desconoce todavía. Porque los equipos de espeleólogos que se han aventurado en su interior han regresado, al cabo de varios días de investigaciones, sin poder llegar al final de este enorme laberinto de cuevas y galerías, que probablemente ocupan una extensión de muchas millas en las entrañas de la región soleada y fértil, cubierta de plantaciones de chirimoyas y cañas de azúcar, que dan vida a los habitantes de Nerja, del pintoresco pueblo malagueño de la Costa del Sol, que hoy día ha vuelto a descubrir la morada de sus antepasados de hace quince mil años.



I LA DOMA ANDALUZA Y SUS RECURSOS

CUANDO la inteligencia humana se apodera de la voluntad del caballo y dirige sus movimientos para burlar el instinto de conservación del toro bravo, que se transforma en embestida, se produce el rejoneo. Para que ese juego de la vida con la muerte se convierta en arte son fundamentales tres cosas que encierran las reglas por las que se aprecia el mérito de una faena a caballo: doma, toreo y ejecución.

Lo primero que hay que admirar en todo arte no es lo que se ve de él, sino lo que está detrás de lo que se ve: la causa que lo ha producido. En este caso, la preparación de los caballos para someterlos a la voluntad del hombre delante de una fiera. Se comienza desbravando al caballo, para, más tarde, continuar reprimiéndole las inclinaciones y vicios despertados por su instinto de defensa, que continuamente intenta poner de relieve, resistiéndose a volver a uno u otro lado, o sea, entablándose, o bien reculando sin dirección, a lo que se le da el nombre de aculado; o encabritándose. Esto se consigue a través de la doma, hasta que refleje una obediencia incondicional, básica para cualquier clase de escuela.

La andaluza, caracterizada por sus movimientos bruscos y reacciones violentas, tiene su origen en el campo, especialmente en la necesidad de improvisar movimientos precipitados sin perder el dominio al bregar con los toros bravos. Por eso es fundamental en el adiestramiento para la escuela del rejoneo a la española.

Estos caballos, que se someten a una excitación

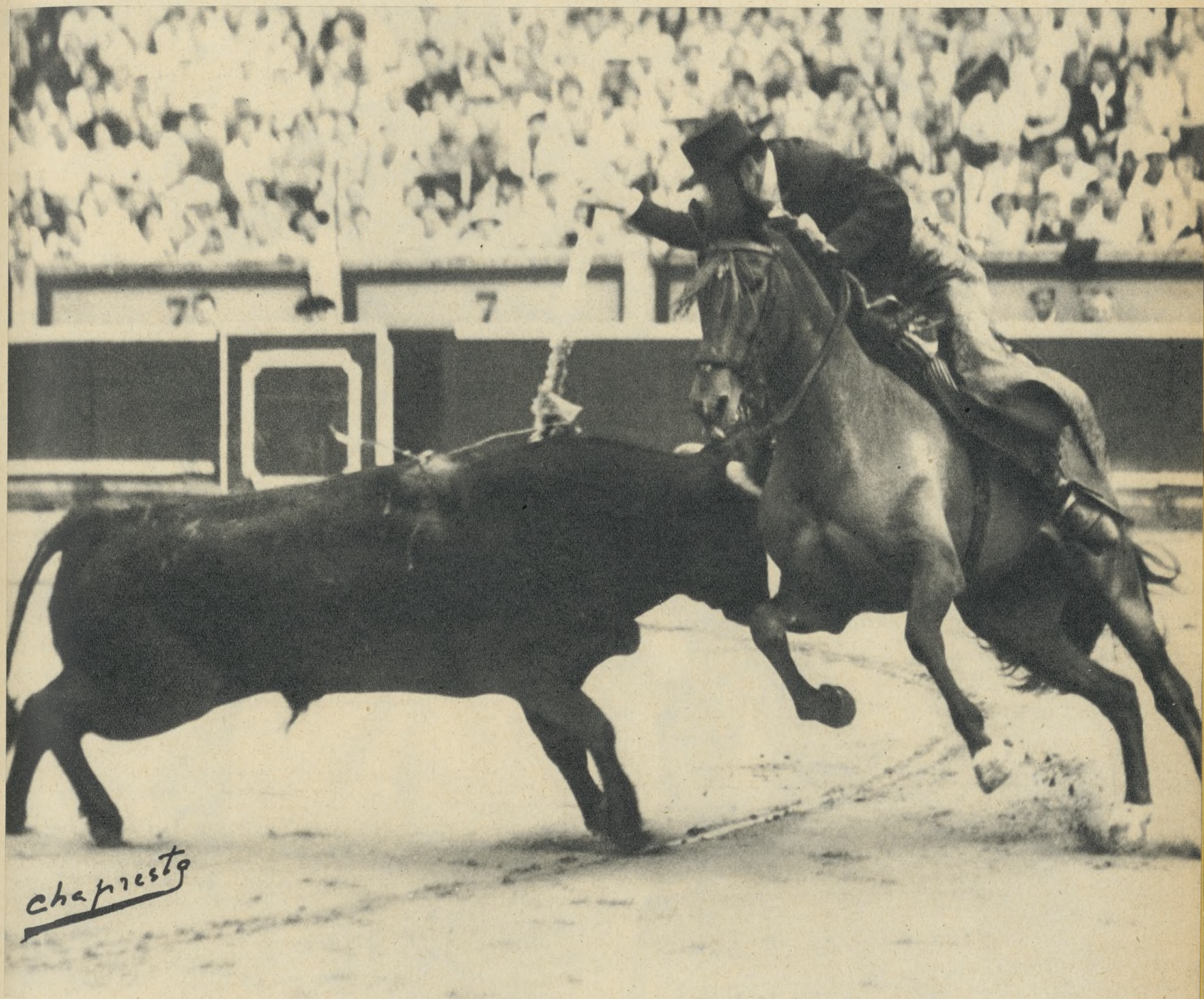
(Sigue en la página 25.)

El hombre, el caballo y el toro

Por ANGEL PERALTA



CADA CABALLO, COMO CADA TORO, TIENE SU LIDIA







GARROCHISTAS

La corrida del domingo
no se encierra sin mi jaca.
Mi jaca la marismeña,
que por piernas tiene alas.

Venta vieja de Eritaña,
la cola de mi caballo
dos toros negros peinaban...

¡Islas del Guadalquivir!
¡Donde se fueron los moros
que no se quisieron ir!...

En el espejo del agua
yo reparo en los andares
salerosos de mi jaca.

Luces de Sevilla,
faro de los garrochistas
que anohecen en la Isla.

Fernando VILLALON

amelio



Carmen Sevilla

L A ciudad y el campo se dan la mano en esta gentil estampa, por la que le viene a la primera como una brazada olorosa, como un resuelto aroma sonoro. El caballo condecora al paisaje urbano, le pone una airosa viñeta, que hace el paisaje más ameno y al corazón también. La amazona es Carmen Sevilla. Doble finura y gracia hay en la sangre de la estrella y de su cabalgadura en esta estampa que irrumpe, como dulce ofensiva, en los caminos de El Pardo.



EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

Por ANGEL PERALTA

(Viene de la página 22)

constante, en las faenas con el ganado, deben saber mantenerse parados, inmóviles, para no ahuyentar a las reses mientras se apartan, pero sin distraerse ni perder el contacto con el jinete, a quien se mantienen reunidos para que pueda actuar con rapidez.

Las grandes distancias las recorren con un paso profundo, largo y sentado, pisando con las patas más allá de las huellas que dejan las manos, haciendo mover el mosquero de oreja a oreja, en acompasado ritmo de marcha, impidiendo que los insectos entren en sus ojos. Y cuando caminan por las veredas, de la bóveda del casco se escucha el eco que sirve de diapason al paso castellano.

El trote, carente de utilidad en las faenas de los vaqueros, tiene una vital importancia. Yo le llamaría aire sedante. Sirve para recuperar al caballo físicamente cuando hay que continuar una marcha y se siente agotado de correr. Es el ejercicio más completo de la equitación, porque reparte el trabajo por igual en todas las extremidades. También cuando se excitan al ver caballos delante, o al salir de la cuadra, el trote les regula el sistema nervioso al encontrar un límite en el deseo de acelerar la marcha ante el temor de abortar el aire. Por la montura y la forma de practicarlo es distinto del de las otras escuelas, estando más cerca del trote sentado que del trote levantado.

Nos bastaría describir la actuación de un caballo en un tentadero de machos a campo abierto

para completar la doma andaluza, de la que tan poco se conoce; tanto mérito tiene, y ha sido tan criticada, a causa de los jinetes que, faltos de tacto ecuestre, se ven obligados a realizar las faenas camperas, que tienden a sublevar a los caballos; para poder con ellos, recurren a la gamarra o martingala, que les marca un tope al querer defenderse del bocado «hacheando», y evita al jinete recibir un cabezazo. En el tentadero, donde hay que amoldar la carrera del caballo a la del toro, por imposición del jinete, la usan porque se defienden al esfuerzo, transformando el ángulo que forma el cuello con la cara, ligeramente obtuso, casi en ángulo llano, y el vértice que engarza los dos miembros toma una fuerza que el jinete no puede vencer con las riendas. Por eso los que no tienen el tacto necesario para ello se valen de la gamarra, que limita el recorrido de la cara hacia adelante por medio de un perrillo prendido a la muserola y ligado a la cincha por una correa graduable que determina la distancia, dejando un margen prudencial para que el caballo pueda correr.

Al bregar con los toros, como la mano derecha tiene que estar libre para llevar la garrocha, los mandos son indirectos, y estos jinetes, que siempre buscan trucos para hacer más cómodo lo difícil, recurren a las «guindaletas», que van del perrillo, o sea, de la nariz, al extremo de una de las piernas del bocado, y cuando la mano izquierda, con mando directo, indica el movimiento a un lado, la pierna del bocado, al ir hacia atrás, hace de palanca y lo convierte en directo. Suelen usar bocados de dimensiones exageradas, con una em-

bocadura tan cruel como la de «cuello de pichón», que más que servir para hacer interpretar una orden sirve para estropearles la boca, partiéndole los asientos, con lo que contribuyen a que se les encallen y pierdan la sensibilidad. Lo importante es despertársela, para sentirlos en la mano, y así poder recoger y ordenar los impulsos que las piernas transmiten. Estos bocados dan lugar a que el caballo esté por detrás de la mano y se encapote, o sea, que pierda el mando por ceder hasta el extremo de apoyar las barras del bocado sobre el pecho.

Las espuelas las usan corriendo las carretillas desde la cincha hasta el hueso del cuadril, porque interpretan que son para castigar; por eso llevan carretillas punzantes. No tienen en cuenta que las espuelas sirven para mantener el contacto con el caballo y transmitirle nuestros deseos. A través de ellas nos servimos para hacerlos reaccionar aprisa, que es lo necesario para torear despacio.

Todo ello ha motivado que se tenga una versión equívoca de la monta campera, de la que muchos creen que consiste en romperles las encías con el bocado a los caballos y rasgarlos con las espuelas.

Nada de esto forma parte de la escuela andaluza; son meros recursos que demuestran lo difícil que es practicarla con la corrección que ella exige. Yo tengo un fandango que dice:

*Un espolazo a destiempo,
le duele a aquel que lo da;
cuando se quiere pegar
hay que esperar el momento,
para no sufrir el mal.*

II

El trabajo campero en la escuela española

A pesar de las dificultades que encierra esta clase de doma, yo he podido admirar en el campo a muchos caballos que se han mantenido colocados, con la cara fija, flexionando al bocado, sin tirar desde que han salido del rodeo, dejándose graduar la carrera para ir a la velocidad del novillo, cambiando correctamente de pie al variar de dirección, conservando el galope a la derecha mientras se le suelta a la res, frenando, una vez derribada, para girar a la derecha, y colocarse detrás de ella, dejándole la querencia libre; manteniéndose reunido, equilibrado, sin sacar la cara, cuyo perfil ha de estar un poco hacia adelante, pero casi vertical; la cabeza alta, el cuello arqueado, los posteriores lo más cerca posible de la cincha, para que de esta forma quede en libertad el tercio delantero y se pueda desplazar con facilidad si el novillo se arranca.

Esta escuela, creada por las necesidades de las faenas camperas, exige que el caballo sepa parar en firme con sus patas cargando rápidamente el

peso sobre ellas, situando el centro de gravedad casi en línea perpendicular con la punta de los cascos traseros, que con sus remos flexibles les sirven de eje para girar en tres tiempos y en un solo movimiento, llevando los brazos muy cerca del suelo, conservando la reunión para recoger el impulso de las patas y lanzarse hacia adelante. A estos giros se les da el nombre de vuelta o media vuelta sobre las piernas, según lo hagan doble o sencillo. Es del estilo de la pirueta natural o media pirueta; pero existe una forma especial de ejecutarlo en la que el caballo despliega mayor energía, y si marca bien los tiempos, sus movimientos componen una figura artística.

El paso atrás se hace pisando con firmeza, porque al usarlo para encelar a los toros en la grupa, cuando se arrancan, tienen que remeterse hacia adelante, apoyándose con fuerza en las patas, saliendo a galope. Estas remetidas se emplean mucho en las exhibiciones, porque la rapidez con que marcan los tiempos y el ímpetu con que el caballo empuja hacia adelante dan una sensación

de fuerza, de sometimiento y de belleza al animal.

He querido destacar solamente los ejercicios y las normas más importantes que determinan la escuela andaluza, en la que, como habrán podido observar, domina el trabajo sobre los posteriores, que emplean para detener la inercia de cualquier movimiento e impulsar de nuevo con rapidez. Estos caballos están sometidos de una manera tan absoluta, que aceptan cualquier orden para ejecutar un movimiento, por violento que éste sea, sin intentar resistirse a él, y si sus condiciones físicas no les permiten llevarlo a cabo, prefieren quedar mal a dejar mal al jinete.

Cuando el ser ganadero exigía ser hombre a caballo, fomentó la afición de esta escuela andaluza la rivalidad despertada entre dos bandos divididos por el Guadalquivir, los del río acá y los del río allá, siendo estos últimos los de la margen derecha. La zona de Salamanca estaba representada por don Antonio Pérez Tabernero, quien galopó con sus caballos lo mismo por una orilla que por la otra. Los de la margen izquier-

da se centraban en don Antonio Miura, cuyo tacto ecuestre está fundido en el campo sin perder la delicadeza de la ciudad. El me cortó la siguiente anécdota de su padre:

«*Buckingham*, el famoso caballo sabio, que hacía exhibiciones en un circo llegado a Sevilla, causó gran admiración entre los aficionados. Don Eduardo Miura y don Luis Polera, figuras de la garrocha de aquella época, atraídos por la curiosidad, fueron a verlo, y comprobaron que, efectivamente, el caballo estaba habituado a ejecutar ejercicios de gran vistosidad, pero no estaba sometido. Su jinete, quien opinaba lo contrario, se ofreció a una prueba. Acordaron que si él era capaz de mantener a *Buckingham* cerca de los otros caballos para presenciar una faena de acoso y derribo, sin que se descompusiera, esto bastaría para demostrar su doma. Al día siguiente, don Eduardo y don Luis salieron a caballo desde sus propias casas, dirigiéndose al circo para recoger al invitado y continuar hacia el cortijo de Cuarto, situado a cuatro kilómetros de Sevilla. Desde que emprendieron la marcha comenzó la prueba, al decir uno de ellos: "Vamos a dar un galope."»

»Y mientras los caballos vaqueros marchaban a un galope acompasado, unas veces largo, otras veces corto, con las riendas flojas, sin perder la reunión, el caballo «sabio» se desequilibraba por

la excitación producida de su lucha con el jinete, al no dejarse regular la velocidad. De vez en cuando todos aceleraban el galope para frenar rápidamente, pero entonces *Buckingham* se rebasaba de ellos, por no poder retenerlo su jinete hasta bastantes metros más allá. Al llegar al cortijo, el invitado ya sentía la duda del sometimiento de su caballo, pero había que terminar la prueba. La collera de garrochista apartó de la piara a una vaca sarda (capa que caracteriza a la ganadería de Miura), la que, al sentirse acosada, emprendió veloz carrera, dando guiñadas que la collera de garrochista corregía sobre la marcha para que siguiera la dirección deseada; el jinete de *Buckingham* no logró acompañar a los otros en sus virajes a galope tendido, por no poder dominar el estado violento de su cabalgadura. Al llegar a un «regajo», no visible a mucha distancia, los andaluces frenaron sus monturas para cruzarlo, en tanto que el dueño de *Buckingham* no pudo detenerlo con la misma precisión que ellos, por lo que perdió pie el caballo y cayeron los dos de cabeza. Seguidamente fue invitado por don Eduardo a montar uno de sus caballos para presenciar el acoso y derribo de otra vaca, lo que hizo sin gran esfuerzo. Al compararlo con *Buckingham* supo lo que es un caballo domado.»

Al caballo adiestrado en estos trabajos, confor-

me a sus reglas, los camperos le dan el nombre de «rematado», y es en este punto cuando el animal está en condiciones de someterse a la doma del rejoneo a la española, que, conservando como base el estilo de la escuela andaluza, tiene por objeto conseguir la reunión con el toro, yendo de frente a él. He hablado del caballo sometido ante el enemigo que huye, pero ahora este sometimiento hay que conservarlo frente al enemigo que ataca, cuyo peligro conoce. Hay dos formas de conseguirlo: una, cuando el miedo que le infunde el jinete al caballo es superior al que le produce el toro. Entonces su decisión al ejecutar la suerte está tan cerca de la sublevación que la lucha secreta que se entabla entre jinete y caballo produce una desarmonía entre ellos, impidiéndoles acoplarse para llevar a cabo una faena artística. Y la otra, que estimo correcta, ganándose la confianza del caballo, demostrándole con cariño y autoridad que nuestra inteligencia es superior a la de su instinto, y entonces, dejándonos llevar de ella a través del tacto, convertido en un verdadero centauro, es cuando puede ganar la cara al toro, y llevándolo toreando durante la reunión, y dándole emoción a la suerte sin perder el arte. Algo así como la distinta manera en que nada hacia la orilla una persona que ha sido arrojada al agua a la fuerza de otra que lo hace a gusto.



III

Toreo y ejecución de la suerte

CADA caballo reacciona de diferente manera, y hablando en términos taurinos, pudiéramos decir que cada uno tiene su lidia.

Es de una gran importancia que el caballo no vuelva la cara al lado contrario del que ve venir al toro; esto supone un reflejo de cobardía que debe estar superado por el jinete. Cuando los primeros aplausos engañaron a mi juventud, haciéndome creer ser alguien a caballo, si ellos no me obedecían, yo los culpaba; pero la propia experiencia me fue enseñando a cul-

parme a mí mismo, y desde entonces voy encontrando soluciones diferentes para cada caso. El adiestramiento para rejonear está dividido en varias fases, llamémoslas cursos. A los caballos no se los puede exigir trabajos que pertenecen al cuarto curso cuando están en el segundo, ni conformarse con los del segundo si ya están en el cuarto. Hasta aquí lo fundamental de la práctica del rejoneo. Nos faltan los aires de alta escuela para darle vistosidad. Estos se dividen en dos: naturales y artificiales. Son naturales los produ-

cidos por la impulsión de las piernas, y artificiales, los enseñados a base de trucos. Los naturales se distinguen porque los hacen reunidos, completamente equilibrados, desplegando una gran energía en sus movimientos, manteniendo la cadencia; los artificiales resultan lánguidos, sin impulsión ni colocación. El problema de la equitación es conservar la cara del caballo con una posición correcta relacionada con el movimiento que está practicando. Los aires de adornos, muy en especial la corveta, lo difícil no es enseñarlos,

sino que el caballo los practique en el momento que se le pidan, sin tener preferencia para ejecutarlos en una posición o lugar determinado. Si estos ejercicios los aprenden por considerar que, haciéndolo, se defienden del ataque de las espuelas, existe el peligro de que los usen también para defenderse si se les pide otro trabajo que ellos desconocen. Yo he podido comprobar que la fuerza del peligro que emana del toro hace casi imposible ejecutar trabajos correctos frente a él, y, por el contrario, esa misma fuerza recibida de espalda impulsa al caballo, ayudándole a efectuarlo con más energía; viene a ser como tener el viento de cara o en favor.

El tiempo que se tarda en adiestrar un caballo a rejonear es muy relativo. No todos cuentan con la misma facilidad para amoldar y poner flexibles sus músculos a las posturas que se les exigen. Si se comienza cuando tienen aproximadamente tres años, uno para potrearlos, otro para someterlos y otro para adiestrarlos. Después de estos tres años muy pocos llegan a servir para hacer el rejoneo de hoy en día, y contadísimos alcanzan a ser figuras. Ya al comenzar los entrenamientos del caballo con el toro se pueden clavar banderillas; la fecha en que se pueda rejonear con ellos nunca puede ser prevista.

TOREO

Para torear a caballo hay que burlar las embestidas del toro de acuerdo con las normas clásicas, es decir, dejarlo llegar, templarle su arrancada y mandarlo; así se le puede ganar la cara al toro, metiéndose el caballo en su cuello con la cara vuelta hacia la penca del rabo, describiendo un círculo corto, mientras aquél persigue la grupa que lo lleva toreado. Si se corre en forma de zigzag o en cualquier dirección deseada para ponerlo en suerte, hay que conservar la distancia, llevando al toro embebido en el caballo para que no pierda la ilusión de coger, pero sin dejarse alcanzar por él. Otra fase del toreo es encelar al toro en la grupa del caballo, cuando está entablado, prendiéndole en ella hasta dejarlo colado.

EJECUCION

Existen varias maneras de practicarla, que, según los terrenos en que se ejecutan, pueden ser: encerrado en tablas, en el tercio o abierto. Según el estilo: por delante, al estribo o a la grupa, teniendo en cuenta que en el momento de clavar el brazo debe estar horizontal y las banderillas perpendiculares al morrillo del toro. Y, según las formas de producirse la reunión, a veces creadas y otras obligadas.

Cuando se entra con el toro encerrado en tablas, sólo se aprecia el momento de la decisión que tiene el caballo para pasar, ya que no puede huir por tener a un lado las tablas y al otro el toro; existe la posibilidad de entrar al sesgo, dejando al toro por dentro y al caballo por fuera.

El tercio es el sitio normal de lidiar los toros; por eso el rejoneo toma su máximo interés cuando se hace con el toro abierto, pero siempre entrando de frente, para que exista el riesgo de que las fuerzas se multipliquen si se encuentran. En el momento de clavar, el toro debe encunar el estribo. Hacerlo a caballo pasado indica que el momento oportuno ya pasó.

Es importantísimo fijar bien al toro, alegrándolo con el caballo cara a él, para que se midan el terreno, siendo entonces necesario crear la reunión. Si el toro no está fijo en el caballo, si se entra a la media vuelta, si se hace encerrándose en tablas, que limitan la visión del toro



para embestir, la reunión es obligada; entonces ni se aprecia la doma, ni se produce el toreo, ni se ve la bravura del toro.

Al referirme a las normas de practicar el rejoneo he tenido muy en cuenta la bravura del toro, que, si llega a faltar, ha de ser suplida con la destreza del jinete. Por eso las faenas hay que apreciarlas de diferente manera, cuando viene el toro o si hay que ir hacia él.

Cuando el caballo se compenetra con el hombre, llega a formar parte de la vida de éste. En el rejoneador existe una doble responsabilidad, la de salvar al caballo y la de conseguir la emoción necesaria para no defraudar al público; por eso la fuerza de su imposición va guiada por sus sentimientos. Yo he sacrificado muchas horas procurando aprender a curar sus heridas para poder atenderlos personalmente cuando lo necesitan, sin pensar en su valor material y llevado por el cariño.

Mi caballo *Gaviota* fue herido en el vientre en la plaza de toros de Barcelona el año 1953, y mientras se operaba sólo usé como anestesia mi voz. Ellos pueden comprender perfectamente el tono con que se les habla.

Los caballos, como los toreros, cuando más miedo sienten es inmediatamente antes de salir a la plaza. Los que son valientes experimentan alegría si torear bien, los medrosos sólo se tranquilizan cuando terminan la corrida, y la emoción ante el toro les puede causar hasta la muerte, como ocurrió en una ocasión en la Maestranza de Sevilla. Mi caballo *Sultán* conocía a los toros sólo con verlos embestir a los banderilleros.

Entre los rejoneadores, la cuadrilla, los caballos y los hombres que los cuidan se forma una especie de familia. Un día viajábamos todos con siete caballos desde el Perú a México en un avión, y al luchar éste contra un fuerte temporal en el aire, la tripulación, ante el peligro que representaba el movimiento de los caballos, decidió matarlos, a lo que todos nos opusimos, prefiriendo afrontar el riesgo.

No quiero dejar de considerar aquí al toro de

casta, por ser nuestro principal colaborador, que cuando el hombre no provoca su bravura y llega a confiar en él, también demuestra su nobleza.

Cuando la mirada femenina descubre en la plaza que el toro le da color a la fiesta con su sangre, la compasión al animal se reviste de admiración al valiente. Pensando en esto creé la suerte de la rosa con el ánimo de cubrir las heridas del toro para poder amortiguar el sentimiento de la mujer. A ella le dedico, al igual que al hombre, mis impresiones en el arte de matar a caballo a la española, porque para poder practicarlos con corrección no es posible conceder distinción al sexo.

Por eso me atrevo a aconsejarles que monten apenacadas, y si la coquetería femenina es superior a la afición de montar bien a caballo, les hago saber que esta afición lleva consigo el romanticismo, y los grandes jinetes tienen reservadas para ellas las grupas de sus monturas.

Prendida a mi cintura y asida a la baticola de mis caballos siempre me acompaña una dama. En esta ocasión, ella me ha servido de musa. Y como toda mujer leal, está dispuesta a compartir conmigo la responsabilidad de mis impresiones sobre el hombre, el caballo y el toro. Su nombre es EXPERIENCIA.

En máquina este número de MUNDO HISPANICO, en el que ocupa lugar importante el valiente, antiguo y noble arte del rejoneo, ha ocurrido, en la plaza de toros de Palma de Mallorca, la trágica muerte del rejoneador don Salvador Guardiola. A su memoria, y en homenaje a todos los caballeros que exponen su vida en lucha con el toro, MUNDO HISPANICO dedica las páginas sobre «El hombre, el caballo y el toro», debidas a la pluma de otro gran centauro español: don Angel Peralta.

P

RÍMER cuarto del siglo XVI. España tiene empresa a su medida. La alegría de vivir ronda entre la gente de la Bética. Se sabe que el mundo es redondo y llegan noticias de la otra cara de la Tierra.

Desde la costa turdetana—ese cabo Cañaveral del siglo XVI—muchos hombres han saltado, en los últimos treinta años, hacia la otra cara de la Tierra. El aventurado trajinar sobre el Atlántico es un riesgo que bien vale la pena; los que regresan cuentan y no acaban de las maravillas que se ofrecen al oeste, donde están situadas las Indias prodigiosas. En los corros de viejos marineros, por las plazas y mercados, andan las crónicas. Dicen que en la Tierra Firme, más allá de las Islas, hay inmensas extensiones de montes y praderas, regadas por ríos como mares. Cuentan que esas tierras están habitadas por bárbaras naciones que viven en la superstición y la idolatría, y temen a los caballos; que sus individuos se embriagan con humo, conocen las propiedades medicinales de plantas exóticas y se alimentan con maíz, mandioca, frijoles, piñas y batatas, y que comen toda suerte de alimañas. Hablan de una fauna extraña y de una vegetación exuberante, con árboles tan altos como la Giralda. Charlan sobre el oro, la plata y las piedras preciosas, que se dan con tanta prodigalidad como las especias. Barbullan sobre la existencia de un paraíso, que algunos llaman El dorado. Y estos dichos deben de ser ciertos, pues están escritos en memoriales presentados al rey y certificados por escribanos que dan fe.

En su primitiva versión, estos relatos se referían también a muertes, naufragios, hambre, desnudez y mil enfermedades. Pero esto se va olvidando en el ir y venir de las narraciones por patios y cocinas, cancelas y cortijos. La conseja popular y hogareña sólo conserva lo amable y grandioso de las leyendas.

* * *

Por las ciudades y los campos de Andalucía sopla, desde hace treinta años, un viento marinero que va cantando un mensaje de amplitud y de riqueza: la otra cara de la Tierra promete hacer realidad dos abstracciones que magnetizan la condición humana: espacio y abundancia. Promesa que enciende audacias en los varones, nutre el ensueño de las mujeres y exalta la imaginación de los niños. El pueblo andaluz experimenta en su alma colectiva un gozoso ensanchamiento. Siente que han llegado los tiempos de justificar el misterioso afán que lo ha mantenido en vigilia junto al Atlántico desde el remoto Periplo. Estos años son de plenitud, pues traen la posibilidad de colmar un triple anhelo de su ser completo y milenar: expandir el conocimiento de Dios, conquistar nuevas tierras para la corona y satisfacer los sentidos con la posesión de una naturaleza virgen.

* * *

Tartesso—donde radicó la más antigua civilización occidental—es la región predeterminada para la expansión ecuménica de la cultura cristiana. Por obra de la descendencia de los que fueran súbditos del fabuloso rey Argantonio, la Baía Andalucía se ha convertido en una plataforma para los lanzamientos hacia el Nuevo Mundo. Allí, en los puertos de las bases que se llaman Huelva, Sanlúcar y Cádiz, trianguladas por Sevilla, se dan cita los hombres de toda España, sus fuerzas vivas, sus ansias de empresa, y se congregan los aventureros—más o menos anónimos—de toda la cristiandad. Allí se concentra todo el saber marinero y el arte de navegar. Allí se trazan los proyectos ordenados por la voluntad del rey, y, sobre todo, por la que ha de ostentar el título de Su Sacra, Cesárea, Católica Majestad. El emperador.

Desde esta versión, anticipada en cuatro siglos, del cabo Cañaveral de nuestros días, se alcanza y coloca en la órbita de la Historia a la otra cara de la Tierra. El con-

El cabo Cañaveral del siglo XVI⁽¹⁾

Por CARLOS LACALLE

tento de Andalucía es profundo y tenso. Es solemne, y tiene el tono imprecatorio de una aléluya. Arranca de su alma como una saeta. Es que a sus oídos llega valladamente, como un murmullo, la voz de Dios; pues está escrito: «Probarás las delicias de tu tienda.» Y Andalucía ahora sueña que su tienda es la que cubre toda la redondez de la Tierra.

EL LANZAMIENTO DE 1527

Junto a donde el Guadalquivir entrega al mar los secretos béticos está situado Sanlúcar de Barrameda: fondo de marismas, frente marinero y confidencia de río. El blanco caserío andaluz, en cuya vecindad se rindió culto a la estrella vespéral en su advocación de Lux Divina, se ciñe a su cintura urbana el brazo celtibérico: se ha transformado en una base para la exploración del más allá oceánico.

* * *

Sanlúcar de Barrameda luce bruñido por el sol de junio. Huele a sal, a brea, a mosto, a madera recién cortada. El cielo del mediodía se esmalta en un puro azul que se funde en los grises brumosos del difuminado horizonte. El mar de azogue juega con la limpia playa; frente a ella, cinco navíos sin pompa de velas desplegadas realizan un hipnotizante balanceo. Gabarras y faluchos maniobran en un incesante ir y venir entre los cascos, el río, el abrigo de la Venta de Marismilla, el fondeadero de Bonanza y el del Fagenado. La población se ha volcado sobre la playa y calma su inquietud de despedida con un hacer bullicioso.

* * *

Estamos en vísperas de un nuevo lanzamiento. De una expedición dispuesta en forma precipitada. Desde las barcasas se transbordan provisiones de boca: bizcocho y tocino, con pocas variantes. Se embarcan las pipas de agua dulce y algún que otro barrilillo de perfumada manzanilla. Las escotillas dejan paso a las armas y al ligero equipaje de la tripulación, que ajusta sus contratos de ocho o diez ducados. Algunos veteranos agoreros critican, murmuran y blasfeman: que si falta esto o aquello, que si los bastimentos son escasos, que si faltan sosiego y caballos... Alguien dice que no importa, que la expedición terminará de armarse en las plataformas intermedias camino de Tierra Firme: en las islas de Cuba o de Santo Domingo.

Embarcan unos seiscientos hombres, a los que nadie pregunta sobre sus aptitudes u oficios. Basta con que sean «duros», y se da por supuesto que son indisciplinados. Son los imprevistos «comandos», que no han recibido instrucciones ni entrenamiento; aún faltan más de cuatrocientos años para que ello sea necesario. Ahora sería inútil: van a enfrentarse con lo imprevisto. Embarcan capitanes y pilotos, tres oficiales de

su majestad y cinco frailes franciscanos. Y estemos seguros de que no ha de faltar algún polizón, ese eterno espontáneo del trágico ruedo del mar.

EL PILOTO

En los fondeaderos, en la playa, sobre la crujía de los navíos, entre la multitud y en el puente de mando, omnipresente y vigilante, encontramos a un tuerto cincuentón. Es de constitución atlética: hueso y músculo. El rostro, curtido y surcado por mil arrugas y algunas cicatrices, es impávido y seco; traduce un temperamento violento, obstinado e intransigente. Su dueño ha de ser hombre de pocas y cortas pero firmes ideas. El centelleo de su único ojo, la nariz poderosa y el belfo avanzado por una mandíbula pequeña indican un carácter pendenciero y socarrón. Es un hombre de mal estómago este vallisoletano templado en una constante batalla contra sus semejantes y los elementos. Pero es un enamorado de las Indias, en las cuales ha realizado mil proezas gigantes y de cuyo misterio ya ha regresado dos veces. Tiene predicamento en la Corte y en el Consejo, tiene amigos leales y enemigos de la talla de Hernán Cortés. Su nombre es leyenda y autoridad; se llama Pánfilo de Narváez. Es él quien arma la expedición. En su tercera salida hacia las Indias va con poder de su majestad para conquistar y gobernar las provincias de Tierra Firme situadas entre el río de las Palmas y el cabo de la Florida.

Acaso Narváez, cuyo vigor declina, piensa encontrar en la Florida la fuente de la eterna juventud, que, hace cosa de doce años, buscaba ansioso ese gran señor que se llamó Juan Ponce de León. Acaso sueña con superar las hazañas de Hernán Cortés, acaso calcula acrecentar su caudal con las riquezas de El Dorado norteño. Acaso... Pero ¿quién puede conocer los últimos motivos, la raíz de la raíz de la conducta humana?

Lo cierto es que Narváez tiene prisa, que no es hombre capaz de detenerse a pensar en la estrella de la tarde, la que señala la tumba de los marineros muertos, y el 17 de junio de 1527 su expedición alza anclas, mientras que en la vieja cara de la Tierra la Historia sigue su curso. Por esos mismos días las tropas imperiales entran a saco en Roma, Enrique VIII plantea su divorcio, San Ignacio de Loyola, con sus *Ejercicios Espirituales*, marcha a París; Castiglione escribe *El cortesano* y Lucas de Leyne da la última pincelada al *Juicio final*...

LA ÚLTIMA FASE DEL PROYECTIL

La expedición de Pánfilo de Narváez se desintegra a fines de 1528, antes de cumplir su objetivo. Narváez muere en su ley, y desaparecen hombres y navíos. Pero el lanzamiento no fracasa. Estos «Vanguard» del siglo XVI estaban provistos de unos ingenios cuya electrónica supera a los del siglo XX. Desde su primera hasta su última fase estaban contruidos por Dios a su imagen y semejanza: eran simplemente hombres. Del naufragio de 1528 se salvará la última fase del proyectil: un puñado de hombres, capitaneados por uno cuya asombrosa resistencia física y moral le permitirá detectar la naturaleza del Nuevo Mundo desde la Florida hasta México. Un hombre cuya pluma registra los datos recogidos durante nueve años, porque «aunque la esperanza que de salir de entre ellos tuve siempre fue muy poca, el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios Nuestro Señor quisiese traerme adonde ahora estoy, pudiese dar testigo de mi voluntad y servir a Vuestra Majestad».

Esta última fase del proyectil lanzado en 1527 servirá como cápsula exploradora de 1540 a 1545, en la cuenca del río de la Plata, y tiene un nombre: Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

(1) Del libro, próximo a publicarse por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, *Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, Colección Nuevo Mundo.

Poetisas de lengua española

Por Carmen Conde

EL MAR se ha tragado, en estos últimos años, muchas grandes cosas. Y también criaturas extraordinarias que antuvieron la tierra con un apasionado canto en la voz. Una de ellas, la inolvidable ALFONSINA STORNI. La poetisa argentina que tan hondo recuerdo ha dejado en su patria y entre los que amamos a su patria, era una poetisa universal. Su obra, perfecta, contiene todos los estremecimientos del alma y de la triste carne gloriosa. Por el fondo de la poesía de Alfonsina Storni cruzan llantos y risas calientes, y en su tersa superficie se refleja siempre la luz. Hay una historia larga, avaramente contada, del corazón de Alfonsina, en sus magníficos versos...

EL DIVINO AMOR

*Te ando buscando, amor que nunca llegas;
te ando buscando, amor que te mezquinas;
me aguzo por saber si me adivinas,
me doblo por saber si te me entregas.*

*Las tempestades mías, andariegas,
se han aquietado sobre un haz de espinas;
sangran mis carnes gotas purpurinas
porque a salvarme, ¡oh niño!, te me niegas.*

*Mira que estoy de pie sobre los leños,
que a veces bastan unos pocos sueños
para encender la llama que me pierde.*

*Sálvame, amor, y con tus manos puras
trueca este fuego en limpidas dulzuras
y haz de mis leños una rama verde.*

¿Qué enorme dolor crepitaba su lumbré avariciosa en el corazón de la que se puso a caminar sobre las aguas hasta que se perdió en ellas como en un cielo?

S O Y

*Soy suave y triste si idolatro, puedo
bajar el cielo hasta mi mano cuando
el alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás tan blando.*

*Ninguna como yo las manos besa,
ni se acurruca tanto en un ensueño,
ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
un alma humana de mayor terneza.*

*Muero sobre los ojos, si los siento
como pájaros vivos, un momento,
aletear bajo mis dedos blancos.*

*Sé la frase que encanta y que comprende;
y sé callar cuando la luna asciende
enorme y roja sobre los barrancos.*

NUESTRO difícil, descontentadizo y seguro, exacto en valorar, Juan Ramón Jiménez, apreció en todo cuanto lo merecía la poesía de la esposa del admirado e ilustre escritor argentino Eduardo Mallea, HELENA MUÑOZ LARRETA. Y al libro titulado *Sonetos en carne viva* le puso prólogo entusiasta: «Estos sonetos—decía—que vienen ahora, no fueron recibidos por su Helena, sino impulsados... Palabra en carne viva, en alma viva en doble ascua viva y rota en pedazos de igual calidad íntima y diversa hermosura formal. Si se leen sin defensa estos sonetos, sellan, llagan.»

NADIE

*Nadie es dueño de nadie, nadie es dueño de nada,
es inútil empeño el querer apropiarse,
es columna de un humo que en el cielo se esparce
y es tener en las manos a la luna apresada.*

*Misterio de la mente que no es nunca alcanzada,
secreto de la sombra que puede remontarse,
estar cerca, muy cerca, como pronto alejarse,
sin moverse del sitio, sin cambiar la mirada.*

*Penetrar en un alma que ya esconde su vuelo,
que ya ríe, ya grita, ya zozobra en pesares,
o se oculta apagando, silenciando su anhelo.*

*¡Pensamiento, quién llega, quién lo alcanza a sí mismo,
si se esconde, se aleja, si atraviesa los mares,
o se allega y descansa perdido en un abismo!*

Realmente, la poetisa Helena Muñoz Larreta avanza cargada de experiencias sensibles, sabia de profundas constataciones humanas, y alcanza, con sonrisa amarga, ese mundo tremendo e inefable donde ya el alma planea dulcísimo sobre su tesoro de amor y de llanto sin prisa y sin descanso... otro astro más.

XAVIER ABRIL, en una breve antología suya de poesía hispanoamericana, afirma rotundamente que *Cuentos de infancia*, prosa (1934), escritos por NORAH LANGE. «por su encanto poético—pláceme decirlo—, superan a *Platero y yo*». He aquí, pues, a una poetisa que también cultiva la prosa lírica, y de tal suerte, que, ya lo vimos, Xavier Abril prefiere a la universal obra del insigne moquereño magistral la no menos bella de la argentina Norah Lange. Poetisa que «aporta a su obra el esclarecimiento de lo hermético, la clarificación de un interior oscuro». Lleva consigo también la melancolía, una melancolía que puebla de encanto la magia de sus sueños y que atrae hacia la obra una atención sostenida y entregada...

PORQUE TU VIDA FUE CLARA

*Tú, que tienes la vida tan clara,
me miras como si yo fuese una lágrima.*

*He callado las palabras malas
y me alzo como una primera sombra.*

*Precisa como la sombra de un árbol
originada por una luna llena.*

*Y tú no lo comprendes. No ves más
que la luz que causa esa sombra.*

*Mañana, cuando no se haga la luz
detrás de mi figura triste,*

*buscarás la sombra. Yo sé un paisaje
abrumado de tinieblas, sin cortornos,*

*como esos sollozos repetidos, lentos;
y como tu vida ha de ser siempre clara,*

*me eliminarás como a una lágrima.
Y yo entonces, agotada en horas huecas,*

*tendré la pureza de los cementerios
en las noches largas...*

Indudablemente, por Norah Lange circula un lirismo misterioso y trémulo, concentrado—como quiere Xavier Abril—, que se alía a un ensueño nórdico, a la tristeza de las lágrimas y a la sombra.

Magníficas poetisas argentinas, con maestras que mantienen su juventud en una obra imperecedera, y con certeras continuadoras que enriquecen, a su vez, el extenso mapa lírico de la voz femenina hispanoamericana.

El folkllore de la Argentina y sus raíces hispánicas

Por Bruno C. Jacovella y Rafael Jijena

UNA visión de conjunto sobre el folkllore de la Argentina no es fácil, pero tampoco es difícil. No es fácil por la insuficiencia actual de las investigaciones. Pero la unidad cultural es tan preponderante, que el catálogo de las especies y variedades regionales está lejos de ser inagotable. A esto debe agregarse la circunstancia de que, desde fines del siglo XIX, el proceso de nacionalización o uniformización—ejecutado desde Buenos Aires—se ha expandido con una celeridad vertiginosa, y poco queda de la antigua autonomía cultural, económica y política de las regiones. Ese poco lo podrían registrar, con un poco de diligencia, unos pocos recolectores en muy pocos años y con poco gasto. Es lamentable que tantos «pocos» no inciten de una vez a los gobernantes de la cultura oficial a poner en marcha el proyecto del atlas folklórico ideado por el Instituto Nacional de Filología y Folkllore, interinamente a cargo de Julián Cáceres Freyre. Este proyecto suponía el concurso de todos los maestros del país; concurso necesario, pues la Argentina tiene un territorio enorme, con población muy dispersa. Así, con ínfimo gasto, media docena de investigadores podrían tener una visión más o menos exacta de los «yacimientos folklóricos», de su ubicación y riqueza, para luego explotarlos a fondo. Celos de jurisdicción están impidiendo la marcha del problema. El «Lo hago yo o no se hace» continúa en pleno vigor, aquí como en otros sectores... y en otras partes.

LOS ANTIGUOS FOCOS REGIONALES DE CULTURA

Lo de la «preponderante unidad cultural» asombrará seguramente a muchos, pues bien se sabe que el territorio argentino no sólo linda con el del antiguo imperio incaico, sino que también albergó a numerosas poblaciones autóctonas: diaguita-calchaquí, atacama, guaraní, lule, tonocoté, comechingón, chaná-timbú, guaicurú, mataco, guénaken, etc., e inclusive, desde el siglo XVIII, mapuche, procedente de territorio chileno y que cubrió casi toda la pampa húmeda y la Patagonia.

No hay que asombrarse, sin embargo. Cuando se dice que la conquista española tuvo un «sentido misional», no se exagera. Que algunos españoles vinieron con ánimo de enriquecerse y vivir bien, sin importarles lo demás, es indudable, como también es indudable que le interesaba al Gobierno de la metrópoli utilizar las riquezas de América en favor de

sus planes políticos europeos. Pero no menos indudable es que otros españoles, al margen de eso, se dieron con tanto celo y sistema a la tarea de extirpar la idolatría y extender el Evangelio, que sólo la ruptura de la monarquía racionalista de fines del siglo XVIII con el espíritu católico impidió el nacimiento de una gran república cristiana—laica—a occidente y otra similar—jesuítica—a oriente.

España, curada de regionalismos por su propia experiencia europea, ni cultivó, ni toleró inclusive, las diversidades. Conservó a las poblaciones indígenas, pero a condición de que adoptaran el patrón cristiano y criollo. Tal en la Argentina, donde no había más que pueblos paleolíticos y neolíticos. En Perú y Bolivia, donde la existencia civilizada había dejado profundas huellas de disciplina social, podían conservarse rasgos «neutrales» de cultura prehispánica sin mayores inconvenientes. Por otra parte, la Argentina es virtualmente una inmensa llanura, que cruza cañadones, se interna en serranías y se oculta en montes impenetrables. La unidad geográfica, pues, reforzaba la unidad civilizadora. Esta, final-

Tocador de «erkencho».



mente, no se realizó como en Europa, al término de un proceso de reunión de partes. Aquí primero fue la ciudad y después la aldea; primero la unidad y después la diversidad. Por eso el folkllore argentino, en sus ramas poéticas, coreográficas y líricas, muestra evidentes rasgos señoriales, en el sentido no de dominación, sino de cortés y urbano.

Si para la Argentina hubo focos regionales de cultura, éstos fueron los criollos determinados por la organización política del continente. Podemos determinar, por lo pronto, tres, en orden descendente de potencia: primero, el foco cultural peruano, con centro principal en Lima, secundario en Potosí; segundo, el foco cultural chileno, con centro en Santiago y área de irradiación en las provincias de Cuyo, y tercero, el foco cultural paraguayo, con centro en Asunción e irradiación en Corrientes. Las tres ciudades citadas tuvieron más importancia y riqueza que las argentinas hasta el siglo XVIII, cuando se fundó el virreinato del Río de la Plata (1776) y pasó la pacata y sobria Buenos Aires a constituirse en el cuarto foco cultural e irradiar el tieso y afrancesado patrón borbónico.

Puede aún argüirse: ¿Pero subsisten en nuestros días el quichua en Santiago del Estero y el guaraní en Corrientes? En efecto; sólo que como ingredientes de la cultura criolla, pues de su extensión y cultivo se encargaron los propios españoles, es decir, los propios evangelizadores, que usaron esas «lenguas generales» para vencer el obstáculo de la inextricable diversidad idiomática de las poblaciones indígenas.

Acabamos de usar el término «cultura criolla». Es el correcto. La cultura española no tanto se trasplantó aquí como se sembró; y de esa siembra en nuevo suelo, y junto a otras plantas, unas extirpadas a medias y otras dejadas por su inofensiva presencia, nació la cultura criolla, cuyas supervivencias rurales y aldeanas, bajo los embates de la ola uniformizadora y urbanizadora del nacionalismo porteño, es lo que estudiamos hoy como folkllore.

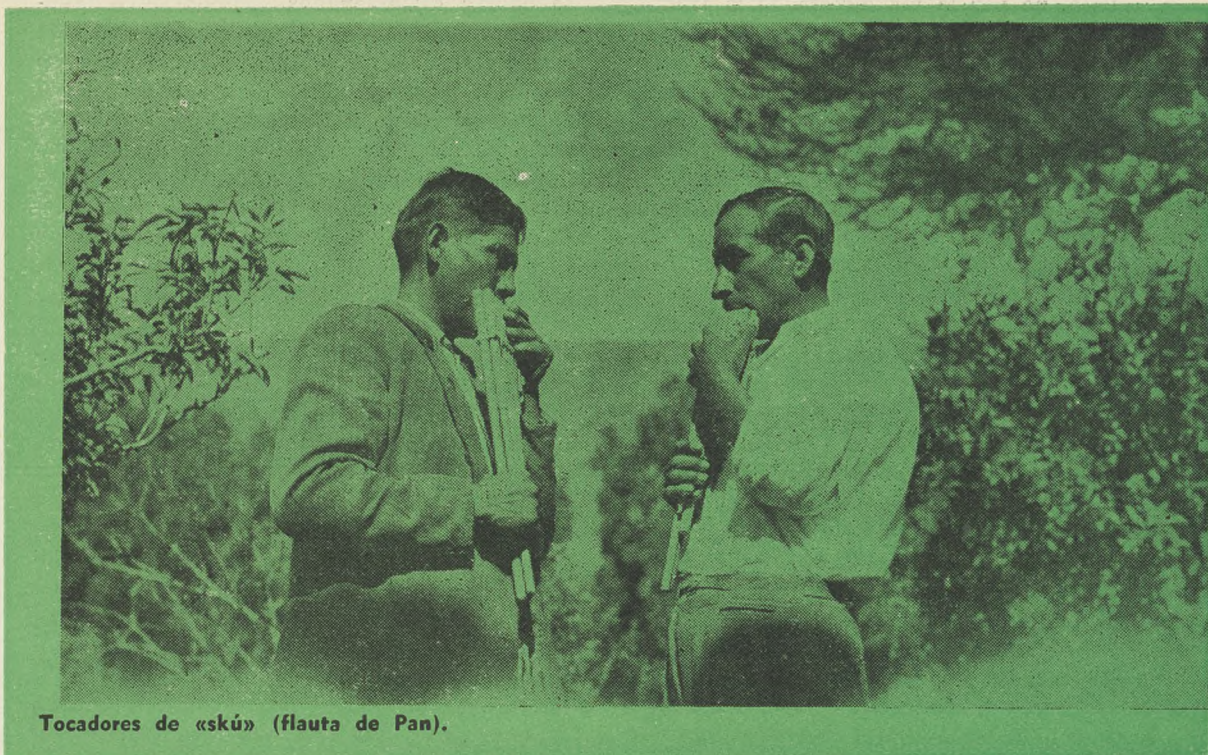
LA VIDA ESPIRITUAL

Los versos.—Comenzaremos por el sector en que es más notorio el trasplante hispánico: el de la poesía o especies literarias en verso. El nombre ilustre de Juan Alfonso Carrizo está indisolublemente ligado al de los más significativos descubrimientos en este sector, confirmados por la labor posterior de J. Draghi Lucero y O. di Lullo. Cuando se creía que la poesía folklórica argentina, por excelencia, era

la gaúcha, Carrizo salió a recorrer las aldeas y «puestos» del Norte y Noroeste y demostró, en cinco voluminosas compilaciones, que la poesía gauchesca no circulaba absolutamente en la tradición criolla y que la verdadera poesía folklórica era otra. Demostró además Carrizo que el romance monorrímo o español estaba aquí en total decadencia, relegado al folklore infantil; que lo había sustituido el romance en cuartetos romanceados; que la lírica menor, en coplas, para bailes y vidalitas, era idéntica a la española—tan bien estudiada por Rodríguez Marín, Jiménez de Aragón y otros—, y que existía una lírica mayor constituida por una poesía artificiosa, herencia de los trovadores del bajo medievo, y no tanto patrimonio común como repertorio específico de los juglares de alto vuelo o payadores. ¿En qué medida existe esta poesía artificiosa—en primer término las glosas o décimas de pies atados—en la tradición española? Lo ignoramos. Los investigadores españoles no suelen hablar de ella. La autoridad abrumadora de esa gran lista de sabios que empieza con Milá y Fontanals y Menéndez Pelayo y termina hoy con el maestro Menéndez Pidal, ha convertido al romance en el hijo unigénito de la tradición poética española. Es verdad que las glosas no están libres de objeciones, pues no andan de boca en boca, como las coplas y romances. Pero, con las improvisaciones en los «contrapuntos» o disputas cantadas, integran por excelencia el arte de los viejos juglares de América. Como los bailes derivados de la contradanza, que no pueden ejecutarse si no hay un bastonero y una pequeña orquesta «profesional», tampoco esta poesía artificiosa puede transmitirse sino por el conducto de un payador. Cabe impugnarla, transfiriéndola, con la autoridad del maestro Menéndez Pidal, al sector de la *poesía popular*, o crearse para ella el concepto de un superestrato folklórico; pero la verdad es que en América la tradición poética no infantil se ha alimentado en la lírica de coplas y glosas.

Una breve mención merece la existencia de algunos versos en keshua y guaraní. Estos últimos son recientes y meramente populares, vale decir, hechos para cantarse con aires de moda. Los primeros—lo ha demostrado Carrizo, y se percibe a simple vista—están calcados del modelo hispánico de la copla. El autor los hizo evidentemente con mentalidad criolla. Téngase en cuenta, a este respecto, que la gente que habla keshua o guaraní conoce también el castellano y vive el complejo cultural criollo como el resto de la población argentina.

Los cantares infantiles son más francamen-



Tocadores de «skú» (flauta de Pan).

te españoles, lo mismo que los refranes y advinanzas. La mayor parte tienen antecedentes precisos en la Península, y los demás se acomodan al modelo peninsular.

La prosa.—Cuentos, leyendas, tradiciones y casos integran el folklore literario en prosa. La intensidad del componente español va en ese orden decreciente. Los cuentos son casi todos europeos, desde luego llegados a través de España. Los únicos en que no aparece tan clara la raíz europea pertenecen al orden de los cuentos animalísticos. Sea por su estilo dramático—pues son muy conversados—o por la autoctonía de sus protagonistas—el tigre, el zorro, el quirquincho, el suri—, tienen un notable dejo americano, realmente; además, no sólo se hallan en muchas partes del continente, sino que carecen de antecedentes en los registros europeos. Pero toda conclusión en tal sentido es prematura, como dice una excelente conocedora del tema, Susana Certudi, investigadora del Instituto Nacional de Filología y Folklore, que acaba de publicar 100 cuentos folklóricos de la Argentina, que con los 66 publicados antes por dicho Instituto, en tiempos de Carrizo, y también anotados, colman una gran laguna existente en la labor folklórica de nuestro país.

Las leyendas ofrecen un campo más amplio a la temática criolla. Cada imagen de la Santísima Virgen que se venera en los santuarios

tiene su leyenda acerca de cómo llegó allí y no quiso irse. Pero la forma, naturalmente, es europea. Lo mismo la destrucción de la pequinosa ciudad de Esteco, en virtud de un terremoto o un proceso natural de decadencia, por haberse corrido al oeste la ruta al Perú que pasaba a su vera; la leyenda asimiló el suceso a la infeliz suerte de Sodoma y Gomorra. Un grupo muy notable de leyendas etiológicas se ha originado en Corrientes para explicar con relatos puestos en tiempos prehispánicos el origen de algunas plantas, flores y animales. Se trata quizá de un residuo de la pedagogía jesuítica, o más verosimilmente, de composiciones literarias no muy antiguas.

Sobre tradiciones y casos, poco puede decirse. Obviamente, los ingredientes son locales. Como formas o géneros literarios, nada tienen que no se encuentre en la tradición de Europa.

Música y danzas.—Entramos aquí en otro campo muy bien estudiado gracias a la admirable labor de Carlos Vega y su discípula Isabel Aretz. Esta familia cultural puede dividirse en tres órdenes: bailes—música y coreografía—, canciones e instrumentos. En lo que concierne al primero de los referidos órdenes, todas las coreografías son europeas, más que hispánicas, aunque no sea posible discernir en todos los casos la danza madre transoceánica. Esto vale particularmente para los bailes picarescos o de parejas sueltas independientes. En los de parejas sueltas en conjunto, por el contrario, es evidente la derivación de la contradanza. El baile que se tiene por joya del folklore norteno, el carnavalito, es una alegre contradanza, igual que sus compañeros más templados del Sur: el pericón, la mediacaña y el cielito. En cuanto al palapala, un baile santiagueño con letra bilingüe—keshua y castellano—, y que presenta una pantomima animalística, no pasa de ser un sospechoso *rifa-cimiento* de la criolla Mariquita, según lo demostró Carlos Vega.

La música de estas danzas ofrece algunas novedades. Varios carnavalitos tienen una melodía pentatónica, y, como se sabe, el pentatonismo era la base de la música oficial incaica. Eso se debe a que vinieron de Bolivia, donde se conservó la pentafonía. El resto de la música muestra a menudo interesantes arcaísmos, como el bimodalismo, el paralelismo de terceras, la escala mayor con la cuarta aumentada, etc. Pero son arcaísmos europeos. Debe decirse, finalmente, que esta música no da la impresión de tener un padre común con la folklórica de España. Es posible que las danzas madres de las nuestras llegaran, con

Sixto Lemos, cantor criollo.



su música, no por la vía directa de la tradición popular, sino por la indirecta de la moda urbana de salón. De allí las divergencias, tanto más notables cuanto que letra, instrumentos y a veces la coreografía—como en los bailes derivados de la contradanza—suelen ser idénticos a los que se ven en el folklore español. Y lo mismo cabe decir de los cantares infantiles: su letra es casi idéntica a la de España; su música, en cambio, casi siempre distinta.

Las canciones del folklore argentino presentan rasgos notables de arcaísmo: menos en las tonadas, estilos y tristes, de gran dignidad de expresión; más en las vidalas y vidalitas serranas o andinas, cuya exquisita finura contrasta a veces fuertemente con la rusticidad de sus cantores. Una mención aparte merecen las bagualas o joi-joi, que se cantan colectivamente, a una voz y con acompañamiento de caja, en las fiestas de las serranías preandinas. Su escala no tiene más que tres notas: las del acorde perfecto mayor. De dónde proviene este cancionero tritónico, si de los toques españoles de clarín o de un sistema prehispánico y extraincaico, sólo una investigación más a fondo puede decidirlo. Por lo pronto, todas las bagualas—igual que las vidalas y vidalitas—se cantan con coplas y estribillos, ingredientes estos de origen español, pero de temática y sentir netamente criollos.

Los instrumentos ofrecen también novedades americanas. Por lo menos, tres: la quena, la caja y el sikú. La primera, la flauta de sople directo de la cultura incaica; la segunda, un tamboril más o menos paralelo a muchos europeos, y el tercero, la zampoña o flauta de Pan del Viejo Mundo, otro caso de paralelismo, y de los más estupendos por su excepcional complicación. La guitarra, el violín, el arpa diatónica—mal llamada india, pues América ignoró virtualmente los cordófonos—, el charango—un mandolín chato con un caparazón de quirquincho por caja—, el bombo, el erquenchó—un clarinete rústico—y el erque o corneta—una trompeta travesera de cuatro a seis metros de largo—evidencian todos un origen europeo. Las orquestas nortenas se componen de violín, arpa o guitarra y bombo; en los bailes pobres y de otras regiones, el guitarrero rasguea la introducción y mudanzas y canta coplas para las figuras. Sólo en el extremo norte se oyen los demás instrumentos, excepto la caja, que sirve para acompañar canciones menores en todo el noroeste serrano.

La vida social.—Del lenguaje sólo podemos decir que el español reina incontestado. Sólo en Corrientes y parte de Santiago del Estero

se hablan como lenguas secundarias o familiares el guaraní y el «quichua»—variante local del «runasimi»—, respectivamente. Pero el léxico y la sintaxis del castellano criollo en todo el Norte y Noroeste y en Corrientes están visiblemente influidos por ellas. No hay necesidad de hablar de los arcaísmos hispánicos porque gracias a «Martín Fierro» el fenómeno es conocido de sobra. Las tonadas, o curvas de entonación, en cambio, además de algunas particularidades fonéticas, se discute aún si tienen un origen regional español o bien americano. El mejor trabajo en este campo es *El habla rural de San Luis*, de Berta Vidal de Battini.

Las fiestas y ceremonias.—Carnaval y las conmemoraciones religiosas aún subsistentes muestran en el Norte y Noroeste pormenores singulares al lado de los comunes: estruendo, algazara, libaciones, bailes y cantos. Félix Coluccio—en la obra colectiva, dirigida por J. Imbelloni, *Folklore argentino* (Buenos Aires, 1959)—y B. C. Jacovella publicaron repertorios bastante completos de fiestas tradicionales. Se destacan en varias fiestas religiosas, especialmente «San Santiago», los grupos danzantes de *plumudos* o *samilantes* (hombres disfrazados de aves), las *tijtinchas* o comilonas generales, y las *cuarteadas* o tironeo de una mitad de cabrito entre dos, hasta que uno se la lleva. En otras hay restos de los juegos dramáticos de moros y cristianos, indios y españoles, como en la fiesta de San Esteban (Santiago del Estero) y la virtualmente oficial del Niño Alcalde (La Rioja). En estas ceremonias, los patronos celestiales reconcilian a conquistadores y naturales. Antes de Carnaval, dos personas que quieren ser comadres o compadres organizan un *topamiento* o *tin-cunaco*, y al fin del rito quedan unidas con tal vínculo, sin necesidad de que haya nadie a quien bautizar, mientras que, al fin del mismo, se pasea a un muñeco que lo representa, el *Pujllay*, y se lo entierra en medio de llantos. La mayor parte de estas singularidades tiene origen español o criollo.

De igual origen es, seguramente, la conocida ceremonia del *misachico* (voz castellana-keshua, que significa «mandar decir misa»). Se realiza cuando el dueño de una imagen de bulto decide, por una promesa, hacerla rezar una misa. Con el concurso de vecinos entonces la lleva en procesión durante leguas, con música de flautilla y caja, y haciendo bien rociadas estaciones en casas de devotos, hasta el templo elegido, donde colocan la imagen cerca del altar durante la misa.

Usos y costumbres.—La bibliografía sobre este importante capítulo está muy dispersa. El único trabajo específico y de conjunto es el de A. R. Cortazar, en *Folklore argentino*.

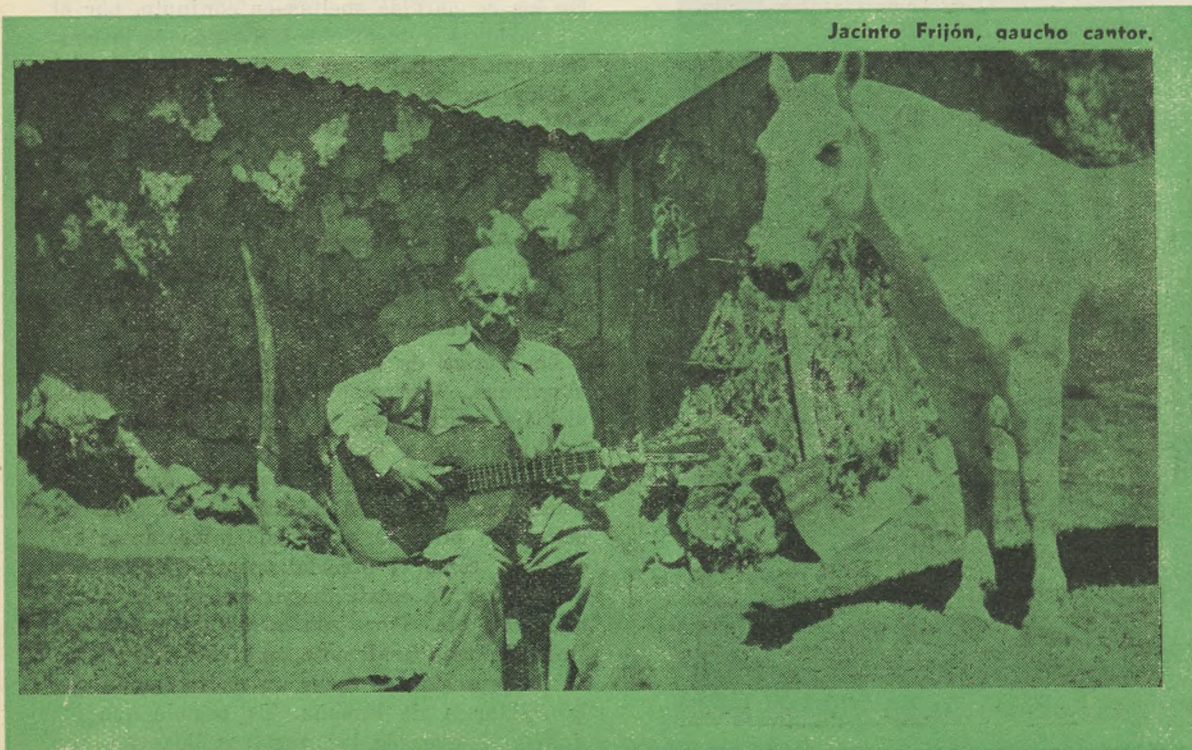
Un rito de transición prehispánico es el de *rutichico* o *chujcharruto*, sobreviviente en el Norte, y que consiste en el primer corte del cabello de un chico, después de los dos años, con gran fiesta y padrinos; en ocasiones, el chico anda con las *simbitas* (trencitas) hasta los nueve o diez años; pero es que también puede deberse a una promesa a la Santísima Virgen... Cabe mencionar asimismo al *serviniaco* o matrimonio de prueba (en la Puna), a la *minga* o cooperación gratuita de la gente del lugar para levantar la cosecha; marcar la hacienda, levantar la casa, etc., faena que remata en una gran fiesta con comilona y libaciones; la *señalada* o marcación de las ovejas, que son entonces *enfloradas* (adornadas) y reunidas en parejas para casarlas (Jujuy y Valles Calchaquies), y, en fin, el famoso *velorio del angelito*, gran baile festejando la entrada de un ángel más en el cielo (pues el *angelito* es el niño muerto en la edad de la inocencia), el cual baile se desenvuelve delante del cadáver adornado y los padres, alternando con unas coplas de consuelo que entona para éstos un juglar al son de la guitarra. Esta última costumbre no puede ser más despiadadamente católica.

La alimentación.—Mencionamos primero, en orden ascendente de fermentación, las bebidas llamadas *añapa* (de algarroba), *aloja* (de melle y de algarroba) y *chicha* (de maíz). Del polvo azucarado de la algarroba se hace también un mazapán seco llamado *patay*, y del *mistol* comprimido con harina de algarroba, unos bollos llamados *bolanchaos*. Completamos este breve catálogo de las gollerías rústicas americanas con las distintas mieles silvestres y los *arropes* o jarabes espesos de *tuna*, *chañar*, *piquillín*, etc. O. di Lullo dedicó al tema la más completa monografía, limitada a Santiago del Estero.

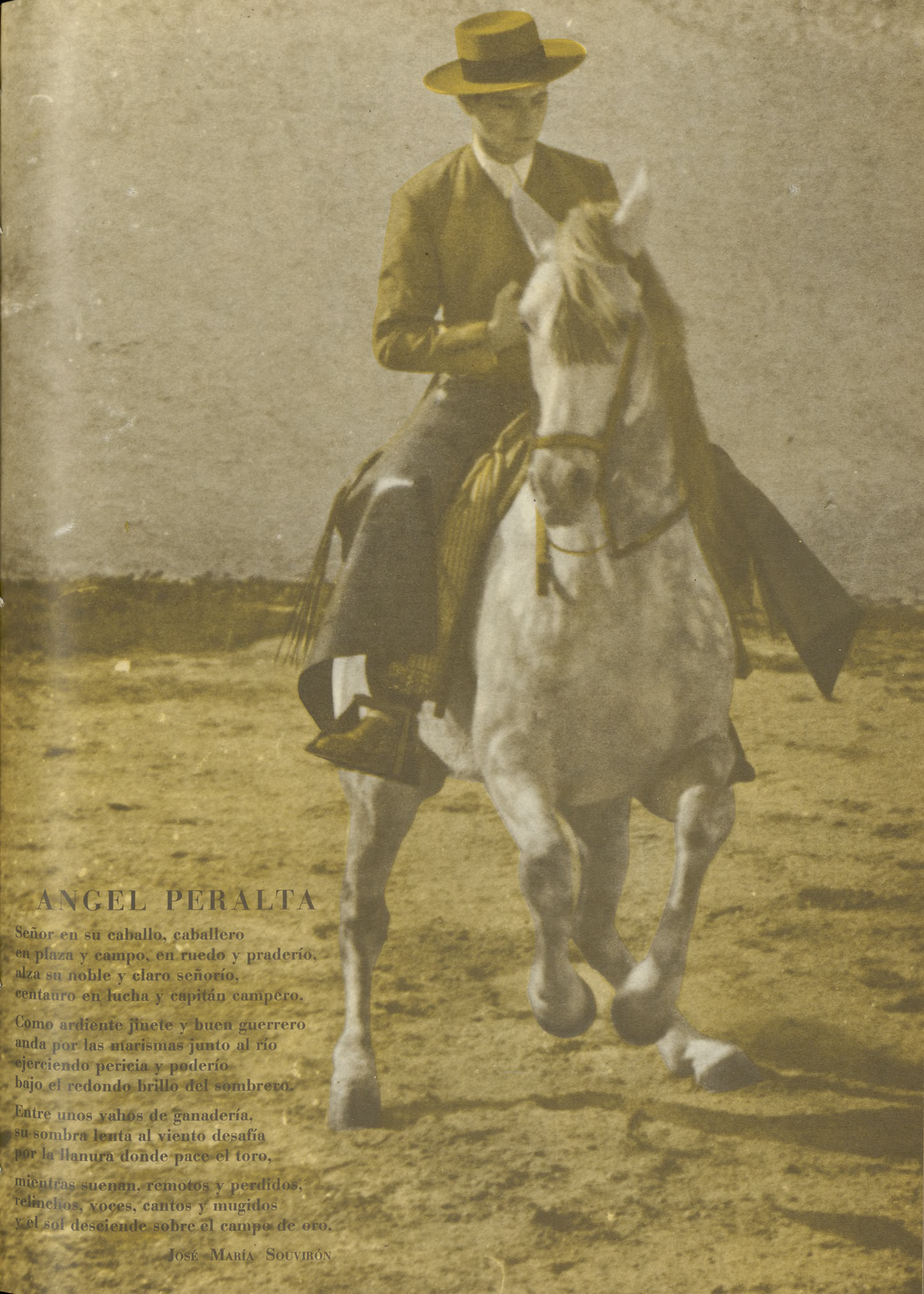
La cocina común ofrece, en primer término, los derivados del maíz, desde el *api* o mazamorra aborigen (que en las ciudades provincianas se mestiza con leche y azúcar) hasta los bien mestizados *tamales*, *humitas* y *locros*, en que entran ya la carne, la cebolla, las pasas de uva, etc. El *api* frío y cuajado se come acompañando el asado, a modo de pan, y en Corrientes lo reemplaza en eso la *fariña*, harina gruesa de mandioca, de procedencia amazónica. Desde luego, todas las carnes de animales domésticos, como los platos derivados del trigo, la leche, los huevos y el azúcar, son de origen hispánico.

La Medicina.—Este importante capítulo, sobre el que hay valiosas monografías de los doctores O. di Lullo y J. Mendióroz (Salta), está a caballo entre lo material y lo espiritual, porque hay una Medicina mágica y otra empírica. De esta última, nos limitamos a aludir al amplio catálogo de las tisanas, sahumeros, emplastos, etc., de *yuyos* (hierbas y arbustos silvestres). De la mágica, cabe citar las curaciones *por el rastro* (haciendo aplicar, por ejemplo, a un niño con hernia umbilical la planta del pie en la corteza de una higuera y cortando ésta en la medida del pie, con la convicción de que a medida de que se seca se reducirá también la hernia); están después los ensalmos y curas *por palabra* o *por secreto* (sea de la gusanera o las picaduras de víbora), y, en fin, las transferencias o *trasplantes*, pasando por contacto el mal a un animal o un objeto (por ejemplo, las verrugas o *tejes* a otros tantos *porotos*, y arrojando éstos lejos, dentro de un pañuelo anudado). Aquí, sin duda, hay amalgama de elementos locales y europeos.

B. C. JACOVELLA.—R. JIJENA



Jacinto Frijón, gaucho cantor.

A full-page photograph of a man riding a white horse. The man is wearing a brown suit, a white shirt, a dark tie, and a brown hat. He is looking down at the horse's head. The horse is white with a dark mane and tail. They are in a field with a line of trees in the background.

ANGEL PERALTA

Señor en su caballo, caballero
en plaza y campo, en ruedo y praderío,
alza su noble y claro señorío,
centauro en lucha y capitán campero.

Como ardiente jinete y buen guerrero
anda por las marismas junto al río
ejerciendo pericia y poderío
bajo el redondo brillo del sombrero.

Entre unos vahos de ganadería,
su sombra lenta al viento desafía
por la llanura donde pace el toro,
mientras suenan, remotos y perdidos,
relinchos, voces, cantos y mugidos
y el sol descende sobre el campo de oro.

JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN



CUANDO EL CABALLO SE VISTE DE LUCES

Si para recibir al amigo que, en son de paz, llega a la casa procuramos poner ésta en orden de alegría, con aire de fiesta, para recibir al amigo que llega, representando en su persona a todo un pueblo, gusta España también sacar y lucir sus mejores galas, echarle cierta solemnidad al acontecimiento. No hay más noble animal que el caballo para montar sobre él un ceremonial de señorío que tiene en la historia su legitimidad y su rango. Caballos empenachados, engualdrapados, con reluciente crin y pausado ritmo, ponen su vital escolta al embajador nuevo que llega. Como conscientes del honor que el suceso entraña, ellos van, enhiestos, alegres, contenidos en su fuerza, con algo que bien podríamos decir que se llama orgullo. El caballo es como si se hubiera puesto, al igual que el torero, su traje de luces. Como el niño que estrena el traje de lujo, la ropa de los domingos. Y ahí están, soportando con garbo la gala del color, en la parada, dóciles a la cortesía, acompasando el cortejo, estos nobles caballos españoles.



En carroza abierta

Por

JUAN SAMPELAYO

EN LOS JARDINES DE SABATINI, DONDE AHORA ruedan una película del Madrid 1959 chicas de piernas de galga y caballeros con americana de abertura central, se oye todavía aquello de «En carroza abierta hasta aquí he llegado...»; se oye todavía en el corro infantil, mientras descansan ellas de saltar a la comba. Vuelve ahora sobre el corro de las niñas un mundo de las carrozas abiertas y cerradas a nosotros; vuelve, nada más bajar la cuesta de San Vicente adelante, al pabellón de las Camelias, en el parque del Moro, que va poco a poco, con cuidados que son amores, trabajos y afanes, cobrando la belleza de los jardines de Versalles; pero teniendo sobre aquéllos algo que allí no hay: el paisaje final velazqueño, hecho en la tierra castellana pura realidad.

Arriba, en la gran explanada, los mozos de peto azul, los viejos criados de las reales caballerizas, andan poniendo en orden de parada sidoses y mezclas secretas, aguas y cepillos, los coches antiguos del landó a la berlina y el cupé. Los andan poniendo en orden de marcha para un futuro Museo del Coche, que, en su día—un día más bien cercano—, será algo bonito, algo cargado de historia y de nostalgia; como historia y nostalgia hay en ese Museo de la Carroza, por el que ahora desfilan las gentes con asombrada curiosidad.

Coches viejos que van cobrando juventud; allí, junto a ellos, las carrozas de las cartas credenciales. Las berlinas de gala, oliendo bien a naftalina, y los coches de París para los secretarios de embajada. Y en un armario de buena madera, la sinfonía colorista de los plumeros blancos o rojos, azules y blancos, de los caballos, en las fiestas de gala en que un caballero de la Gran Bretaña u otro de Filipinas van a llevarle al Jefe del Estado de España las cartas de amistad de la señora Isabel II o del Presidente filipino, de Eisenhower o de Charles De Gaulle, renovador de la dulce Francia.

Desbravadora pintada en encarnado, y en la lejanía, piafar de los caballos. Luego, el camino, bajo árboles millonarios de sombra, hacia las camelias, donde se echa de menos un *poney*, si aquel para tirar del moisés-carroza de Isabel II, cuando todavía no era sino un bebé rollizo y encantador.

Caballo de madera para los príncipes, que encerraría tanto sueño y ensueño; y luego sin caballos, pero dispuestas ya—los atalajes andan colgados en vitrinas, y en vitrinas las mantas regias de aquéllos—para la marcha las carrozas. Dispuestas para ir a la apertura de Cortes, o al Senado, o a llevar un rey del extranjero, para las credenciales. Dispuestas en orden de elegancia y belleza museal.

Todo un largo catálogo—catálogo que, por otra parte, se está ya realizando—se precisaría para la anotación puntual y exacta, rigorista, de que la carroza de la Corona lleva en un testero, y bordado en seda, el puerto de Cádiz; de que la de concha la comprara el marqués de Viana a la marquesa de Alcántara; de que la de caoba fue construida en el Lavapiés madrileño, cuando corría el siglo XIX, por Fernando Durán, maestro de coches; de que un virrey, en México, regalara a la Majestad de Carlos IV la de tableros dorados, con guirnalda de flores y terciopelo antiguo, un virrey que se llama marqués de Branchiforte, y que era sargento mayor de Reales Guardias de Corps y capitán general del Ejército.

Catálogo para todas estas cosas y para una más chica anécdota. Para la que cuenta como fue a la carroza de respeto, adonde en brazos—la vez primera que la cogía así—, Alfonso XIII llevó desde la carroza real a Victoria Eugenia de Battemberg, su mujer, en el día del atentado famoso, la mañana de su boda. Curiosidad de la carroza con persianas a la manera moderna, y la otra con un particular retrete, que haría que los acompañantes se hubiesen de bajar cuando había aquél de ser usado por un personaje más o menos regio.

Silla azul y silla blanca para montar la reina gobernadora y bella dama que fue Cristina; sillas de montar de Don Fernando VII, con pistolas que ahora tienen pistolas de pega. Coche para el viaje, con las maletas arriba, como ahora puede muy bien llevarlas un modesto «cuatro-cuatro». Calesa abierta en rojo y amarillo que marca una comitiva regia hacia los toros, a donde, a buen seguro, torea *Lagartijo*, o acaso Curro Cúchares. Vitrinas en donde, como si fueran porcelanas de Alcora o de Sèvres, están las pezuñas de los caballos queridos y con fama.

Ebano para la carroza de Juana la Loca, a la que había que subir con banquillo y con cuidado, algo así como a los taxis modernísimos. Es todo un mundo evocador de la historia antigua; un mundo de cosas tristes o alegres éste de las carrozas de la Corona o la de cifras, de la de Doña Juana o la de bronce, de la de tantas otras que allí están, en parada de belleza y grandeza.

Una década del arte español: 1925-1935

Por
JOSE M.^a MORENO GALVAN



BUENA es la hora para un balance de las situaciones. En los últimos años, el arte español parece haber alcanzado la estatura suficiente como para que, por parte de quien con ojos extraños observa su modernidad,

haya podido, al fin, prescindirse de esa chocante cuarentena a la que casi siempre se somete a toda producción de nuestro mundo. Por supuesto, se sabía que el artista español—como demuestra la impresionante lista de creadores de la plás-

tica contemporánea—se encontraba excelentemente dotado para el vuelo de un extremismo problemático. Pero, al mismo tiempo, se lo suponía como neutralizado por una especie de reserva conservadora capaz de hacer naufragar en ger-

men toda su buena voluntad de convivencia en un mundo de problemas artísticos rigurosamente nuevos.

*
* *

Las últimas muestras internacionales han puesto de manifiesto la verdadera faz y textura del joven arte de España, y para esta eventualidad ha tenido que improvisarse una explicación de urgencia. Casi todos los comentaristas se han creído obligados a justificar su sorpresa hablando de un renacimiento súbito. Del desierto, según su versión, ha nacido el magnífico vergel de los artistas de nuestros días. Ninguno de entre ellos ha querido ser nota discordante de esa rara unanimidad en la ligereza. Ninguno se ha parado a pensar que no podía haberse producido tan deslumbrante floración sin un abono previo, y que simplemente lo que ha ocurrido en estos tres o cuatro últimos años ha sido que lo que, por una serie de circunstancias, permanecía antes oculto, ahora se ha hecho visible.

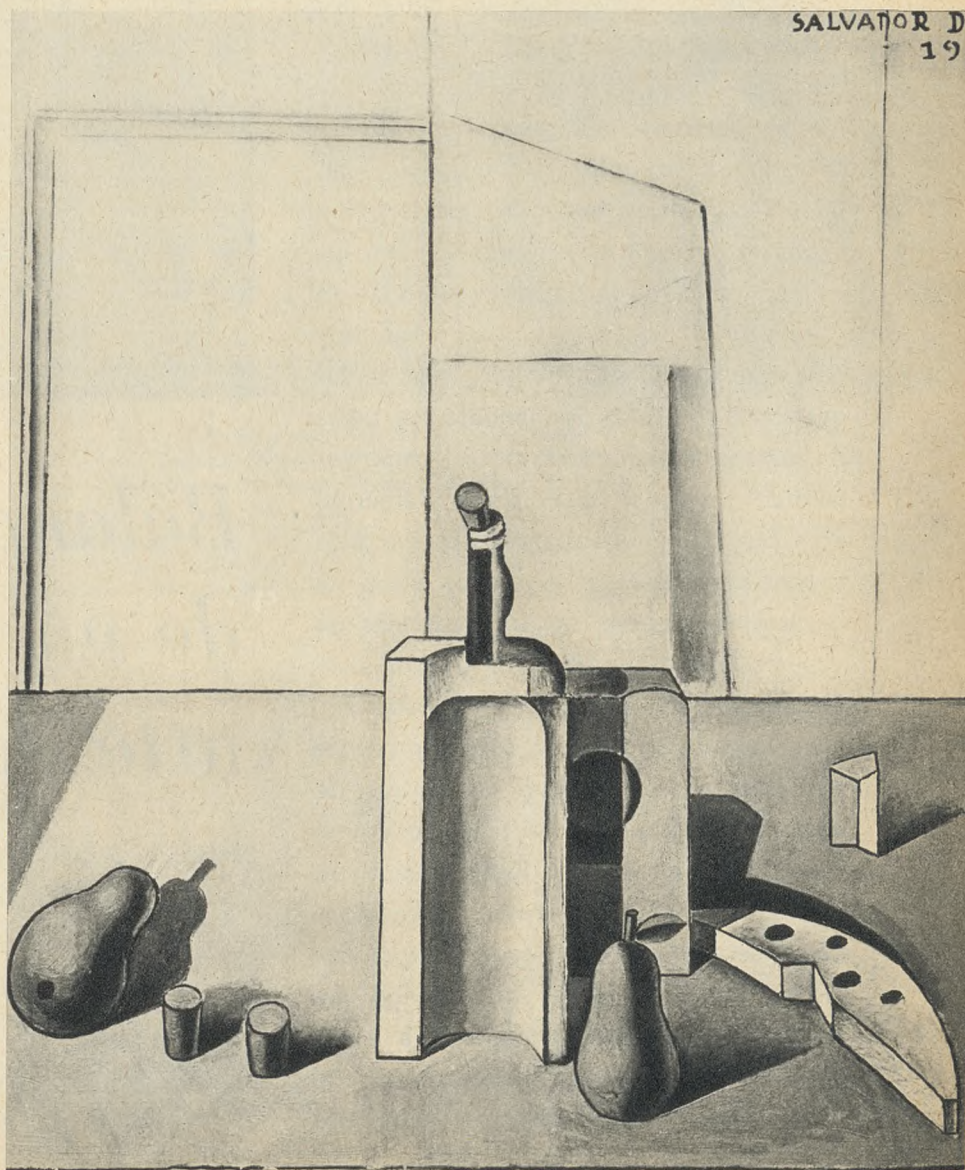
En la pasada primavera, la galería Darro, de Madrid, ha celebrado una exposición del arte realizado en España entre 1925 y 1935, es decir, entre la I Exposición de Artistas Ibéricos y las actividades de la Sociedad «Amigos de las Artes Nuevas». En rigor, la exposición trataba de hacer, con treinta años de retraso, el balance de la modernidad de aquella hora, el mismo que para el arte de nuestro momento se viene realizando, de manera casi sistemática, en la multitud de muestras y competiciones internacionales a las que concurre. No se trata de decir que en aquel tiempo no hubiese posibilidades de difusión, sino que estaban mucho más limitadas, debido, sobre todo, al indiscutible monopolio que ejercía París sobre los poderes consagradores de la época. La exposición de Darro tenía, pues, la finalidad de demostrar que no es un hecho fortuito la proliferación de una vanguardia vigorosa en nuestro suelo, y que las condiciones para ello venían gestándose desde muchos años atrás.

Algo fue inevitable. La exposición tenía «sabor de época», cualidad sugestiva para quienes, sin mayores exigencias estéticas, la visitaban predispuestos a la añoranza, y circunstancia minimizadora

En la página anterior: una acuarela de Alberto Sánchez. A la derecha de estas líneas: Composición de Picasso, fechada el 8-12-1920.



Un bodegón de Salvador Dalí, en el que la influencia del cubismo es mucho más fuerte que sus imaginaciones surrealistas. De 1924.



Una década de arte español

para los que, sordos a los condicionamientos históricos, les pedían un palpito actual a las preocupaciones de hace treinta años. Pero esa misma divergencia nos pone en la pista de su principal cualidad: la exposición era historia viva de España.

Apenas quedaba en ella esbozada lo que ha constituido la gran polémica de tres o cuatro años atrás: la lucha entre la obstrucción y la figuración; mucho menos, la antítesis entre un formalismo riguroso y un informalismo expresivista de nuestros días. Correspondía la exposición al tiempo en que se liquidaban en la escuela de París los últimos problemas de un cubismo y un formalismo supervivientes y cuando el surrealismo sometía a la prueba del fuego de una fermentación onírica a todo el submundo de entreguerras. Y sirvió para demostrar una cuestión fundamental: el arte español contemporáneo—desde que puede decirse que existe como tal—ha cumplido el mandato de la modernidad sin abandonar por ello la condición de la originalidad. ¿De qué manera?

Por una vez podemos prescindir de los grandes nombres olímpicos. Picasso y Gargallo—presentes en la exposición—fueron modernos y originales en una escala que trascendía a la vida nacional. Los cuadros de Salvador Dalí pertenecían a una época que correspondía a una juventud excesiva, pero prometedora de un rigor con el que acaso luego no fue muy consecuente. Lo que había en ella de sugestión surrealista, de mandato del tiempo, estaba transformado por el condicionamiento español; el onirismo elemental presupuesto por los manifiestos era subyacencia terrenal. Así, en los óleos de Benjamín Palencia, en las acuarelas de Alberto Sánchez—afortunadamente descubiertos para la mayoría juvenil española, que sabía de su nombre sólo por relatos remembrantes—, en las esculturas de materias vírgenes «intactas» de Angel Ferrant, en el óleo de Rodríguez Luna, en los esquemas diletantes de Moreno Villa y hasta en los «divertimentos» de Federico García Lorca, se palpaba algo que incuestionablemente pertenecía a aquel tiempo: un palpito de la tierra virgen de España, un como descubrimiento de las más elementales vértebras de nuestro so-



Oleo de Francisco Bores.

Balance retrospectivo de un arte de vanguardia

Esculturas de Angel Ferrant.



lar, una presencia de las sustancias matrices de las formas hispánicas.

La exposición tenía un límite temporal. Desde Vázquez Díaz y Solana—con Ricardo Baroja, Cristóbal Ruiz, Aurelio Arteta, etc.—hasta las expresiones más juveniles de la época: Juan Manuel Díaz Caneja, José Caballero, Pedro Mozos... Tenía también un límite espacial, ya que se refería al arte realizado en España o por españoles. Claro que eran límites amplios. Picasso y Gargallo no trabajaban en España, pero eran españoles; Rafael Barradas, Joaquín Torres García y Norah Borges no eran españoles, pero trabajaban entonces en España. De lo que constituyó la «segunda escuela en París» había una muestra, si no exhaustiva, bastante sintomática: Pancho Cossío, Joaquín Peinado y Francisco Bore, con algunos estudios en los que ya se muestran adelantados de las nuevas preocupaciones por las calidades de la textura; Manolo Angeles Ortiz, con una reedición apolínea del último cubismo; Pedro Flores, con una figuración tan sobria, que hoy le sería inimaginable. Y también, en un orden de modernidad más cotidiana, por realizada más cerca de sugerencias próximas, el arte de Ramón Gaya, de Luis Garay, de Juan Bonafé, de Esteban Vicente, de Ponce de León, de Santiago Pelegrín. Arturo Souto y Francisco Mateos apuntaban ya una línea expresiva en donde lo español—como enseñara Goya—se hace sátira. Completaban la exposición obras de José Planes, Fernández Valdemoro, Rafael Boti, Cabanas, José María Ucelay, entre las realizaciones que estaban dentro del panorama madrileño de la época.

Sin pretender ser definitivamente exhaustiva, la exposición quería ser sintomática. Estaba condicionada por el hecho de hacerse en Madrid. Pero, aun a sabiendas de que el meridiano barcelonés de las artes—tan rico en aquel tiempo—no podía quedar definitivamente representado, se contó, al menos, con la colaboración de la Galería Syra, de Barcelona, la cual aportó oportunamente obras de Boch Roger, Rafael Banet, José Mom-pou y Miguel Villá, que, juntamente con Joaquín Sunyer y la escultura de Manolo Hugué, dieron una leve aunque incompleta noticia del quehacer catalán de la época.

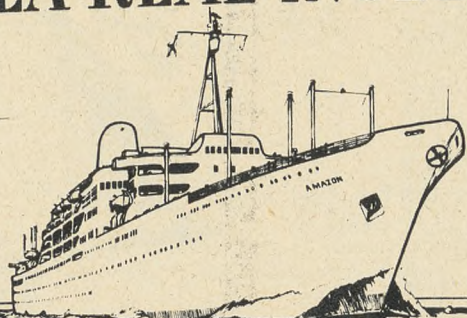
**FOTOGRAFÍAS:
M A S A T S**



En la foto de arriba: Dibujo de José Caballero para ilustrar un poema de Lorca.—Debajo de estas líneas, y de izquierda a derecha: Tres esculturas, de Angel Ferrant, de Pablo Gargallo y de Manolo Hugué.



LA MALA REAL INGLESA



Con sus tres nuevos y modernísimos transatlánticos de 20.000 toneladas, el "AMAZON", el "ARAGON" y el "ARLANZA", dotados de las máximas comodidades, aire acondicionado y estabilizadores contra el mareo. Acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, al alcance de todas las economías.

Salidas de Vigo, Lisboa y Las Palmas para Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

VAPOR	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
Aragón	20 de septiembre	21 de septiembre	23 de septiembre
Arlanza	11 de octubre	12 de octubre	14 de octubre
Amazón	8 de noviembre	9 de noviembre	11 de noviembre

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246
MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22.46.43 - 22.46.44 - 22.46.45

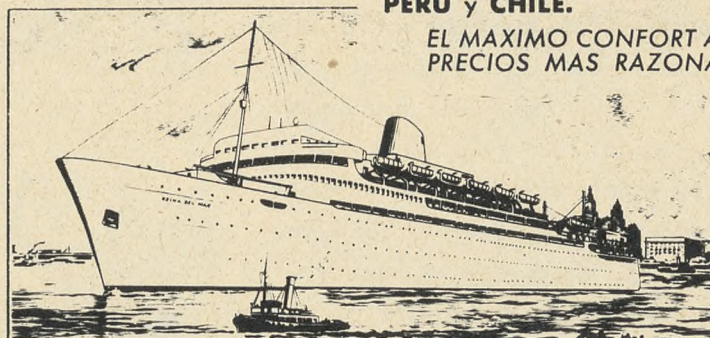
HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

CIA. DEL PACIFICO

Servicio regular del gran transatlántico «REINA DEL MAR», entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR PERU y CHILE.**

EL MAXIMO CONFORT A LOS
PRECIOS MAS RAZONABLES



SALIDAS DURANTE 1960

De Santander: 2 de octubre y 1 de enero
De La Coruña: 3 de octubre y 2 de enero

Miniatura sobre marfil
de 53 x 78 mm.



TRABAJO REALIZADO

ORIGINAL



RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. A LA ACUARELA
MINIATURAS
SOBRE MARFIL
MINIATURAS
CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA

LINKER PRINCIPE, 4 MADRID
TELEFONO 31 35 13

De sus fotos viejas de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estas artísticas miniaturas. Hacemos notar a nuestros clientes que el actual cambio de moneda los beneficia considerablemente, dado que esta casa no ha elevado sus antiguos precios.

Linker

TRABAJO REALIZADO

CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES PREVIO ENVIO DE ORIGINALES

MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

ORIGINAL



Miniatura sobre marfil
de 53 x 78 mm.

Publicaciones de

EDICIONES CULTURA HISPANICA

LAS CONSTITUCIONES DE NICARAGUA, por Emilio Alvarez Lejarza. Col. «Constituciones de Hispanoamérica». Madrid, 1958. 16 x 22 cm. 245 ptas.

ESPIRITU Y CULTURA EN EL LENGUAJE, por Karl Vossler. Trad. de Aurelio Fuentes Rojo. Col. «Historia y Geografía». Madrid, 1959. 16 x 22 cm. 100 ptas.

CODIGO CIVIL DE BOLIVIA (estudio preliminar del doctor Carlos Terrazas Tórrez). Col. «Códigos Civiles de Iberoamérica». Madrid, 1959. 14,5 x 20,5 cm. 85 ptas.

CODIGO CIVIL DE EL SALVADOR (estudio preliminar del doctor Mauricio Guzmán). Col. «Códigos Civiles de Iberoamérica». Madrid, 1959. 14,5 x 20,5 cm. 110 ptas.

MANUAL DE DIALECTOLOGIA ESPAÑOLA, por Vicente García de Diego. Segunda edición, corregida y aumentada. 100 ptas.

BOLIVAR Y EL PENSAMIENTO POLITICO DE LA REVOLUCION HISPANOAMERICANA, por Víctor Andrés Balaúde. 150 ptas.

Pedidos a:

Instituto de Cultura Hispánica
Avenida de los Reyes Católicos
(Ciudad Universitaria) - MADRID

Qué buen compañero!



costa / padró



Trabajó usted mucho para conseguir esa hora de tranquilidad bien merecida.

Deje en ella un hueco a FUNDADOR DOMECCQ, su amigo de los buenos momentos para hacerlos aún más agradables

Seco y suave, como debe ser un buen coñac, siempre le dejará el sabor de lo perfecto.

FUNDADOR *Domecq*

el coñac que está . . . como nunca!



BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

DOMICILIO SOCIAL:
ALCALA, 14
MADRID

CAPITAL DESEMBOLSADO Y RESERVAS:
2.097.320.758,09 pesetas

499 Dependencias en España y Africa

DEPARTAMENTO DE EXTRANJERO:
CEDACEROS, 4 - MADRID

(Aprobado por la Dirección General de Banca con el número 2.420)



Leyland Ibérica S.A.

Distribuidores de la

EMPRESA NACIONAL DE AUTOCAMIONES, S. A.

Fabricantes del camión español.

PEGASO

AMPLIA GAMA DE MODELOS PARA EL
TRANSPORTE DE MERCANCIAS Y PASAJEROS

ENTREGAS DEL MODELO

Z-207 de 120 CV.

**EN BREVE PLAZO Y POR
RIGUROSO ORDEN DE PEDIDO**

*Solicite información sobre sus
características técnicas
y Condiciones Generales
de Venta.*

OFICINAS CENTRALES:

**P.º MARQUES DE MONISTROL, 7
Tel. 47 44 00 (5 líneas)
MADRID**



EL CACIQUE DE LOS SHAPRAS LEE UNA BIBLIA ESPAÑOLA

ME invitaron a entrevistar al jefe de los reducidos de cabezas de la selva peruana, el curaca Tariri. Todo fué tan rápido, tan inesperado, que de pura alegría me pareció una inocentada. Había que salir una hora después de Lima, y a los treinta minutos ya estaba yo listo para el viaje, con ropa de verano y sin saber con quién iba, ni adónde, ni por cuánto tiempo.

¿Qué importaba? Había que volar miles de kilómetros y saltar los Andes imponentes. Había que internarse en la selva peruana, en el «infierno verde», como la llaman. Había que viajar en un avión chiquito, que parecía de juguete. Pero ¿qué importaba? Así la aventura parecía más atractiva.

Pero nunca he filosofado tanto sobre el miedo y el valor como cuando sobrevolábamos la carretera de Lima a Chosica el piloto, su ayudante y yo. Luego comenzamos a trepar los picachos de la sierra peruana. Y aquello ya no era filosofar. Era temblar. Porque allí no se veía el cielo ni estábamos envueltos entre nubes.

Allí, a diez metros, enfrente, se veía la falda del monte. Pero ¿y la cumbre? ¿Dónde quedaba



Arriba de estas líneas: Tariri posa en gran señor ante su feudo.—A la derecha: Con su eterna sonrisa, el curaca teje un cesto con singular maestría.

la cima que teníamos que pasar? ¿Cómo librar-nos de la catástrofe?

Y el avioncito comenzó a galopar. Así: galopar. Porque no era otra cosa lo que hacía para trepar la cuesta empinada y abrupta. Era como un caballo que iba saltando. Daba la impresión de que subía por una escalera. Ahora un peldaño, luego otro y otro. Se elevaba casi verticalmente y avanzaba hasta acercarse al monte, para repetir la maniobra. Así un pico, otro más alto y los siguientes.

Hasta acostumbrarse al juego este, creo que bien valía la pena sentir su ración de miedo. Pero Tariri sí que merecía la pena. Tariri es el personaje más famoso de la selva peruana. Desde el lago Capiroña, ya cerca del Ecuador, donde tiene asentados sus reales, extiende su poder sobre una vasta geografía de aquella espesura enmarañada.

Y allá nos fuimos al día siguiente, partiendo de Yarinacocha, en un hidroavión con piel de lona. Debajo quedaba la selva. Viéndola desde arriba, la selva parece que duerme. Da la impresión de que en ella no hubiera vida. Sin embargo, está acechando la muerte en las garras de las fieras, en los dientes de los cocodrilos, en las masas de insectos venenosos...

Viéndola desde arriba, la selva parece una pradera inmensa recién segada. La altura nos enga-

ña igualando las copas de gigantes árboles que se alzan desafiando al cielo. Y haciendo juego en grandiosidad, ríos enormes que parecen lagos, por lo quietos. Allí el Huallaga, el Marañón, el Amazonas...

Para contraste, en los espacios libres de vegetación, como solares de una ciudad de rascacielos, estaban las chozas diminutas. En una de ellas, solitaria, vive Tariri, el jefe de los shapras, indios reducidos de cabezas.

La sorpresa fué grande. Cuando el hidroavión comenzó a descender para acuatizar en el lago Capiroña, parecía imposible que aquella casucha que se divisaba pudiera ser la vivienda del famoso Tariri. El, que había visitado Lima y se había entrevistado con el Presidente de la República; él, que había sido llevado a los Estados Unidos para actuar en la televisión ante millones de norteamericanos.

Allí estaba la choza del temido curaca. Sola y apartada de la corriente del río más cercano, el Morona, por lo que resultaba un auténtico escondite, muy difícil de hallar. Un abrazo sirvió luego de saludo, y la hospitalidad fué tan abierta, que la choza parecía nuestra. Mandó matar una gallina, y nos ofreció fruta silvestre y masato. Hubo en todos alegría no disimulada y una cordialidad imposible de confundir.

Y esto ya era más que sorpresa. Porque en

Yarinacocha me informaron que los shapras habían decidido matar a los blancos que les habían llevado sus canoas. Los shapras matan al enemigo, pero nunca le roban su canoa. La selva significa muerte para el que quiere internarse en ella. El agua es la vida. Y sin canoa no es posible la vida allí, en plena selva.

Otra sorpresa más, y grande, fué la de encontrar una biblia española en la selva. La tenía el mismo Tariri. Su choza estaba cubierta con hojas de palmera. El piso era de caña y estaba a un metro del suelo. No existían paredes de ninguna clase. Mis acompañantes se sentaron en unos latones y yo sobre un baúl de madera, que era el mejor asiento disponible.

Observé las pertenencias de Tariri. Poca cosa. Unos mosquiteros para dormir. Una escopeta, que no tiene precio en la selva. Hay arcos, flechas variadas, una cerbatana. Me llama la atención un cesto redondo hecho de mimbres. Dentro, como en una jaula, hay un libro. Mi extrañeza es grande. Hago un gesto admirativo.

La intérprete lo advierte; algo le dice a Tariri, y éste se apresta a entregarme el libro. Lo tomo en mis manos, y mi extrañeza aumenta, esta vez envuelta en alegría. Es una biblia española. Se trata nada menos que de una traducción muy conocida, la de Nácar-Colunga.

La llevó allá el director del Instituto Lingüís-

El pequeño hidro es el puente entre la lejana civilización y la selva inextricable. A la derecha contrasta el plácido navegar del rudimentario bote.



tico de Verano. Tariri lo veía leer siempre el mismo libro, y un día, intrigado, le preguntó qué era.

—Es la palabra de Dios.

—¿Y qué dice?

—No mentir.

Tariri comunicó entonces a los miembros de su tribu que no mintieran. Igual hizo cuando le explicaron otros mandamientos. Al llegar al quinto, se quedó pensativo. Este le costaba más observarlo. Al fin dijo que no mataba a sus familiares. Y se quedó con la Biblia. Y con el libro le llegó la fe en Dios.

Desde entonces, el Tariri de hoy no se parece al de ayer. Y algunos shapras se preguntan qué clase de curaca es éste. El famoso curaca de historia sanguinaria ya no quiere ver sangre. Ni la de los suyos ni la de sus enemigos. Por eso, aunque los indios querían dar muerte al grupo de blancos que negocian en aquella región, comprendida entre los ríos Pastaza y Morona, Tariri les negó el permiso.

Tariri se había entrevistado con el Presidente de la República el año anterior. Lo llama «Curaca Mayor» y lo considera superior a él. Por eso quería conferenciar con las autoridades antes de matar. Prefería resolver el problema surgido entre los blancos y los indios con palabras antes que con flechas. Y ésa fué la misión que nos llevó a verlo.

De esto conversábamos la tarde que arribamos. Y surgió la pregunta:

—¿Cuál es tu mayor deseo?

—Aprender español—respondió sin titubear.

—¿Para qué?

—Así nos entenderemos con los blancos y haremos negocios en Iquitos.

Recordamos luego la visita que hizo a Lima. Y, sintiéndose avergonzado, se atrevió a confesar:

—Quise hablar con ustedes en su propia len-



gua, pero no pude, y me sentí como un niño. Hubiera dado cualquier cosa por hablar en castellano.

Pero en seguida, para mi sorpresa, habló conmigo un poco en español. Aún tengo la conversación grabada en cinta magnetofónica, así como las frases que pronunció en shapra. Nombró el cielo, las estrellas, contó hasta veinte y envió un saludo cariñoso para todos los peruanos.

Sin embargo, Tariri no se conforma con aprender él. Quiere que toda la tribu sepa hablar español, para que se incorpore a la vida del Perú. Y no está lejos el día en que su hermano Shiny, así como su hijo Shirimpo, sean maestros y enseñen el castellano a los shapras, pues lo hablan y escriben bastante bien. Y con este fin están haciendo ya un curso de perfeccionamiento en Yarinacocha.

Por todo ello, a Tariri le podemos considerar como un símbolo. Era feroz y se ha hecho pacífico. Vivía como salvaje y está haciendo su ingreso en la civilización. Y con él, los shapras. Como lo harán otras tribus. Todas forman parte de ese Perú fabuloso, que será más grande con su incorporación a la vida nacional.

MIGUEL VILLALBA
(Fotografías del autor)



UNA "LEONERA" CIENTIFICA



EL doctor Donald Forgays, un psicólogo del Rutgers College, está realizando un ambicioso experimento para descubrir si la capacidad de aprender de un niño puede verse disminuida por el excesivo confinamiento; por ejemplo, en una «nursery», cuarto de niños, «leonera» o como lo quieran llamar.

La teoría del doctor Forgays sostiene que un niño aburrido puede desarrollarse intelectualmente menos que otro al que se le haya concedido un alto grado de libertad. La tristeza y el aburrimiento en un niño, según el doctor Forgays, indican que se le ha privado de una gran variedad de impresiones sensoriales por falta de contacto con el mundo exterior.

Consciente de las dificultades en que se suelen encontrar los padres jóvenes pa-



ra mantener a los niños alejados de la cristalería o de los objetos peligrosos, el doctor Forgays ha construido una «leonera» científica, especialmente equipada para evitar estos retrasos en el desarrollo intelectual, y que está siendo experimentada con niños entre los nueve meses y los tres años de edad.

En las paredes del cuarto de jugar científico del doctor Forgays existen numerosos dispositivos que, cuando son tocados por las manos de los niños, producen sonidos, o se encienden luces, se abren ventanas, etc.

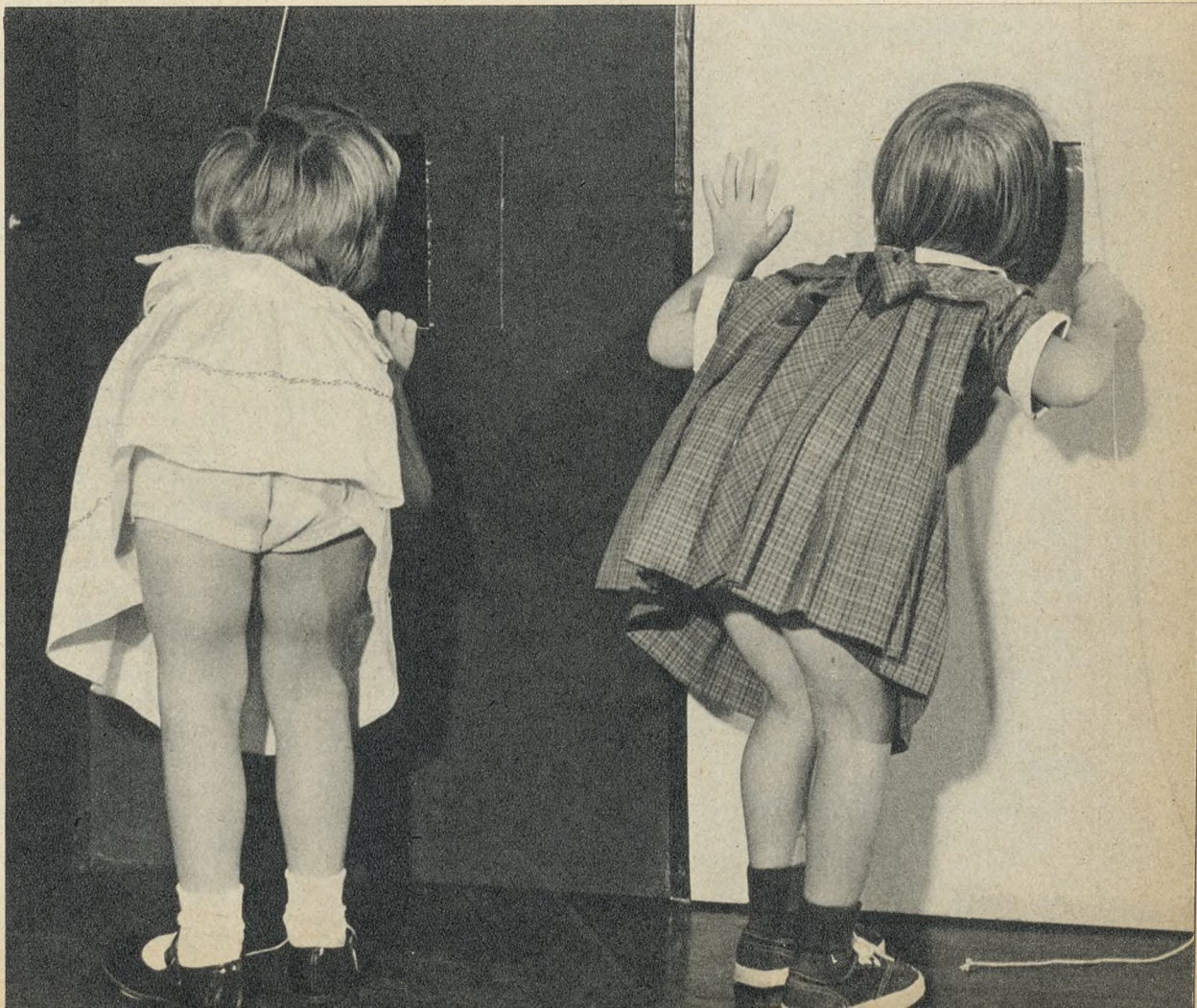
«Espero demostrar—dice el doctor Forgays—que la experiencia adicional que encuentra el niño se reflejará en un mejor equilibrio intelectual.»

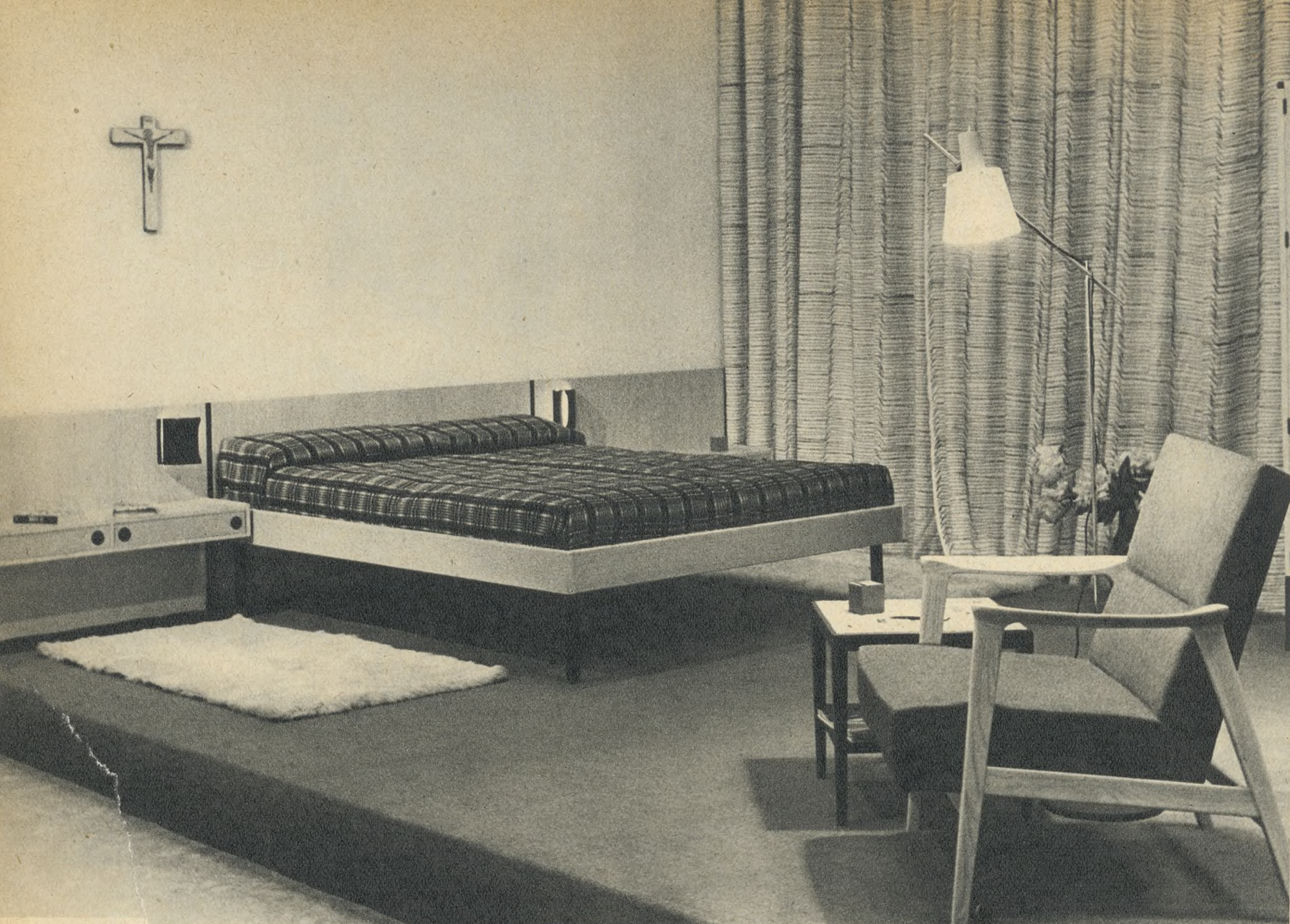
De estos y otros estudios, el doctor Forgays deduce que un cambio, aunque sea muy pequeño, favorece extraordinariamente el desarrollo del niño. Y aconseja a los padres que lleven a sus hijos a tantos lugares como sea posible.



El problema del aburrimiento de los niños es mucho más importante de lo que parece. Y en esto coincide con el doctor Forgays cualquier padre de familia que tenga una mínima preocupación por sus hijos. Los rostros y actitudes de las fotos son lo suficientemente expresivos como para no necesitar comentario. Es posible que la nostálgica envidia de los mayores quiera hacer revivir el mundo mágico que se encierra en la mente de los pequeñuelos.

Reportaje fotográfico: FIEL





QUERIDA hermana de América: Otra vez en comunicación contigo; aunque hoy nada de modas puedo decirte, ya que estamos agotando el compás de espera antes de las nuevas colecciones.

París—como siempre, París—tiene ya cargado el cañoncito con que nos bombardeará la próxima temporada. Dentro de muy pocos días, Balenciaga, Dior, Chanel y todos los demás abrirán sus salones y, en plena canícula, mientras las gentes se tuestan al sol en los felices países que aún lo disfrutamos en verano, maniquís envueltas en pieles y gruesos tejidos de lana lanzarán su mensaje para el próximo invierno. Pero, si no te puedo decir nada de modas, sí tengo una buena noticia para ti, que eres «hincha» de todo lo que signifique un avance para España. Hemos tenido una muestra de «Artes para el hogar». Una exposición pequeñita, pero que se presiente de un empuje y una vitalidad enormes.

Domina en ella ese tono simple y en ocasiones árido de nuestro tiempo, pero que es tan sano, sin concesiones a la monada o la chuchería, plaga de los interiores de otras épocas.

En los bocetos de los muebles han colaborado arquitectos de grandes firmas, que han conseguido que interiores que parecen casi suntuosos estén al alcance de bolsillos nada suntuosos de contenido. Y, para dar fe de esto, anotan los precios en paneles murales que acompañan a cada conjunto.

Emplean maneras muy selectas; pero simplifican el costo en la mano de obra, ya que líneas tan sobrias economizan tiempo. Y dan vueltas infinitas a los problemas constantes de ahorro de espacio y funcionamiento fácil, que tanta importancia tienen en los pisitos reducidos, que hoy son la mayoría.

Como en nuestro país abunda el mueble antiguo de todas las categorías, hemos visto cómo combinan con verdadero acierto el arcón oloroso a manzanas de la abuela con el sofá y las estanterías de último momento.

Vidrios verdes catalanes, serijos de pastor extremeño y cestos de hórreo asturiano en bandas de castaño, unidos al saborcillo español de las telas de las tapicerías, consiguen que, por

Pequeña noticia de la Exposición de las ARTES del HOGAR

Por HELIA ESCUDER

muy moderno y avanzado que sea el estilo, la decoración tenga siempre un carácter hispánico, que ninguna corriente de fuera puede borrar.

Pienso y espero que la próxima exposición de las «Artes del hogar» te tenga por visitante; a ti y a todas esas amigas nuestras de América que piensan tanto en España, y a las que recordamos con tanta frecuencia.



Fotos: BASABE



LA NUEVA

Vespa

125 c. c. 1960



**está garantizada
por una mecánica
simple y sólida.
La transmisión es
directa del motor
a la rueda.**

**hará deporte, participará en ca-
rreras, en rallys, en gymkhanas...**

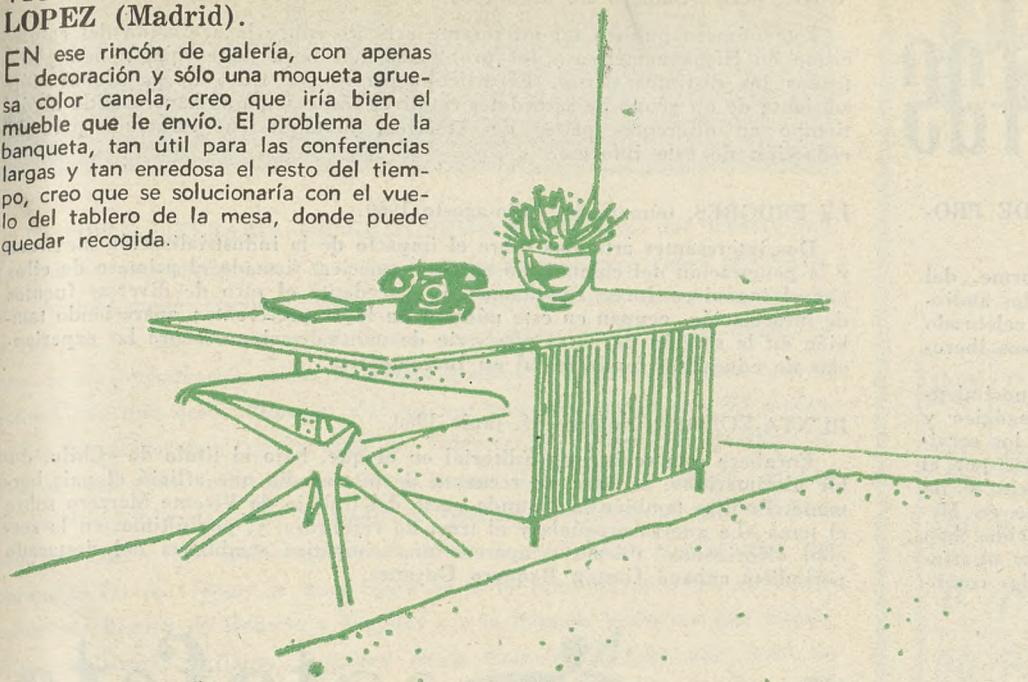
Vespa

Y ADEMAS

ES EL SCOOTER MAS ELEGANTE

**VICTORINA SANCHEZ
LOPEZ (Madrid).**

EN ese rincón de galería, con apenas decoración y sólo una moqueta gruesa color canela, creo que iría bien el mueble que le envío. El problema de la banquetta, tan útil para las conferencias largas y tan enredosa el resto del tiempo, creo que se solucionaría con el vuello del tablero de la mesa, donde puede quedar recogida.



Consultorio de decoración

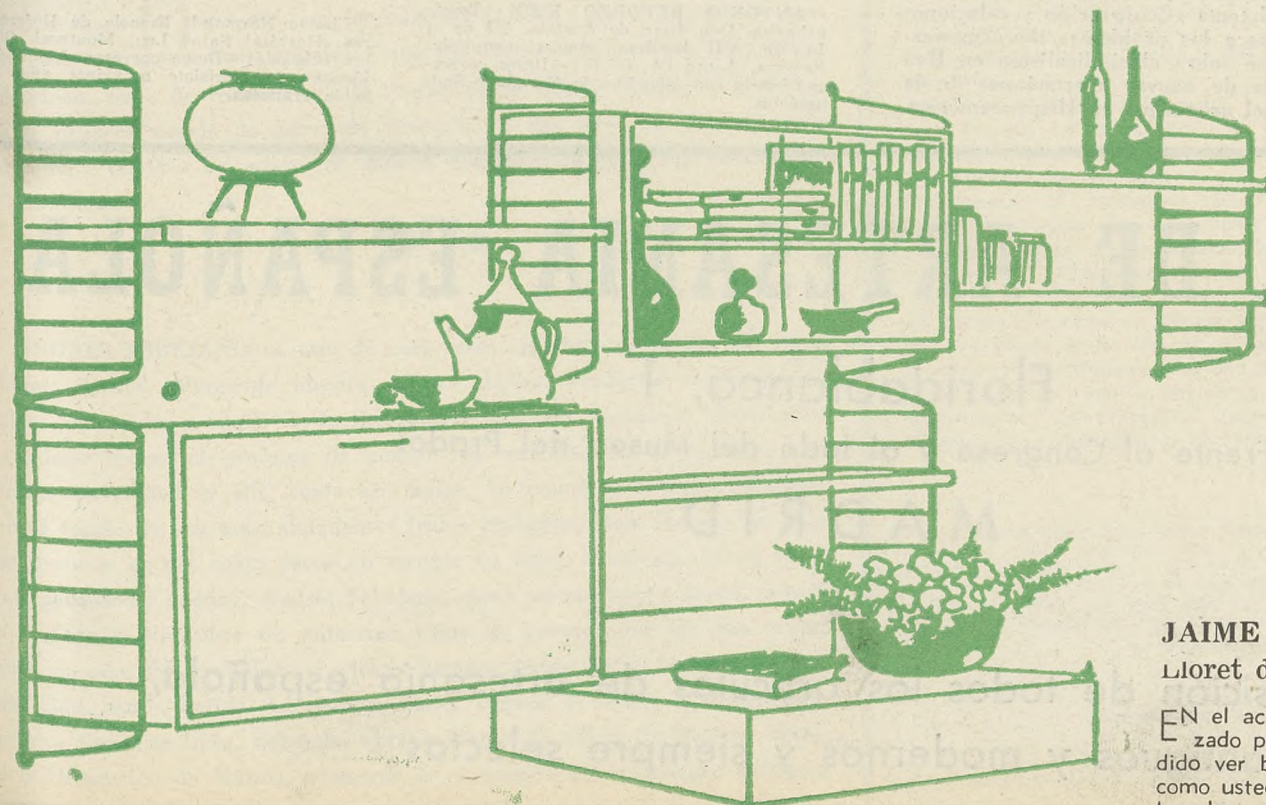
Texto: **HELIA ESCUDER**

Bocetos: **José María Toledo**



VIUDA DE SANS.
Punto Fijo
(Venezuela).

Si las dos paredes opuestas son cristallera casi continua, tienen, forzosamente, que agrupar todos los servicios que desea en los dos testeros opuestos. Cuenta este multimueble con ocho armarios y mesa adosable hacia arriba para comer, y tablero escritorio adosable asimismo al mueble para conseguir el máximo espacio a la habitación.



JAIME PLANELL.
Lloret de Mar (Gerona).

EN el actual Salón de las Artes del Hogar, organizado por el Ministerio de la Vivienda, hemos podido ver bastantes soluciones de estanterías móviles, como usted desea. En las casas de muebles de Barcelona hay, no lo dude.

REVISTA de Revistas

BOLETIN DE INFORMACION DE LA COMISION NACIONAL DE PRODUCTIVIDAD INDUSTRIAL, número 85, junio 1960.

Recoge este número, entre otros interesantes artículos, un informe, del Seminario Regional Iberoamericano, sobre la utilización de las ayudas audiovisuales en la educación, que, organizado por la UNESCO, se ha celebrado en la ciudad de México, asistiendo representantes de dieciocho países iberoamericanos.

La finalidad de este Seminario fue facilitar el intercambio de conocimientos y experiencias acerca de la producción, distribución, uso pedagógico y valoración de las ayudas audiovisuales en la educación; organizar los servicios nacionales, la cooperación internacional y la labor a desarrollar por el Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa. El Seminario se ha considerado como una continuación de los celebrados anteriormente en Messina (Italia) y Nueva Delhi (India), y las recomendaciones establecidas han venido a ser como un complemento de las que se acordaron en las oportunidades precedentes, con las adaptaciones necesarias que imponen las condiciones propias de Iberoamérica.

Los temas estudiados fueron los siguientes:

- Situación actual de los medios audiovisuales.
- Los medios audiovisuales en la educación escolar.
- Los medios audiovisuales en la educación de la comunidad.
- Organización de la distribución.
- Problemas de equipo de las escuelas.
- Capacitación de maestros.
- La adaptación de las películas a las exigencias locales.

Entre las recomendaciones formuladas destacan, como más importantes:

- Que los diversos países procedan a difundir, sistematizar y actualizar el correcto uso didáctico de los medios audiovisuales, con el fin de que el personal directivo y docente de las diversas ramas de la enseñanza adquiera una clara y definitiva orientación acerca de su empleo, obteniendo así los mejores rendimientos educativos.
- Que esta sistematización y actualización se apliquen no sólo a los materiales de mayor complejidad técnica, como la radio, la televisión y el cine, sino también a los medios más sencillos, como carteles, láminas, dioramas, mapas, etc.
- Que la preparación teórica y práctica de los maestros, para el uso de los materiales audiovisuales, se introduzca en los planes y programas de estudio de los Institutos de Formación del Magisterio.
- Que para la utilización de los materiales audiovisuales en el desarrollo de las comunidades, como la salud pública, la extensión agrícola, la previsión social, etc., se formen especialistas de alto nivel.
- Que los respectivos Gobiernos amplíen, en lo posible, la concesión de licencias y de divisas extranjeras para efectuar adquisiciones de materiales audiovisuales, y concedan exenciones de derechos aduaneros.
- Que los Ministerios de Educación realicen gestiones para fomentar el uso de la radio y la televisión—tanto oficial como privada—dentro de orientaciones que vayan en provecho de la educación escolar y de la educación general de la colectividad.
- Que los Ministerios correspondientes auspicien y estimulen la realización de publicaciones educativas destinadas a los niños, los adolescentes y los adultos.

Igualmente sus noticias internacionales recogen la convocatoria de un ciclo interamericano sobre relaciones de trabajo, que tendrá lugar en Montevideo del 3 al 12 de noviembre.

IORNAI número 82, julio-agosto 1960.

Publica este número, entre otros interesantes artículos, un importante estudio de Luis Enrique de la Villa sobre el tema «Cooperación y relaciones humanas», en el que abundan las referencias a los problemas iberoamericanos. Un ensayo de Angel Alcázar de Velasco sobre el sindicalismo en Iberoamérica y una serie de notas dan cuenta de nuevas aportaciones de la UNESCO a la resolución de los problemas del urbanismo en Hispanoamérica.

CROISSADE, número 35, julio 1960.

Este número publica un interesante artículo sobre la evolución del catolicismo en Hispanoamérica y los problemas más importantes que tienen planteados los distintos países. El artículo parece ser fruto de la elaboración conjunta de un grupo de sacerdotes católicos franceses, que han residido algún tiempo en diferentes países de América, juntando sus esfuerzos para la redacción de este informe.

LE PROGRES, número 36, julio-agosto 1960.

Dos interesantes artículos sobre el impacto de la industrialización mexicana y la penetración del comunismo en Iberoamérica, firmado el primero de ellos por el ingeniero Jorge Duschamps, y procedente el otro de diversas fuentes de información, ocupan en este número un lugar preferente; apareciendo también en la sección de notas una serie de puntualizaciones sobre las experiencias de educación fundamental en Iberoamérica.

PUNTA-EUROPA, número 54, junio 1960.

Encabeza esta revista un Editorial en el que, bajo el título de «Chile, dolor ultramarino», se hace un recuento de la tragedia que afligió al país hermano. Publica también la segunda parte del trabajo de Vicente Marrero sobre el tema «La guerra española y el trust de cerebros», y, por último, en la sección «Horizontes abiertos», aparece una simpática semblanza del destacado periodista cubano Gastón Baquero Goyanes.



VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings, Tel. 51577. Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas (semanal); primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

JACK K. ADAMS. Route, núm 1, Iberia, Missouri (Estados Unidos).—Norteamericano veinticinco años solicita intercambio de cintas magnetofónicas, velocidades 3 3/4 y 7 1/2, idiomas inglés, español, portugués e italiano.

MARIA DOLORÉS BOIX CORNELLA. Forsa, 11, Gerona (España).—Desea correspondencia con chicos y chicas de todo el mundo para intercambio cultural y postales.

MARIA MARGARITA LAURONCE. Villarino, 173, Bahía Blanca, Buenos Aires (República Argentina).—Universitaria, dieciocho años, desea mantener correspondencia con jóvenes para intercambio de postales en castellano, francés o inglés.

JOANA M. PALOU. Agoders, 10, Tàrrrega (Lérida).—Desea correspondencia con jóvenes de veintiocho a treinta y cinco años, residentes en Barcelona o su provincia, con aficiones al dibujo y la música.

ANTONIO REFORZO RUIZ. Tercio sahariano Don Juan de Austria, III de la Legión. VII bandera, cuarta compañía. Semara, Aitun (A. O. E).—Desea correspondencia con señoritas de España o Sudamérica.

ISABEL AGUILERA y TEPESA BASCUNAN. Casilla, 64, Bulnes (Chile).—Desean correspondencia con jóvenes de cualquier país para intercambio de discos, sellos, postales e ideas.

MARIA DEL CARMEN GARCIA Virgen, 40, Villarrobledo (Albacete).—Desea intercambio de sellos con jóvenes de uno y otro sexo, de veintidós a veintiocho años, de cualquier país, en inglés, francés y español.

BELLA CAMPILLO TORRECILLA. Villarreal, 195, Barce'ona. —Desea correspondencia con muchachos de todo el mundo, de dieciocho a veinticinco años, preferentemente de Hispanoamérica, Portugal o Inglaterra.

JULIO GUERRERO, FUSERO VELLASCO y MIGUEL ANGEL FERNANDEZ. Santa Lucía, 88, Valladolid. Desean correspondencia con muchachas de dieciséis a veinte años, de todo el mundo, en español.

CECILIA RODRIGUEZ. Carrera 81, número 50-48, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con muchachos de habla inglesa española e italiana, para conocer su idioma.

L. M. REYNOLDS. Apartado postal 264, Topeka, Kansas (EE. UU).—Desea mantener correspondencia con caballeros de treinta a treinta y cinco años, de Brasil, Argentina, Chile y España para intercambio de ideas, costumbres, etc.

ANTONIO FALAGAN QUINTANA y ROSENDO ARBULO FRESNEDO. Sanatorio de Santa Marina, cuarto piso, Bilbao. —Solicitan madrina de reposo y correspondencia para intercambio de sellos.

Lisette Normand. Escuela de Enfermeras, Hospital Saint Luc, Montreal, Quebec (Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes de diecisiete a veinte años de habla francesa.

MERCADO DE ARTESANIA ESPAÑOLA

Floridablanca, 1

(Frente al Congreso y al lado del Museo del Prado)

MADRID



Unica exposición de todos los artículos de artesanía española,
antiguos y modernos y siempre selectos

Señal de libros

LA OBRA LITERARIA DE GUILLERMO VALENCIA, que levantó tantos juicios encontrados, que tan significativamente aparece como representativa de unos modos estéticos vigentes en su tiempo, ha sido ahora seleccionada y anotada, en sus *Poesías y Discursos*, por Carlos García Prada, quien, en una devota introducción, traza la silueta humana y artística del ilustre poeta colombiano que desde Popayán alzó su voz con ecos mundiales. El modernismo hispánico tiene en la obra de Valencia un valiosísimo ejemplo. Al lado de una clara influencia clásica, a la que le llevaba su cultura, de una huella inevitable de toda la tradición poética castellana, se une también toda la gala y los modos que parnasianos y simbolistas abanderaron por entonces. En sus versos se nota cómo su oído prestaba atención al recado sabio que llegaba de Horacio y Virgilio y a la llamada insistente que Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, lanzaban desde Francia. Y todo ello trató de fundirlo en armonía con sello personal. Llena de pensamiento, construida con rigor y exigencia, la obra de Guillermo Valencia abandera toda la poesía colombiana, y su nombre queda erguido y ejemplar, abriendo muchos caminos, suscitando mucha devoción. Los paisajes y grandezas de Colombia, las gestas y afanes de su patria, cruzan con brillo, con entusiasmo, por sus poemas. A mejor conocerlos y valorarlos contribuye esta edición que la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos nos ofrece. Porque Guillermo Valencia, con Rubén Darío y Lugones, es pieza decisiva en la edificación del vasto y fecundo movimiento modernista que aireó la poesía hispanoamericana hasta casi nuestros días.

EL HOMBRE DE LA CASA es el título de la novela corta que el profesor Servando Montaña ha publicado en León. Montaña es uno de los jóvenes y valiosos sacerdotes españoles que con tanto empeño y acierto han hecho su aparición en nuestro reciente mundo literario, dejando constancia de su fervor, de su preparación y buen gusto, y poniendo la señal de un pensamiento católico operante y vigoroso en todos los muchachos. La narración es sencilla, sin complicaciones técnicas artificiosamente buscadas. Montaña gusta de los modos clásicos, y no intenta ninguna excursión por los seductores caminos de la novela contemporánea en su estructura formal. Le importa ahondar en un problema humano, servirlo con claridad y precisión, expresarlo con fuerza, intentando penetrar en las hondas raíces de la conciencia del hombre. La prosa es reveladora de una sensibilidad que llamaríamos de poeta, atenta para registrar ese gran suceso que es la crisis en el alma de un muchacho. La adolescencia, su paisaje complejo y laberíntico, su rica psicología, están ahí, en las páginas de este valiente novelista, que, sin querer ninguna fácil moraleja, que sin buscar ningún adoctrinamiento dogmático, pone de relieve, con la fuerza de su relato, valores y verdades. Es la primera novela de Servando Montaña, y por ello hay que ofrecerle estímulo y crédito. En espera de nuevas pruebas, sin duda más maduras y definitivas.

ANDRÉS SOBEJANO es uno de esos raros espíritus que viven en pleno disfrute de los valores de nuestra cultura clásica. Traductor de griegos y latinos, conocedor a fondo de la literatura y con una formación humanística de primer orden, el profesor ha gustado de recluírse en la enseñanza de Murcia, su ciudad, y allí, como un juglar, ha repartido versos y diálogo, con el regalo de sus muy abundantes frutos literarios, para los que ha sido tan generoso en dar como parco en recoger en libro. Renovado en su constante entusiasmo poético, Andrés Sobejano, como un muchacho joven, reunió en *Sombra y vislumbre* un numeroso ramo de poemas por los que corre, como un oreo de serenidad, el viento siempre fresco de la heredad clásica. Evocación, canto, herida del tiempo, amor, forman el hondo y emocionado temario. Con este libro, Sobejano obtuvo el premio «Polo de Medina 1959», de la Diputación de Murcia, y supone la credencial de su siempre militante servicio en las filas de la poesía.

Pasatiempos

Por Pedro Ocón de Oro

OCNOGRAMA

RO	CA	LO	EL	ES	DA	NE	GA	1
ME	NE	BRO	LER	RIO	PAR	OR	REN	2
IN	TU	SE	DE	MA	VA	LLA	RA	3
O	NA	RO	MO	NUE	LO	DE	DO	4
SO	PI	LAS	CE	RO	FA	CA	TRES	5
E	PE	GAR	ES	MUN	TA	RRAS	TA	6
SAN	NE	GOR	LLO	NO	DAS	GUE	POR	7
								8
								9
								10
								11
								12
								13
								14

MODO DE RESOLVERLO.—Fórmense en las casillas numeradas de la derecha las palabras (todas de siete letras) correspondientes a las definiciones que se indican, tomando para ello las sílabas necesarias de entre las que figuran a la izquierda. Táchense las sílabas que se vayan utilizando. Una vez determinadas correctamente todas las palabras, las sílabas que sobren a la izquierda, leídas por orden, formarán el título de una famosa obra literaria: y leyendo verticalmente la primera letra de dichas palabras (columna señalada con trazo más grueso en el encasillado), aparecerá el nombre del autor.

DEFINICIONES.—1: Viento huracanado de la costa norte de España.—2: Ciudad de la antigua Grecia.—3: Gravoso.—4: Conjunto de piedrecillas desprendidas de las rocas.—5: Ave zancuda, algo menor que la cigüeña, blanca y con penacho de plumas en la cabeza.—6: Asombro.—7: Alicante.—8: Planta labiada olorosa.—9: Asqueroso, sucio.—10: Relativo a la muerte.—11: Repetición de una misma palabra para dar más énfasis a lo que se dice.—12: Malvado, indigno en extremo.—13: En algunas provincias, llvizna.—14: Nogal.

CRUCIGRAMA

HORIZONTALES.—1: Medida inlesa para líquidos, equivalente a unos cuatro litros y medio. Figura formada por dos arcos de círculo iguales que se cortan volviendo la concavidad el uno al otro.—2: Puesta de sol. Extravariantes, fem. 3: Nota musical. Lícese de las ovejas que crían hijos de otras. Conjunción.—4: Río italiano. Ala entera de ave sin plumas. Perjuicio.—5: Desvergonzada. Antigua moneda romana. Rezo y canto de las horas canónicas.—6: Cerco. Semejante.—7: Fue célebre por su paciencia. Período de tiempo.—8: Aberturas de un puente. Produce. Intentar.—9: Flor. Ciudad de Colombia. Fenómeno atmosférico que produce calor o frío intensos.—10: Desinencia verbal. Detención. Del verbo ser.—11: Bailes regionales españoles. Recipiente para bañar los ojos.—12: Liliputiense. Aislados.

VERTICALES.—1: En plural, sustancia viscosa que fluye de algunos vegetales. Movimiento de las olas en el mar.—2: Agrio. Pedazo desgarrado de una prenda.—3: Articulo. Caminos más cortos. Interjección.—4: Constelación. Juguetes. Alimento.—5: Calificación de un tribunal

de examen. Preposición inseparable que significa «por causa de». Suceso.—6: Onda. Conceder.—7: Nosotros. Flanco.—8: Localidad de Argelia. Repetido, padre. Chiflados.—9: Trompetas chinas. Chorro de agua. Planta que se utiliza como condimento.—10: Acudir. Que tarda en pagar o no paga. Artículo.—11: Repisa. Parte del tejado.—12: Albergue. Aberturas que al menor esfuerzo se hacen en las telas endebles.

SOLUCION AL CRUCIGRAMA

1: Galernea.—2: Esparta.—3: Oneroso.—4: Rocalla.—5: Garceta.—6: Estapor.—7: Senuelo.—8: Sándalo.—9: Inmundo.—10: Macabro.—11: Epimone.—12: Nefario.—13: Orvallo.—14: Noguera.

OBRA: «El merendero de las tres perras gordas».

AUTOR: Georges Simenon.

SOLUCION AL OCNOGRAMA

1: Galernea.—2: Esparta.—3: Oneroso.—4: Rocalla.—5: Garceta.—6: Estapor.—7: Senuelo.—8: Sándalo.—9: Inmundo.—10: Macabro.—11: Epimone.—12: Nefario.—13: Orvallo.—14: Noguera.

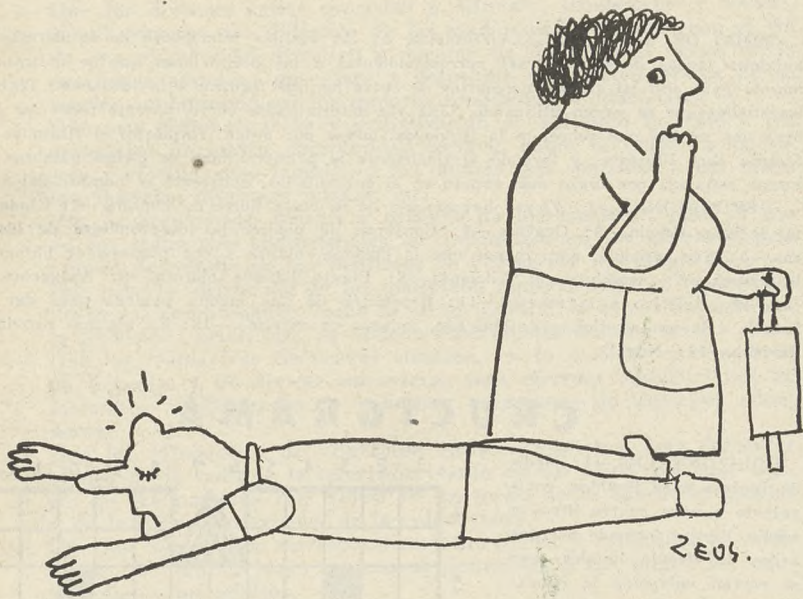
Humor *rac*

ZIEUS

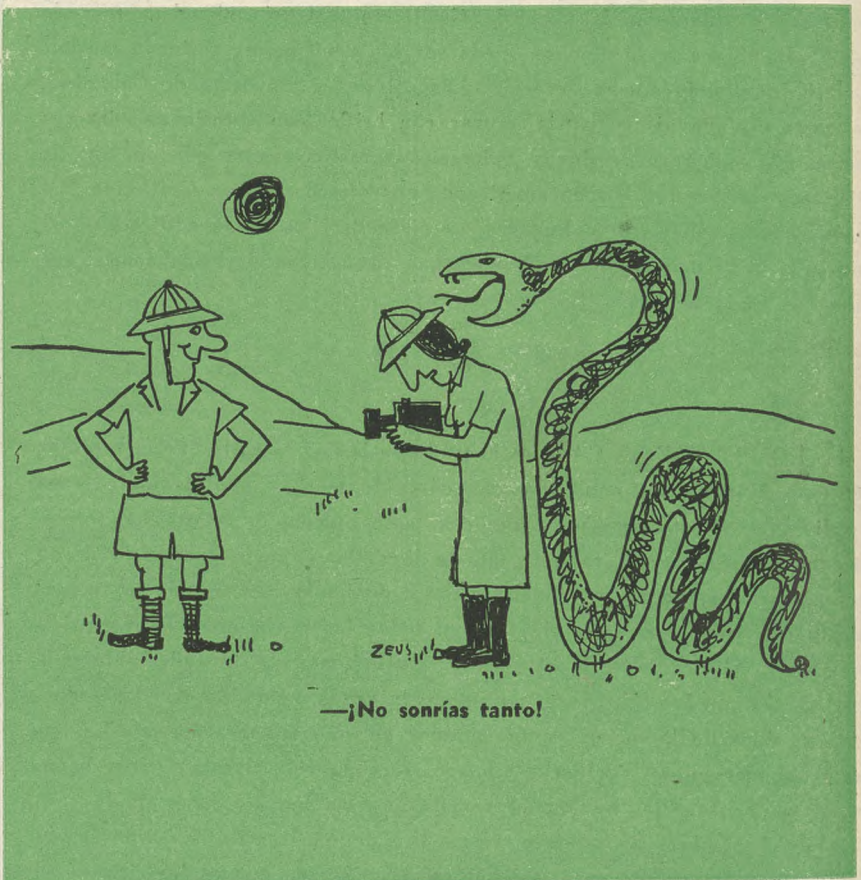
ZEUS



—Quisiera tenerte siempre a mi lado. ¿Por qué no te casas con mi secretario?



—Ahora, pensándolo mejor, creo que Pepe tenía razón.



—¡No sonrías tanto!



—Yo soy muy modesta, y me gustan los vestidos sencillos.



—¿Y aún murmuras?
—No, querida; es mi vientre.

Mi amigo Andrés

(Cuento)

Por Fernando Santos Rivero

Este cuento obtuvo el Premio SESAMO de Cuentos,
en Madrid, el día 12 de enero de 1959

NOS conocimos en el Instituto de Santander. Coincidíamos en muchas cosas. Nos hicimos amigos. Luego, la marea de la vida nos empujó por distintos caminos. Durante años enteros no supe nada de él.

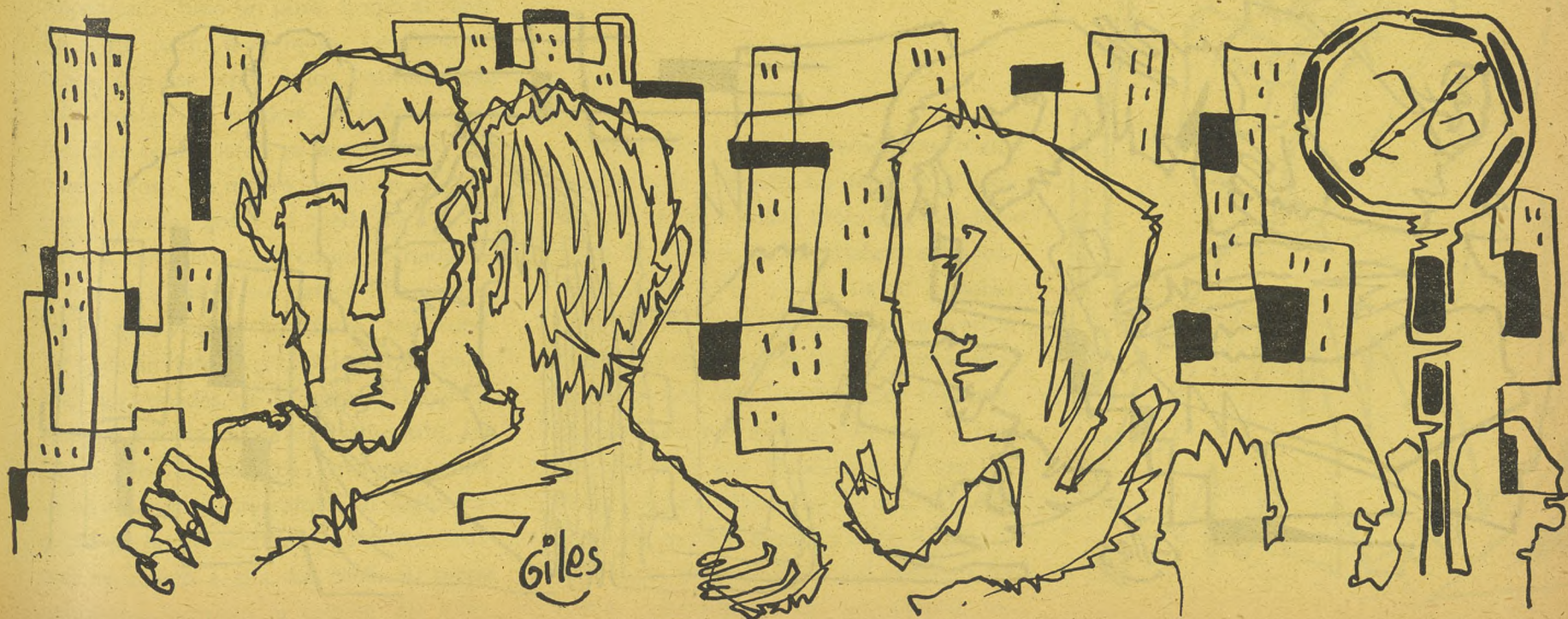
Una tarde blanda, contagiosa, le reconocí en el barrio de Argüelles. Iba acompañado de una chica agradable. Tenían prisa. El calor apretaba. Faltaban escasos minutos para salir un ómnibus de cercanías. Se sonrieron. Un abrazo apresurado, fuerte, de esos en

que se palpa el corazón en las manos, acortó el vacío de aquellos años. Y unas palabras en alta voz, tan rápidas, que apenas entendí el nombre de la calle donde vivía. Eso fue todo.

A los pocos días nos vimos con más calma. Me contó su vida, sin escondites, con la franqueza que llevaba a flor de piel. Una vida gris, dura, como la mía o la de tantos otros. Trabajaba en las oficinas de una empresa de construcciones. Hacía horas extraordinarias. Necesitaba ahorrar. Tenía novia. Estaba enamorado. Deseaba casarse cuanto antes.

Un día recibí su invitación de boda. Se casaron en el mes de octubre, por la mañana. La iglesia, recogida, pulcra, no cobijaba santos populares. La ceremonia fue sencilla. No había fotógrafos. Ni coches lujosos alquilados. Ni alfombras en el suelo. En el altar, unas flores amarillas con los pétalos caídos: tenían sed. Al finalizar, los rodeamos un grupo de amigos. Ella, tímida, feliz, apretaba con fuerza el brazo de Andrés. Subieron a un taxi negro, reluciente. Desde la ventanilla nos dijeron adiós, emocionados.

* * *



Mi amigo Andrés

Cuando fui a verlos, ya habían pasado las Navidades. Vivían en una casa modesta, con derecho a cocina. El alquiler era superior a sus fuerzas. No podían disimular que estaban incómodos. Ella, con los ojos encendidos, confiaba en que Andrés solucionaría pronto aquel problema de la casa. Tenía fe en su capacidad y en su trabajo. Andrés, sin hablar, la miraba ilusionado.

* * *

Llegó el primer hijo. Y seguían viviendo en la misma casa. Ella ya no confiaba tanto en que Andrés pudiera solucionar el problema del piso. Andrés, extasiado, miraba aquel cuerpecito nuevo, palpitante, que se afanaba por chupar, ansioso, un trozo de goma pulida.

Nuestros encuentros disminuyeron. El trabajo intenso nos distanciaba. Por eso no me enteré, hasta pasado algún tiempo, que habían tenido dos gemelos.

Cuando los visité, habían cambiado de casa, pero no de circunstancias. Ella apenas mostró interés por solucionar lo del piso. Sus ojos brillaban menos. Su pelo estaba lacio y recogido sin arte en el cogote. Andrés estaba más delgado. Sus dientes me parecieron más oscuros. Habló pausado. Hacía dos meses que en su oficina habían suprimido, de repente, sin explicaciones, las horas extraordinarias. Me pidió un cigarrillo. Salió de la habitación y regresó con él encendido. Uno de

los gemelos comenzó a llorar. El otro hizo lo mismo. Ella preguntó la hora con desgana. Se miraron en silencio. Se comprendieron. Y yo me apresuré a despedirme. Andrés me acompañó hasta la entrada del Metro. Aquello de las horas extraordinarias había desequilibrado su débil economía. No se quejó de ello. Parecía insensible, anulado. Me sorprendió su resignación casi enferma. Hubo un silencio irritante. Nos despedimos. Me disolví en un hervidero humano electrizado por la prisa. En el vagón, prensado, seguían martilleando mi cerebro los golpes secos, rápidos, de las máquinas automáticas, mezclados con el soniquete «Uno, tres, dos, uno...»

* * *

El aire hinchado, caliente, de agosto, aplastaba el espíritu y el cuerpo. Madrid era un horno encendido. No disfruté las vacaciones. Necesitaba cambiar mi trabajo por esos papeles cifrados. Mi patrona, por las buenas, elevó la pensión mensual en treinta duros. «La vida está imposible», fue su explicación. Para mí también estaba imposible. Al salir de la oficina, el sol, implacable, se resistía a desaparecer. Los edificios, achicharrados, frenaban su ímpetu. Antes de cruzar la calle me llamaron. Era Andrés. Se acercó apurada. Tomó aliento. Estaba demacrado. Su frente, sudorosa, más arrugada. Traía una noticia para mí. Penetramos en un bar

cercano. Un grupo de jóvenes discutía acaloradamente. No estaban de acuerdo con los millones que había costado a un equipo de fútbol madrileño el fichaje de un jugador. Sus voces nos aturdían. Nos distanciamos del grupo. Pedimos unos vasos de vino. Andrés se animó. En su oficina había dos bandos: los del Atlético y los del Madrid. Igual que en la mía. Igual que en todas. Fútbol, fútbol y fútbol. Andrés reaccionó. Se acordó de la noticia.

—Ya verás la sorpresa que te vas a llevar—me dijo.

Lo primero que se me ocurrió fue:

—¡No será que habéis tenido otros dos gemelos!

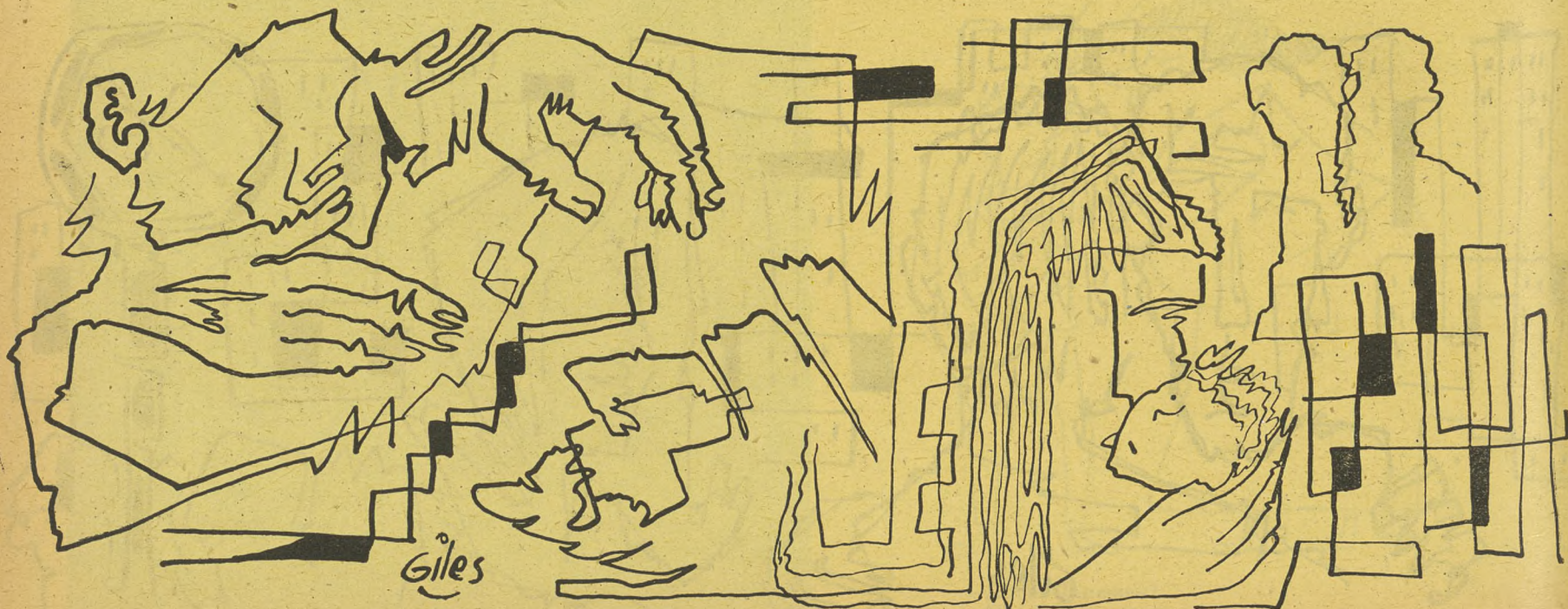
Una sonrisa amplia llegó hasta sus ojos. No, no era aquello; era otra cosa.

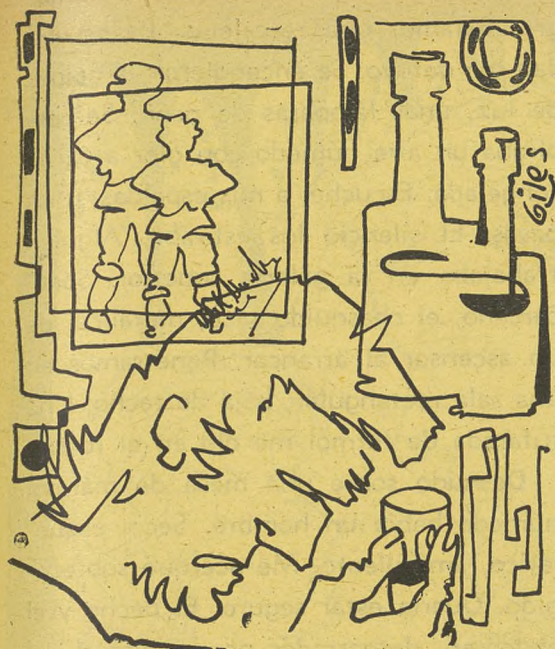
El Metro nos dejó en Ventas. Seguimos la carretera de Aragón. Cruzamos unas callejas sucias con olor a moscas y a vino agrio. Al respirar aire más puro, me señaló unas casitas cercanas, frágiles; parecían recién construidas.

—Mira, ahí está mi casa. Me correspondió en un sorteo que hizo el Sindicato. La renta no está mal.

Le miré sorprendido. Estaba contento, casi feliz.

Las habitaciones eran reducidas, justas; pero, al fin, independientes. La pintura chillona de los muebles de plástico resaltaba más aún las desnudas paredes. Su mujer parecía más satisfecha. El niño mayor había cumplido cinco años. Estaba pálido, delgaducho. Y su carita, triste. Llegamos hasta la cocina. Los gemelos, sentados en el suelo, movían sus bracitos, incansables. Andrés los miraba per-





plejo, alelado, como intentando descifrar el misterio de la existencia.

Habían conseguido su mayor ilusión: la casa. Ya no se acordaban de los años pasados en habitaciones aisladas. Querían invitarme. Andrés buscó una botella. Su mujer puso unos vasos sobre la mesa. Me asomé a la ventana, abierta de par en par. La noche comenzó a extenderse. Se encendió la luz. Del campo cercano llegaba un rumor sordo, intenso, de algo indefinido. Los insectos penetraban con tranquilidad en la habitación, buscando el sol anémico de la bombilla.

El niño comenzó a toser. Una tos seca, insistente. Andrés se acercó a él. Le dio varias palmadas, suaves, cariñosas, en la espalda. Su mujer cambió el gesto. Me miró implorante. Andrés dijo algo. Ella se arrimó al fogón. Encendió unas astillas. Recalentó en la sartén un trozo de hígado. Mezcló un poco de leche con unas patatas que sacó de una cazuela. Apresurada, hizo un puré. Cogió al niño. Le sentó junto a la mesa. Le llenó de besos, con ese amor único, infinito, que sólo regalan las madres. El niño se calmó. Sus ojos tristes se agrandaron. Me miró curioso. La madre vertió en una cucharilla varias gotas de medicina. Se resistió a tomarlas. Le produjeron náuseas. Comenzó a comer sin ganas. Ella confiaba. El niño inclinó la cabeza, testarudo. De nada sirvieron las caricias ni las palabras apasionadas de la madre. Decidida, empujó, con la cucharilla rebosante, los labios finos, herméticos. Otra vez la tos. La pasta amarillenta salpicó el suelo. Escuché un llanto profundo, auténtico. Andrés se acercó a ella. La besó. Su mano temblorosa acarició la cabeza del niño.

Me miró con humildad. Permanecí indeciso, silencioso. Apuré el vaso de vino. Por mi garganta pasó un líquido caliente, repulsivo. Cualquiera hubiese comprendido lo que ocurría. Andrés, con los ojos empapados, se ahogaba. Adelantó unos pasos. Vació la botella. Necesitaba hablar.

Con aire sano, de montaña, y buena alimentación, el niño podría curarse. Se lo había dicho el médico del Seguro. Nada podía hacer Andrés. Quizá algún día podría hacerlo. Para algo trillaba diariamente las calles de Madrid, tras la ilusión de los anuncios que leía en la prensa. Y tenía esperanzas.

Yo sabía algo de eso. Y también sabía que la mayor parte de esos anunciantes se lo quitarían de encima con esas palabras negativas, anticristianas, que sirven únicamente para alargar la agonía de los necesitados: «Vuelva usted mañana...»

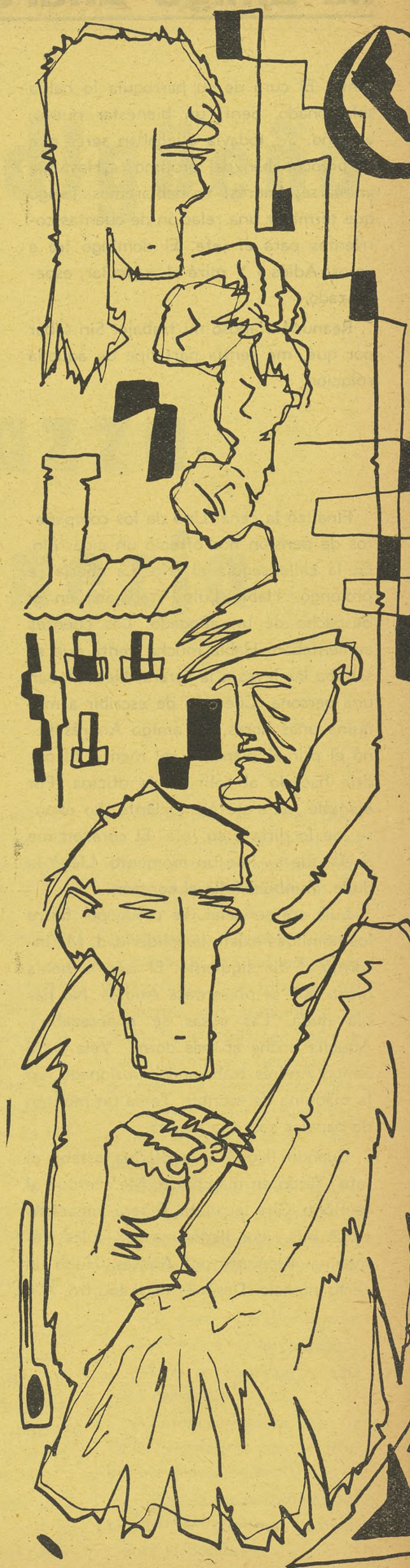
* * *

Era la tercera vez que Andrés se acercaba a mi oficina para aquel asunto. Y la tercera vez que aumentaron en la caja mis recibos de anticipo. Y lo que era peor: la tercera vez que tuve que afrontar la mirada adusta, incomprensiva del jefe.

Andrés se sonrojaba al recibir aquel dinero. Su hijo seguía lo mismo. El comerciante de los muebles le asediaba con las letras. Y la vida le volvía la espalda. Por primera vez le encontré temeroso. Yo buscaba un resquicio en aquel cielo oscuro, desolado, donde asomar una esperanza. Y me quedaba con ella en los labios.

* * *

Hacía frío. Un frío intenso; casi hielo. Impropio de la época. La gente le echaba la culpa a las bombas atómicas. Los técnicos en climas se la echaban a las corrientes de aire. ¡Vaya usted a saber quién tenía razón! El caso era que en la oficina también hacía frío. Un compañero me avisó. Me llamaban por teléfono. Escuché una voz apagada, borrosa. «¡Hable más alto, por favor! ¡No se oye nada!», aseguré. Aumentó la voz. Era Andrés. Me explicó algo. Su hijo. Aquel niño pálido, delgaducho y de carita triste había ingresado en un preventivo in-



Mi amigo Andrés

fantil. El cura de su parroquia lo había solucionado. Sentí un bienestar nuevo, extraño. Sí; todavía quedaban seres que se preocupaban del prójimo. «¡Hay que animarse, Andrés! Ya hablaremos. Tengo que terminar una relación de cuentas corrientes para el jefe. El domingo iré a veros. Adiós.» Y miré al auricular, esperanzado.

Reanudé afanoso mi trabajo. Sin saber por qué, me sentía partícipe de aquella solución.

* * *

Finalizó la cena. Uno de los compañeros de pensión nos ofreció un cigarrillo. En la calle seguía el frío. La charla se prolongó. Habló Luis. Trabajaba en el despacho de un abogado. Los clientes aumentaban. Había mucha gente que se saltaba las leyes a la torera. Necesitaban una persona. Cuestión de escribir a máquina unas horas. Mi amigo Andrés llenó el primer plano de mi mente. El podría hacerlo al salir de la oficina. Por ejemplo, de siete en adelante. Lo expuse. Se lo diría a su jefe. El corazón me decía que sí. Fue un momento. Llegó la duda. También falla el corazón.

Luis era servicial. Se preocupó. Entre los humildes existe la solidaridad. Me informó al día siguiente. El jefe le había dicho que se presentase Andrés. No había duda. Las cosas se enderezaban. Aquella noche apenas dormí. Veía a mi amigo Andrés trabajando, ilusionado, en la máquina de escribir. Tenía un montón de papeles sobre la mesita.

Cuando llegué a la oficina estaba el jefe. Tardó en marcharse. Me acerqué al teléfono. Giré la ruleta. Esperé impaciente. A mis oídos llegó una voz dulce, femenina. Pregunté por Andrés. Hubo un corto silencio. Después llegó lo otro. An-

drés no estaba. No podía estar. Ni estaría nunca. Había muerto el día anterior. En la misma oficina. Sobre la mesa de trabajo. Una hemoptisis le secó las venas. Estaba en el Hospital Clínico. Tenían que hacerle la autopsia. Busqué aire. Mi cuerpo se encogió. Me apoyé sobre la mesa. El auricular chocó contra el suelo. Salí de la oficina sin decir nada. Nadie me lo hubiera impedido. Caminé aprisa. Los latidos comenzaron a rebotar en mis sienes. Volvía la vida, impetuosa, hirviente. Tenía que verlo. Cuanto antes.

La puerta del hospital estaba abierta. El médico de guardia me informó. No era allí. Era en el Instituto Anatómico Forense. Muy cerca. En la calle de Santa Isabel, número 53. Llegué en seguida. Una placa metálica, oscura, lo indicaba. Subí unas escaleras. Pulsé el timbre con violencia. Un hombre enjuto, reducido, abrió la puerta. Era el conserje. Hablamos. Hacía escasos minutos que habían terminado la autopsia. Por la tarde lo enterraban. Quería verle. Por última vez. Su rostro dudó. Necesitaba una autorización del Juzgado. Insistí. Me miró comprensivo. Accedió. El mismo me acompañó. Los pasillos, vacíos, se alargaban ca-



prichosamente hasta formar un punto negro. Bajamos unas escaleras. La oscuridad me detuvo. Se encendieron, a golpes de luz, unas lámparas de neón. Se respiraba un aire húmedo con olor a carne congelada. Escuché, a mis espaldas, unos pasos. El silencio los estiraba. Alguien trabajaba en la galería superior. Sonó, cercano, el chasquido seco, metálico, de un ascensor al arrancar. Penetramos en una sala rectangular, baja de techo. Una tufarada de formol me dio en el rostro.

Desnudo sobre una mesa de mármol húmeda había un hombre. Seco, esquelético, amarillento. Me acerqué sobreco-gido. Quería estar seguro. El pecho y el abdomen, desgarrados por el bisturí. La cabeza, destrozada a golpes de escoplo. Cosida aprisa, con escasas puntadas. Su barba crecida resaltaba la pequeña cicatriz del mentón. Sí, no había duda; era él. Mis ojos se nublaron. Un líquido ardiente, amargo me empapó el rostro. Sentí una fuerte presión en el brazo. Intenté andar; me tambaleé. El conserje, amable, me condujo a un pasillo. Me senté. Al poco rato encontré fuerzas. Frente a mí, en una habitación, se veían unos cestos metálicos, numerados, rebosantes de ropa. En uno de ellos estaba la de Andrés. Moví la cabeza con temor. Al fondo, la capilla, y la caja abierta, que le esperaba. A escasos pasos, hileras blancas de frigoríficos, también numerados, formando pared, algunos ocupados. En silencio busqué los ojos de mi acompañante. Salimos. Allí se quedaba mi amigo Andrés. Inmóvil, frío, deshecho. La ley ignoraba su vida. No quiso ignorar su muerte.

El aire de la calle me secó aún más la boca. Caminé sin dirección fija. Como un poseso. Un agente de tráfico se acercó. No sé qué dijo. Me devolvió a la acera. Tenía sed. Mucha sed. Busqué un bar. En la barra, la gente gesticulaba. El ron con café reanima. Todo giraba a mi alrededor vertiginosamente. Me quemaban los ojos. Una máquina de música lanzó al aire la letra tonta, absurda y falsa de un cuplé.



Por VILLAR DE VILLACIAN

La pedigüeña de Piazza Venezia

El joven marchaba solo y preocupado por aquella vía romana, que conducía a la plaza de Venecia. No sabía adónde iba ni tampoco le importaba. Las calles estaban llenas de sol y hacía calor.

Una vez más asociaba todo lo que veía a las imágenes de una pasada y alocada aventura sentimental. Ahora sentía un vacío que intentaba llenar viajando, y por eso se encontraba en Roma.

—«Per cortesia, Piazza Venezia?»

Miró sin fijarse. Era una niña sola. No era la primera vez que a él, extranjero, preguntaban otros extranjeros. Sin duda que había algo en su mirada o en su presencia que atraía a los demás. Contestó desganadamente:

—No sé... Lo siento.

Pero la pequeña no se daba por derrotada ante su aparente frialdad.

—«Credo» que está por

aquí; pero no sé—y andando emparejó con el joven, que miró con extrañeza a la «bambina».

Sería una niña de doce o trece años, pero había en ella la viveza y la prometedora exuberancia de las mujeres mediterráneas.

Algo reaccionó dentro del extranjero. Estaba pensando en una mujer, en su actual soledad, y he aquí que de pronto se le acercaba sin violencias aquel risueño ejemplar del sexo anhelado.

La niña se detuvo y llamó la atención de su compañero.

—¿Ves?—tuteó, señalando a una pared frontera—. «Questa» es la «Piazza Venezia».

Una lápida envejecida, pero legible, así lo indicaba.

Al joven le tenía aquello sin cuidado, y además, la compañía de la mocosuela no le sugería ningún atractivo, por lo que se dispuso a dar por terminada la cuestión.

—Bien, adiós...—y fue a dar un paso.

Pero la pequeña, con esa extraordinaria intuición que la naturaleza ha dado a la mujer para conocer al hombre, le detuvo suavemente.

—«Dove va»?—preguntó acariciadora.

—A ningún sitio—contestó resueltamente, mirando a la niña con interés y dispuesto a afrontar la situación.

—Vamos allá—dispuso ella señalando el grandioso monumento blanquecino que se alzaba ante ellos al otro lado de la plaza.

El viajero reconoció el tantas veces visto monumento a Vittorio Emanuele, con la tumba del Soldado Desconocido.

La mano de la niña, suave y tímida, estaba entre la suya, y a través de ella sintió una oleada de **aventura y entusiasmo**, que levantó ligeramente su deprimida y triste figura.

—Vamos—repitió con una nueva voz.

Siguiendo la acera del palacio Venecia, y con grandes di-

ficultades para los cruces, pues no se veía ninguna señal que atenuase el embarullado tráfico romano, consiguieron alcanzar las escalinatas de la construcción. Estaban llenas de soldados con sus gorras de plato flojo, que miraban un momento con atención a la pareja, que podía ser padre e hija o hermano y hermana. La pequeña se contoneaba graciosamente como si fuese una mujercita, que es lo que realmente era.

—Tienes una cámara de fotografía...—dijo sonriente y tocando la rectangular cartera que pendía del hombro varonil.

—Sí, pero está descargada.

—¿Por qué no la cargas?

—Hoy es domingo y está todo cerrado.

—Entonces, ¿para qué la llevas?—inquirió con la irrefutable lógica infantil.

—Porque he terminado hoy el carrete—continuó complaciente el hombre.

—Pues vamos a comprar

otro carrete—siguió machacona y pesada la pequeña.

—Hoy no es posible; mañana.

La chica había cogido la máquina y con sus finas manecitas trataba de abrir el estuche.

—Así—ayudó él.

La pequeña se alborozaba fácilmente.

—Ponte ahí, que te voy a hacer una foto.

—Pero si ya te he dicho que está descargada.

satisfecha por la atención que le prestaban, continuaba presumiendo.

—Un poco más a la derecha. Así estás bien.

Después quiso ser ella la fotografiada, y el juego se repitió a la inversa.

Llevaba un gracioso moñito cola de caballo y un trajecillo de percal verde, pero había algo atractivo y singular en su menuda figurilla.

Estaban apoyados en la ba-
laustrada de piedra que mira-

El solitario se puso inmediatamente en guardia.

—¿Para qué quieres doscientas liras?

—Para el tranvía y para volver a casa.

—Pero el tranvía sólo cuesta cincuenta liras.

—Sí, pero es que también tengo que ayudar a un pobre—contestó con desdén al verse descubierta.

—¿Qué pobre?

—Un pobre que me ha dicho un cura que le ayude—y

—Yo no lo sabía.

—...Y me has preguntado a mí porque has visto que era extranjero.

La niña sonrió con picardía e insistió suplicante:

—Tú eres rico. ¡Dame «duecento» liras!

No era rico. Estaba al final de su viaje, hecho apresuradamente con sus exiguos ahorros, más por huida que por turismo. Pero en el fondo era generoso.

—No voy a darte el dinero, porque eso no está bien, pero te invito a un café.

La «bambina» estaba decidida a sacar algo en limpio de aquella amistad, y aceptó.

Se cogieron de la mano y bajaron las escaleras a saltos, riendo como dos chiquillos.

El hombre se había infantilizado con rapidez, y la tarde le parecía más luminosa, y Roma, una ciudad más interesante que aquella mañana. No; no iba a hacer ningún plan ni a soñar demasiado. Tomaría las cosas como venían y trataría de permanecer en la realidad.

Volvieron a sortear de nuevo los vehículos a la carrera, y se acercaron a la terraza de un pequeño bar.

—Yo quiero helado grande—pidió la muchacha.

—Un café—terminó seriamente el joven.

El grueso camarero desapareció veloz. En menos de un minuto estuvieron ante sus consumiciones. La pequeña atacaba ávidamente la gigantesca copa.

—¿Te gusta?—miró protector el joven.

—¡Huummmn!—saboreó la chica, haciendo jugar con gracia su colita de caballo. Había dos cartoncitos con el precio. El extranjero sumó en voz alta.

—Quinientas liras.

La niña, muy femeninamente, consultó con calma el importe.

—¡Te has equivocado!—exclamó triunfante—. Son nada más cuatrocientas cincuenta.

Ahora caminaban por la acera opuesta al severo pala-



Giles

—No importa; anda, ponte.

En verdad que no importaba. El hombre conocía lo suficiente a la mujer para saber la frecuente inutilidad de la lógica en el trato con ella. Por ello se prestó sonriente y algo confuso ante la simulada fotografía.

La niña le miraba complacida por el visor.

—¡Qué bien se ve! Verás qué bien sales.

Algunos soldados miraban sonrientes la escena. La chica,

ba el incesante movimiento de la plaza de Venecia.

—¿Qué haces tú?—indagó curiosamente el joven.

—Ah, pues voy al colegio.

—¿Y qué quieres ser?

—Yo seré—y la cara de la niña expresó ensueño lejano—artista del cinema.

Después se miró su modesto vestidito y se lo alisó con cuidado. Entonces se aproximó al hombre y dijo en un susurro:

—Dame «duecento» (200) liras.

se dedicó a rozar su gastada sandalia por una línea de unión entre las baldosas del suelo.

—Pero ¿cómo te va a decir un cura que ayudes a un pobre si tú no ganas nada?

—Pues sí: un cura amigo de mi madre—y continuó castigando su ya deteriorado calzado.

El hombre empezó a ver claro y decidió atacar a fondo.

—Tú sabías perfectamente dónde estaba la Piazza Venezia.

cio Venecia. Se detuvieron al pie de la columna de Trajano.

—¿Ves? Con la invitación has salido ganando, porque tu helado costó más de doscientas liras.

Eva tomó una actitud extraña.

—Yo no quería ese helado.

El sorprendido ahora era Adán.

—Entonces, ¿por qué lo tomaste?

—Porque tú has querido. Además, gracias a mí has ahorrado cincuenta liras, porque ibas a pagar de más.

La tarde había llegado a ese instante en que empieza a dejar de ser tarde. Ya no había aquellos violentos contrastes de sol y sombra. Casi todo estaba suavemente opaco.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó el turista, que ya empezaba a cansarse de aquella discusión de intereses.



—Pues que me tienes que dar «cento» (100) liras... ¿Me las darás? ¿Sí? ¡Somos amigos!—añadió súbita y nerviosamente, mirándole a los ojos y cogiéndole la mano.

El hombre vaciló y se rindió con una sonrisa.

—Está bien. Te las daré.

Las mujeres eran unos seres deliciosos y no había que esforzarse demasiado en comprenderlas. Siempre tenían sus razones y una gracia tan indiscutible para exponerlas...

Continuaban paseando en torno al caballo del rey Víctor Manuel allá en la altura. Los centinelas del Soldado Desconocido, con casco, permanecían inmóviles a los lados de la llamita que salía del suelo y que no se apagaba nunca.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó la niña.

—No sé—al fondo se recortaba la silueta del Coliseo—. Puede que vaya al Coliseo. ¿Y tú?

—Me voy a mi casa. Es tarde—y se detuvo.

—Bueno, pues...

La pequeña cortó acariciadora:

—¿Me das las «cento» liras?

Sonrió el hombre, calmamente sacó la cartera, cien liras, y se las dio.

La niña le abandonaba su mano ligera y suave.

—Adiós.

Se miraron un momento de frente. El se aproximó un poco más a su cara.

—Dame un beso de despedida.

Ella se contrajo firme.

—Por «duecento» (200) liras te besaré.

El joven se irguió secamente, miró con pena a la niña y dijo:

—No, no quiero comprar simpatía y afecto. Te he pedido un beso porque creí que éramos amigos y nunca más nos volveremos a ver; pero si he de pagarte por eso, ya no tiene ningún valor. Y no es bueno que empieces así... tan pequeña.

La niña se separó con frialdad.

—Adiós—y salió corriendo cuesta arriba.

—Adiós.

En la Piazza Venezia habían encendido algunas luces y la silueta del Coliseo empezaba a confundirse con las sombras. Unos pensamientos chocaron contra las viejas piedras fronteras, a las que los siglos iban desmoronando lentamente.

«Amor femenino, afecto, sinceridad. ¿Qué son estas cosas para la mujer? ¿Cuándo es posible creer en ellas?»

Y volvió de nuevo a su paso cariacontecido y a su lánguida figura, en indiferente dirección al Circo, que desaparecía en la noche.



Giles

Biblioteca de Autores Cristianos



Ultimos libros publicados

SAN ANTONIO MARIA CLARET. ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS Y ESPIRITUALES.

Edición crítica preparada por una Comisión de padres claretianos, bajo la dirección de JOSÉ MARÍA VIÑAS, C. M. F.

Por primera vez aparece en una edición científica, y muy completa, esta gran figura de la espiritualidad católica moderna y de la historia del siglo XIX en España.

Volumen de XVI + 961 páginas (BAC 188).

Obras completas de SANTA TERESA DE JESUS.—Tomo III y último. Epistolario, Memoriales, dichos por los PP. Efrén de la M. de Dios, O. C. D., y Otger Stegink, o. c.

Volumen de 124 + 1.041 páginas (BAC 189).

Completan esta serie:

Tomo I.—BIBLIOGRAFÍA, BIOGRAFÍA, LIBRO DE LA VIDA (escrito por la Santa).

Volumen de XIII + 904 páginas (BAC 74).

Tomo II.—CAMINO DE LA PERFECCIÓN, MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR, etc.

Volumen de XX + 1.046 páginas (BAC 120).

HISTORIA DE LA FILOSOFIA (tomo II).—JUDAÍSMO, CRISTIANISMO, ISLAM, por Guillermo Fraile, O. P.

La obra que, tras veinticinco años de investigación y docencia, ha preparado para la BAC el profesor de San Esteban de Salamanca es, sin duda ni hipérbole, algo fuera de serie.

Volumen de VIII + 1.200 páginas (BAC 190).

SUMA TEOLOGICA (edición bilingüe).

Tomo XI.—TRATADO DEL VERBO ENCARNADO (39-I-26), versión bajo la dirección del padre José Ayala.

Volumen de XX + 963 páginas (BAC 191).

TEOLOGIA DE LA CARIDAD, por ANTONIO ROYO MARÍN, O. P.

Este nuevo volumen de la BAC puede ser considerado como el más completo, sistemático y seguro publicado hasta la fecha en materia tan trascendental.

Volumen de XII + 686 páginas (BAC 192).

OBRAS DEL DOCTOR SUTIL.—JUAN DUNS ESCOTO. Dios UNO Y TRINO (edición bilingüe).

Versión de los PP. Bernardo Aperribay, O. F. M.; Bernardo de Madariaga, O. F. M.; Isidro de Guerra, O. F. M., y Félix Alluntín, O. F. M., e introducción general del padre Miguel Oromí, O. F. M.

Contiene, además, este tomo el tratado DE PRIMO PRINCIPIO, según el texto crítico de M. Müller y E. Rohe.

Volumen de 132 + 732 páginas (BAC 193).

Ultimo tomo de **DOCTRINA PONTIFICIA.**—Tomo V: DOCUMENTOS JURÍDICOS.

Edición preparada por José Luis Gutiérrez García, profesor del Instituto Social León XIII.

Completan esta serie:

Tomo I: DOCUMENTOS BÍBLICOS.—Tomo II: DOCUMENTOS POLÍTICOS.—Tomo III: DOCUMENTOS SÓCIALES.—Tomo IV: DOCUMENTOS MARIANOS.

Volumen de XXXII + 723 páginas (BAC 194).

HOMBRE Y MUJER (estudio sobre el matrimonio y el amor humano), por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA.

Estudio penetrante sobre el tema del matrimonio y el amor humano proyectando sobre él dos haces de luz: la observación psicológica y la teología espiritual y moral.

Volumen de VIII + 539 páginas (BAC 195).

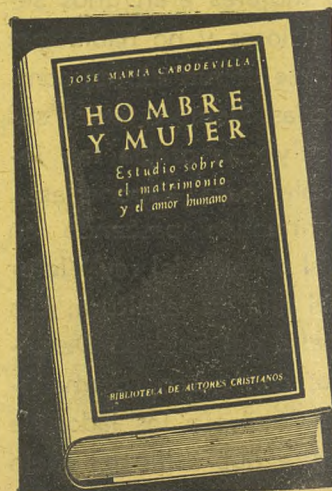


En todas las buenas librerías o en
LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.

Mateo Inurria, 15 - Madrid (16)

ESPAÑA

Obsequie con libros de la BAC en piel





"CERVANTES, S. A."

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Avenida de Calvo Sotelo, 6
MADRID



VIDA • TRANSPORTES • INCENDIOS • ACCIDENTES INDIVIDUALES Y DEL TRABAJO
RESPONSABILIDAD CIVIL • AUTOMOVILES • ROBOS • REASEGUROS



Landau de Bronces
Landau en Bronzes
Landau of Bronzes